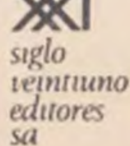
Gramsci y el bloque histórico

HUGUES PORTELLI

4ª edición





Traducción de
MARIA BRAUN

GRAMSCI Y EL BLOQUE HISTORICO

por

HUGUES PORTELLI



MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA



siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTA, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1973
cuarta edición en español, 1977

primera edición en francés, 1972

título original: gramsci et le bloc historique

impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

INDICE

INTRODUCCION

Después de varios años la obra de Gramsci franqueó las fronteras de Italia. Este nuevo interés por el autor de los *Cuadernos de Cárcel* y redactor de *L'Ordine Nuovo* no está exento de segundas intenciones, y a menudo sirve para justificar tal o cual corriente marxista o para seguir a un "nuevo" teórico súbitamente "de moda" después de 30 años de olvido. Se llega de este modo, por ejemplo, a la siguiente paradoja: mientras se ponen en evidencia las divergencias de Gramsci con la III Internacional o con los otros dirigentes del PCI después de 1926, los *Cuadernos* y los escritos de su vida política permanecen aún poco conocidos y estudiados.

Queda todavía por hacer lo esencial, es decir, restructurar las notas dispersas de los *Cuadernos*. Una reciente polémica sobre la concepción gramsciana del bloque histórico, ha mostrado el escaso conocimiento que se tiene de los conceptos claves de su elaboración teórica. Conviene entonces abordar esta obra sin un *a priori*, limitándose en un primer momento a comentarla tal cual es sin añadir, como sucede a menudo, deformaciones externas.

El presente estudio se limita a los *Cuadernos de Cárcel* y tiene por objeto demostrar que los principales aspectos del pensamiento político de Gramsci se articulan alrededor de un concepto clave: el concepto de bloque histórico.

Hemos separado ciertos temas de los *Cuadernos* con el objeto de extraer los aspectos esenciales y señalar el valor general de los trabajos gramscianos, y no solamente su comprensión en el marco de una práctica política determinada.

Es verdad que la finalidad de los *Cuadernos* es contribuir a la victoria del socialismo en Italia extrayendo las

conclusiones de una experiencia política excepcional, pero al querer dejar una obra *für ewig*, Gramsci se vio llevado a elaborar ciertos conceptos claves que enriquecen la ciencia política.

Por último, y más importante aún, Gramsci es un marxista: luego, es conveniente colocar sus trabajos en función del marco de la teoría marxista teniendo en cuenta a la vez los aspectos tradicionales y los aportes específicos. Es con este espíritu que se vuelve necesario abordar este estudio.

A primera vista puede resultar sorprendente remitir lo esencial de la obra de Gramsci al concepto de bloque histórico, ya que leyendo atentamente los *Cuadernos* no encontramos sino algunas esquemáticas alusiones a esta noción[1]: se trata, por lo general, de la afirmación sumaria de la unidad entre la estructura socio-económica y la superestructura política e ideológica. Por lo demás, durante mucho tiempo los exégetas de Gramsci se han atenido a esta interpretación restringida, dando cuenta solamente del análisis de las relaciones entre estructura y superestructura y liberándose, por consiguiente, "de los demasiado incómodos compromisos de analizar las raíces estructurales de una situación política"[2].

Una visión de este tipo condujo a una grave subestimación de este concepto, al punto de considerarlo una expresión "de cariz mágico"[3] y hasta una especie de comodín teórico, eludiendo así ciertas cuestiones fundamentales.

Otros comentaristas han intentado reducir la originalidad de esta noción gramsciana retrotrayéndola a los trabajos de Lenin sobre la estrategia de la clase obrera, lo que condujo al error teórico de concebir al bloque histó-

1 *L. C.*, p. 247; M. S., p. 46, 57, 124, 207, 239; Mach.; p. 34, 62.

2 Alejandro Pizzorno, "Sobre el método de Gramsci (De la historiografía a la ciencia política)" en *Gramsci y las Ciencias Sociales*, Cuadernos de Pasado y Presente 19, 2ª revisión ampliada, Córdoba, 1972, p. 50.

3 A. R. Buzzi, *La teoría política de Antonio Gramsci*, Barcelona, 1969, p. 254.

rico simplemente como una alianza entre clases sociales.

Si bien es indiscutible que la obra de Gramsci está estrechamente ligada a la obra y a la acción política de Lenin —y Gramsci se refiere a esto expresamente en el estudio del bloque histórico—, la originalidad del teórico marxista italiano acerca de la cuestión que nos concierne resulta particularmente notable. Algunos comentaristas de Gramsci —en especial Giuseppe Tamburrano, Norberto Bobbio y Jean Marc Piotte— han subrayado justamente esta especificidad.

El concepto de bloque histórico es considerado hoy en día por numerosos exégetas como "uno de los elementos más importantes"[4] e incluso por algunos como el concepto clave del pensamiento gransciano[4]. Pero todavía falta ponerse de acuerdo acerca de su contenido.

El concepto de bloque histórico debe ser considerado bajo un triple aspecto:

— El estudio de las relaciones entre estructura y superestructura es el aspecto esencial de la noción de bloque histórico. Pero Gramsci jamás concibió este estudio bajo la forma de la primacía de uno u otro elemento del bloque, como a menudo consideran algunos de sus comentadores. En última instancia, el concepto de bloque histórico no tendría en tal caso otro objeto que la definición de la ortodoxia marxista, tachando de economicista o de idealista a todo aquel que se detenga demasiado en uno u otro momento del bloque histórico.

En realidad, el punto esencial de las relaciones estructura-superestructura reside en el estudio del vínculo que realiza su unidad.

Si consideramos un bloque histórico, es decir, una situación histórica global, podemos distinguir, por una parte, una estructura social —las clases— que depende directamente de las relaciones de las fuerzas productivas y, por la otra, una superestructura ideológica y política. La vinculación orgánica entre estos dos elementos la efectúan ciertos grupos sociales cuya función es operar no en el nivel económico sino en el superestrutural: los intelectuales.

4 A. Pizzorno, *op. cit.*, p. 50.

Esta capa social diferenciada es, según Gramsci, la de los "funcionarios de la superestructura". Su carácter orgánico aparece en la solidaridad estrecha que lo liga a las clases de las que son sus representantes; en primer lugar, la clase fundamental en el nivel económico. Tomando el ejemplo de la burguesía, Gramsci muestra como, a medida que se desarrollaron sus funciones económicas y sociales, esta clase se vio obligada a *confiar* la gestión de organización de la superestructura ideológica, jurídica y política a grupos especializados, estrechamente solidarios, a menudo burgueses o al menos salidos de clases aliadas a la burguesía.

Esa es la forma en que se presenta la articulación del bloque histórico. Al demostrar lo que significa socialmente el vínculo orgánico que une sus diferentes elementos, Gramsci puede limitar el análisis estructural inmediato de cualquier situación política al estudio de la superestructura y de la función de los intelectuales. Sólo *a posteriori* será posible el análisis económico serio. Es en este sentido que se ha podido calificar a Gramsci como teórico de las superestructuras.

— Un estudio estático de este tipo debe ser completado por un estudio dinámico: como señala Pizzorno, el bloque histórico debe ser considerado también como "el punto de partida para el análisis de cómo un sistema de valores culturales (lo que Gramsci llama ideología) penetra, se expande, socializa e integra un sistema social"[4].

Un sistema social está integrado sólo cuando se construye un sistema hegemónico bajo la dirección de una clase fundamental que confía su gestión a los intelectuales: en este caso se ha logrado un bloque histórico. El estudio de este concepto no puede entonces estar separado del estudio de la hegemonía, del bloque intelectual. Sólo una concepción así del bloque histórico permite captar, en la realidad social, la unidad orgánica de la estructura y de la superestructura.

— Finalmente, es en el marco del análisis del bloque histórico que Gramsci estudia cómo se quiebra la hegemonía de la clase dirigente, se construye un nuevo sistema hegemónico y se crea un nuevo bloque histórico. Este último aspecto es el que está más ligado a la acción política: más

allá del análisis de las revoluciones burguesas en Francia y en Italia, del estudio del éxito de la clase obrera en Rusia (en 1917) y de su fracaso en Italia (en 1920), lo que aparece es la elaboración de una estrategia adecuada para subvertir el "bloque industrial-agrario" e instaurar el "bloque obrero-campesino".

Es bajo esta óptica que hemos estudiado el concepto de bloque histórico: los dos primeros capítulos están consagrados a su articulación interna: el primero examina los dos elementos de la superestructura, la sociedad civil o dirección cultural y moral y la sociedad política o aparato de Estado y sus relaciones recíprocas; el segundo estudia el vínculo orgánico entre estructura y superestructura y sus consecuencias a nivel teórico.

El tercer capítulo considera el aspecto dinámico del bloque histórico en tanto estudia la noción gramsciana de hegemonía.

El cuarto capítulo examina el rol orgánico en el seno del bloque histórico de la capa social encargada de la función hegemónica.

El estudio de la disgregación de la hegemonía o crisis orgánica y de la formación de un nuevo bloque histórico será elaborado en el quinto y último capítulo.

En forma de anexo, han sido reunidos extensos extractos del ensayo incompleto de Gramsci, *Alcuni temi della questione meridionale* que, aunque redactado en vísperas de su arresto, constituye la descripción más completa que haya dado Gramsci de un bloque histórico concreto: el Mezzogiorno en 1926.

CAPITULO I

LA SUPERESTRUCTURA DEL BLOQUE HISTORICO

Las superestructuras del bloque histórico forman una totalidad compleja en cuyo seno Gramsci distingue dos esferas esenciales: por una parte, la de la sociedad política, que agrupa al aparato de estado; por la otra, la de la sociedad civil, es decir, la mayor parte de la superestructura. Antes de estudiar la disposición de estos dos elementos en el seno de la superestructura, es conveniente analizarlos por separado.

I. LA SOCIEDAD CIVIL

En los *Cuadernos* Gramsci vuelve muy a menudo sobre el concepto de sociedad civil, para definir la "direccion intelectual y moral" de un sistema social. Esta noción de sociedad civil la toma de Hegel y de Marx pero, como correctamente observa Norberto Bobbio, Gramsci le da una considerable importancia.

1. *El origen del concepto gramsciano de sociedad civil*

Tanto Marx como Gramsci parten de la obra de Hegel pero evolucionan en sentidos opuestos: el primero entiende la noción hegeliana de "sociedad civil" como el conjunto de las relaciones económicas; el segundo la interpreta como el complejo de la superestructura ideológica.

En la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx escribe, reivindicando el origen hegeliano de esta

noción: "Mis investigaciones desembocaron en el resultado que sigue: tanto las relaciones jurídicas como las formas de estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII[1], bajo el nombre de 'sociedad civil', y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política."[2] También Engels defiende esta concepción cuando escribe en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* que "el estado, el régimen político, es el elemento subalterno, y la sociedad civil, el reino de las relaciones económicas, lo principal"[3]. Pero es en *La ideología alemana* donde Marx y Engels son más precisos: "La sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia. . . La sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas"[4]. Para Marx la sociedad civil es el conjunto de la estructura económica y social en un período determinado; se refiere a la concepción hegeliana de la sociedad civil, que incluye el complejo de las relaciones económicas y la formación de las clases sociales.

La concepción gramsciana de la sociedad civil es radicalmente diferente en tanto pertenece al momento de la superestructura: "se pueden fijar dos grandes planes superestructurales"; el primero, que se puede llamar "sociedad civil", está formado por el conjunto de los organismos vulgarmente llamados privados. . . y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad[5].

1 Los fisiócratas.
2 Karl Marx, *Introducción general a la Crítica de la Economía Política*. 1857, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1970, p. 35.
3 F. Engels, "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, s/f, 2 Tomos, t. II, p. 389.
4 Marx y Engels, *La ideología alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, p. 38.
5 *I.*, p. 16.

Como señala N. Bobbio, lo más sorprendente es el origen hegeliano que Gramsci atribuye a esta interpretación: la sociedad civil, afirma en los *Cuadernos*, "tal como la entiende Hegel" y en "el sentido en que la expresión se utiliza en estas notas", debe ser considerada como "la hegemonía cultural y política de un grupo social sobre el conjunto de la sociedad, como contenido ético del Estado"[6].

¿Cómo explicar esta interpretación contradictoria de Hegel? La respuesta parece estar en la noción tan extensa que Hegel tiene de la sociedad civil. Si la mayoría de las veces ésta corresponde a la estructura socioeconómica (interpretación de Marx), Bobbio advierte que Gramsci se inspiró esencialmente en ciertos pasajes de la *Filosofía del Derecho* donde Hegel incluye también en el seno de la sociedad civil a las asociaciones políticas y sindicales, o sea, las corporaciones, que constituyen el "contenido ético del Estado". Reconocemos de este modo la definición gramsciana de la sociedad civil, "organizaciones llamadas privadas" que son el "contenido ético" del Estado.

Esta interpretación gramsciana "un poco forzada o por lo menos unilateral"[7] de Hegel se opone, por lo tanto, a la de Marx[8]. Pero, ¿es necesario llegar a la conclusión,

6 *P.*, p. 164 (también *Mach.*; pp. 161-162 y *I.*, pp. 57-58)

7 Norberto Bobbio, "Gramsci y la concepción de la sociedad civil" en *Gramsci y las Ciencias sociales*, *op. cit.*, p. 78.

8 El término "sociedad civil" corresponde en alemán (texto original de Marx) al de *bürgerliche Gesellschaft*, pasible también de ser traducido como "sociedad burguesa". Los traductores de Marx no concuerdan en este punto. Es así que, mientras J. Texier traduce como "sociedad civil" el célebre pasaje de *La ideología alemana* donde Marx afirma que ésta es "el verdadero hogar y escenario de toda la historia" (Texier, "Gramsci théoricien des superestructures", *La Pensée*, Nº 139, 1968, p. 41, n. 22), las Editions Sociales eligen el término sociedad burguesa: "La sociedad burguesa es el verdadero hogar y escenario de toda la historia" (*L'Ideologie allemande*, Ed. Sociales, p. 54). (En la edición castellana precedentemente citada, traducción de Wenceslao Roces, se opta por el término sociedad civil. N. del T.). De todas maneras, el peligro de

como lo hace Bobbio, de que la noción de sociedad civil se opone al análisis marxista del papel de la superestructura ideológica? El mismo Marx ha demostrado lo contrario: en la *Crítica del programa de Gotha*, uno de sus *últimos escritos fundamentales*, *distingue precisamente* en el seno de la superestructura el aparato de Estado de lo que denomina la "sociedad" y que se corresponde con la noción gramsciana de sociedad civil. Cuando analiza el objetivo proclamado por el programa de construir "el Estado libre y la sociedad socialista"[9], Marx señala "que en vez de tomar a la sociedad existente (y lo mismo podemos decir de cualquier sociedad del futuro) como *base* del Estado existente (o del futuro para una sociedad futura), considera más bien al Estado como un ser indepen-

---

error es limitado, ya que más adelante Marx dice que esta sociedad —civil o burguesa— "abarca todo el intercambio material de los individuos, en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas" (*ibid*. p., 39). Sociedad civil o burguesa, la estructura es, por lo tanto, el hogar de la historia. Pero, como señala V. Gerratana (*Gramsci e la cultura contemporanea*, T. I, p. 170), el problema de la traducción de la *bürgerliche Gesellschaft* no carece de importancia en la medida en que Gramsci tradujo ciertos pasajes del artículo de Marx sobre *la Cuestión judía*, donde Marx retoma la definición hegeliana muy extensiva de la sociedad civil; en su traducción, Gramsci traduce *bürgerliche Gesellschaft* por *societa borguese* y no como *societa civile*.

Por otra parte, en *La ideología alemana* Marx reconoce el doble sentido del concepto hegeliano de sociedad civil: aún cuando utiliza este término para designar la estructura económica, Marx subraya que "la organización social que desarrolla directamente basándose en la producción y en el intercambio, y que forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra superestructura idealista, se ha designado siempre, invariablemente, con el mismo nombre" (*La ideología alemana, op. cit., p.* 39) Es recién en la *Crítica del Programa de Gotha* que Marx separa totalmente los aspectos estructurales y superestructurales de la concepción hegeliana de la sociedad civil.

9 Karl Marx, "Crítica del programa de Gotha", en Marx y Engels, *Obras Escogidas, op. cit.* p. 24.

diente con sus propios *fundamentos espirituales, morales y liberales*"[10]. De este modo, y en forma análoga a la sociedad civil gramsciana, la sociedad aparece definida como el fundamento intelectual y moral del Estado.

¿Se deduce de esto que la noción gramsciana de sociedad civil es el desarrollo del análisis de Marx? De ser exacto que, más allá de diferencias terminológicas se inscribe como una prolongación de Marx, la referencia, por lo demás poco convincente a Hegel y no a Marx parece demostrar que Gramsci no lo considera así.

De ahí que podamos calificar la noción gramsciana de sociedad civil como una concepción original cuyas distintas características conviene ahora analizar.

2. *Las características generales de la sociedad civil*

Encontramos en los *Cuadernos* numerosas definiciones de sociedad civil, todas ellas concordantes: allí se entiende generalmente a la sociedad civil como "el conjunto de los organismos vulgarmente llamados privados. . . y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad"[11]. Gramsci la contrapone a la sociedad política (el Estado en el sentido estricto del término) del cual ella constituye su "base" y su "contenido ético".

La sociedad civil es una totalidad compleja, puesto que su campo de acción es muy amplio y su vocación por dirigir todo el bloque histórico implica una adaptación de sus contenidos en función de las categorías sociales que alcanza. La sociedad civil puede ser considerada además bajo tres aspectos complementarios:

— como ideología de la clase dirigente, en tanto abarca todas las ramas de la ideología, desde el arte hasta las ciencias, pasando por la economía, el derecho etc.;

— como concepción del mundo difundida entre todas las capas sociales a las que liga de este modo a la clase dirigen-

10 *Idem.*
11 *I.*, p. 16.

te, en tanto se adapta a todos los grupos; de ahí sus diferentes grados cualitativos:filosofía, religión, sentido común, folklore;

—como dirección ideológica de la sociedad, se articula en tres niveles esenciales: la ideología propiamente dicha, la "estructura ideológica" —es decir las organizaciones que crean y difunden la ideología—, y el "material" ideológico, es decir, los instrumentos técnicos de difusión de la ideología (sistema escolar, medios de comunicación de masas, bibliotecas, etc.).

Examinaremos sucesivamente estos tres aspectos de la ideología.

3. *El campo de la sociedad civil*

El campo que abarca la sociedad civil es extremadamente vasto puesto que constituye el de la ideología. Sin querer desarrollar aquí la concepción gramsciana de la ideología, conviene señalar su amplitud: en efecto, Gramsci define a la ideología como "una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida intelectual y colectiva"[12].

Sólo las ideologías "orgánicas", vale decir ligadas a una clase fundamental, son esenciales. Limitada en una primera instancia al nivel económico de esa clase, con el desarrollo de la hegemonía la ideología se extiende a todas las actividades del grupo dirigente. Esta crea una o más capas de intelectuales que se especializa en cada uno de los aspectos de la ideología de ese grupo: la economía, las ciencias, el arte. En apariencia independientes, las distintas ramas de la ideología no son más que los diferentes aspectos de un mismo todo: la concepción del mundo de la clase fundamental.

Un ejemplo de esta unidad real está dada por la filosofía de la praxis, concepción del mundo de la clase obrera, clase subalterna esencial. La filosofía de la praxis realiza la unidad de la superestructura ideológica a través de la unidad de los elementos constitutivos de su concepción del mundo: esta unidad, afirma Gramsci, es necesaria:

12 *M. S.*, p. 12.

"necesariamente debe haber, en los principios teóricos, convertibilidad de la una a la otra, traducción recíproca al propio lenguaje específico de cada elemento constitutivo: uno se halla implícito en el otro, y todos juntos forman un círculo homogéneo"[13].

La consecuencia de esta concepción tan amplia de la ideología es la de dar cabida a todas las actividades del grupo social dirigente, incluyendo aquellas que, como es el caso de las ciencias, parecen las menos ideológicas. En efecto, según Gramsci hasta la ciencia es parte integrante de la superestructura y forma una "categoría histórica". Cuando analiza la metodología histórica Gramsci distingue "la ideología científica"[14], es decir las teorías científicas que han sufrido numerosas crisis, del método de investigación experimental. Sólo los datos establecidos por éste son independientes de la ideología. Ni siquiera el método de investigación es independiente de la superestructura: "Los principales instrumentos del progreso científico son de orden intelectual (y también político), metodológico y con entera justeza ha escrito Engels que los 'instrumentos intelectuales' no surgieron de la nada, no son innatos en el hombre, sino que son adquiridos; se han desarrollado y se desarrollan históricamente"[15]. Como señala Jacques Texier[16], esta distinción entre teoría e investigación experimental permite evitar los inconvenientes de una concepción excesivamente superestructual de la ciencia, que plantearía el problema de su continuidad histórica. Luego, no obstante estas reservas, parecería que la ideología recubre todas las actividades de la clase dirigente y por lo tanto de toda la superestructura: una concepción tan extensiva de la ideología explica con creces por qué Gramsci le asigna un rol esencial en el seno del bloque histórico.

4. *Los diferentes grados de la ideología*

La ideología, concepción del mundo de la clase dirigente,

13 *M. S.*, p. 99.
14 *M. S.*, p. 57.
15 *M. S.*, 162.
16 J. Texier, *Gramsci*, Seghers, pp. 68-79. Para un punto de vista crítico ver L. Althusser.

debe difundirse en toda la sociedad. Sin embargo no posee la misma homogeneidad en todos los niveles: la ideología difundida entre las capas sociales dirigentes es evidentemente mucho más elaborada que los trozos sueltos de ideología que es posible reconocer en la cultura popular. Así, Gramsci distingue diferentes grados cualitativos que corresponden a capas sociales determinadas: en la cúspide la concepción del mundo más elaborada: la filosofía. En el nivel más bajo: el folklore. Entre estos dos extremos, el "sentido común" y la religión.

La filosofía es entonces el estadio más elaborado de la concepción del mundo, el nivel donde más claramente aparecen las características de la ideología como expresión cultural de la clase fundamental. Es en calidad de tal que la filosofía debe poseer el máximo de coherencia: "El filósofo profesional o técnico no sólo piensa con mayor lógica, con mayor coherencia, con mayor espíritu sistemático que los demás hombres, sino que además conoce toda la historia del pensamiento, es decir, sabe determinar el sentido del desarrollo que el pensamiento ha tenido hasta él y se halla en condiciones de retomar los problemas desde el punto en que se hallan, luego de haber sufrido el máximo de tentativas de solución, etc. Tiene en los diversos campos del pensamiento la misma función que en los diversos campos científicos tienen los especialistas"[17]

Esta necesidad de coherencia es aún mayor por cuanto la filosofía es la referencia de todo el sistema ideológico. Gramsci define el rol de la ideología en los mismos términos en que definirá a sus creadores, los grandes intelectuales, piedra angular de la hegemonía: la filosofía es la piedra angular de la ideología; el problema fundamental de toda filosofía que se ha traducido en movimiento cultural, en "creencia" es "conservar la unidad ideológica de todo el bloque social, que precisamente es cimentado y unificado por esta ideología"[18] .

Por su ligazón con la clase dominante, la filosofía influye sobre las normas de vida de prácticamente todas las capas sociales.

En este sentido, "la historia de la filosofía, como se

17 *M. S.*, p. 29.
18 *M. S.*, p. 12.

entiende comúnmente, esto es, como historia de la filosofía de los filósofos, es la historia de las iniciativas de una determinada clase de personas para cambiar, corregir, perfeccionar las concepciones del mundo existentes en cada época determinada y para cambiar, consiguientemente, las normas de conducta conformes y relativas a ellas; o sea, por modificar la actividad práctica en su conjunto"[19].

Por consiguiente, filosofía e historia se identifican: la filosofía de un período determinado no es, "otra cosa que la historia de dicha época; no es otra cosa que la masa de las variaciones que el grupo dirigente ha logrado determinar en la realidad precedente: historia y filosofía son inseparables en ese sentido, forman un bloque"[20].

El rol esencial de la filosofía en el seno del bloque histórico se manifiesta por su influencia sobre las concepciones del mundo propagadas entre las clases auxiliares y subalternas: el sentido común.

Toda filosofía "histórica", vale decir orgánica, debe prolongarse por el sentido común y esto significa que a la vez que elabora un "pensamiento superior al sentido común y científicamente coherente"[21], todo movimiento filosófico orgánico debe mantenerse en contacto con las capas populares, con los "simples" e incluso encontrar, en este contacto, "la fuente de los problemas a estudiar y resolver"[22], a fin de dirigir mejor ideológicamente a las clases subalternas. Gramsci constata que no obstante este contacto, la verdadera conexión entre filosofía "superior" y sentido común está asegurada en realidad por la política, que afirma la unidad ideológica del bloque histórico.

La necesariedad de este vínculo político muestra la diferencia entre filosofía y sentido común: mientras que en la filosofía predominan "los caracteres de la elaboración individual del pensamiento", en el sentido común se trata esencialmente de los "caracteres difusos y dispersos de un pensamiento genérico de cierta época y de cierto ambiente popular"[23] El sentido común aparece como una amal-

19 *M. S.*, p. 26-27.
20 *M. S.*, p. 27.
21 *M. S.*, p. 13.
22 *M. S.*, p. 14.
23 *M. S.*, p. 9 (nota).

gama de diversas ideologías tradicionales y de la ideología de la clase dirigente: el buen sentido. Pero las ideologías tradicionales, y en especial las religiones —cuya vinculación con el sentido común es aun más estrecha que la existente entre éste y la filosofía— constituyen los principales elementos. Esta amalgama que son las religiones no está formada sólo por los distintos aspectos de las religiones contemporáneas, sino también por antiguas creencias, supersticiones, etc. Esto explica que no exista un solo sentido común —baste recordar que no existe una sola religión, ni siquiera en el seno de una misma iglesia. Cada capa social posee su propio "sentido común", de tal forma que esta concepción del mundo se presenta bajo una multiplicidad de formas: "su rasgo más fundamental y más característico es el de ser una concepción (incluso en cada cerebro) disgregada, incoherente, incongruente, conforme a la posición social y cultural de las multitudes, cuya filosofía es"[24] . Esta situación explica que sea sólo autoritariamente, por medio de la política, que pueda llegar a lograrse una cierta coherencia.

Si consideramos al bloque histórico en su conjunto, el sentido común aparece como "el folklore de la filosofía", "situado a mitad de camino entre la filosofía —de la que toma prestado un núcleo de buen sentido— y el folklore"[25] , que le suministra lo esencial de su sedimentación ideólogica. El primer deber de todo nuevo grupo social homogéneo es, por lo tanto, definir su propia filosofía y combatir el sentido común.

En el nivel más bajo del bloque ideológico se sitúa el folklore. Debe rechazarse cualquier estudio que tienda a pensarlo como un elemento esencialmente "pintoresco". El folklore es una "concepción del mundo", a pesar de su carácter primitivo e incoherente. Su incoherencia se explica por el origen social de esta variedad de ideologías: el folklore es una concepción del mundo "no sólo no elaborada y asistemática, ya que el pueblo (es decir, el conjunto de las clases subalternas e instrumentales de cada una de las formas de sociedad hasta ahora existentes) por definición no puede tener concepciones elaboradas, sistemá-

24 *M. S.*, p. 125-6.
25 *O.*, p. 163.

tica y políticamente organizadas y centralizadas aun en su contradictorio desarrollo, sino también múltiple; no sólo en el sentido de diverso y yuxtapuesto sino también en el sentido estratificado de lo más grosero a lo menos grosero, si no debe hablarse directamente de un aglomerado indigesto de fragmentos de todas las concepciones del mundo y de la vida que se han sucedido en la historia, de la mayor parte de las cuales sólo en el folklore se encuentran, sobrevivientes, documentos mutilados y contaminados"[26]. El folklore es un fenómeno presente y no pasado: permanentemente el pensamiento y la ciencia proveen al "folklore moderno" de nuevos elementos. Gramsci distingue dentro del folklore una religión popular —especialmente en los países de religión católica y ortodoxa— muy diferente a la de los intelectuales y la jerarquía eclesiástica, una moral popular formada por el conjunto de "máximas para la conducta práctica y de costumbres"[27], etc.

La esfera ideológica de la sociedad civil se extiende así sobre todas las estratificaciones sociales de la estructura del bloque histórico. En la medida en que la ideología abarca todas las actividades de la clase dominante, la sociedad civil debe disponer de una articulación interna extremadamente compleja.

5. *Estructura ideológica y material ideológico*

Uno de los aspectos esenciales de la sociedad civil consiste en su articulación interna, es decir en la organización mediante la cual la clase dirigente difunde su ideología. Gramsci califica a esta organización de "estructura ideológica" de la clase dirigente, y entiende por este término "la organización material destinada a mantener, defender y desarrollar el frente teórico e ideológico"[28]. Gramsci reagrupa en la estructura ideológica no solamente las organizaciones cuya función es difundir la ideología, sino tam-

26 *L. V. N.*, p. 240.
27 *L. V. N.*, p. 241.
28 *P.*, p. 172.

bién todos los medios de comunicación social y todos los intrumentos que permiten influir sobre la opinión pública.

Gramsci distingue en el seno de la estructura ideológica las organizaciones encargadas de la difusión de la ideología de aquellas que incorporan a su actividad general una "fracción cultural". Los jueces y los oficiales del ejército, por ejemplo, forman parte de estas últimas. Las organizaciones culturales propiamente dichas son: la Iglesia, la organización escolar y los organismos de prensa. La Iglesia, después de haber tenido en el bloque histórico precedente el casi-monopolio de la sociedad civil ("la ideología religiosa, es decir la filosofía y la ciencia de la época", con la escuela, la instrucción, la moral, la justicia, la beneficiencia)[29], conserva todavía una parte importante de esta esfera. La organización escolar, ya sea que esté bajo el control del Estado o bien de organismos privados, e incluso las universidades populares, forman el segundo conjunto cultural de la sociedad civil, donde volvemos a encontrar la gradación de la ideología, esta vez bajo el control de la Universidad y de la Academia (esta última en la medida que ejerce una función nacional de alta cultura, especialmente como depositaria de la lengua nacional y, por lo tanto, de una concepción del mundo,[30]. La prensa y las editoriales constituyen la tercera de las grandes instituciones de la sociedad civil. Gramsci confiere una gran importancia a esta nueva institución que considera la más dinámica de la sociedad civil y cumple a la vez una función ideológica determinada: "las editoriales tienen un programa implícito o explícito y se apoyan en una determinada corriente"[31]. Como la organización escolar, la prensa y las editoriales cumplen un papel fundamental, puesto que son las únicas que abarcan todo el campo de la ideología (libros y revistas científicas, políticas, literarias, etc.) y todos sus niveles (libros y periódicos para las "élites", de vulgarización, populares. . .)

A estas tres instituciones fundamentales Gramsci agrega como sujeto también a la estructura ideológica, "todo

29 *I.*, p. 11.
30 Sobre el lenguaje como concepción del mundo ver *M. S.*, p. 9.
31 *P.*, p. 172.

aquello que influye o puede influir directa o indirectamente sobre la opinión pública"[32] y menciona en especial las bibliotecas, los círculos, clubes, etc.

Esta "estructura ideológica" difunde ideología a través de diversos medios de comunicación (material ideológico) cuya eficacia Gramsci compara: los medios audio-visuales (teatro, cine, radio, televisión, etc.) "son un medio de difusión ideológica que tienen una rapidez, un campo de acción y un impacto emocional mucho más vasto que la comunicación escrita, pero superficialmente y no en profundidad"[33]. A estos canales de difusión de la ideología Gramsci integra también la arquitectura y hasta la disposición y los nombres de las calles, subrayando su importancia como material ideológico.

La difusión de la ideología requiere una articulación extremadamente compleja de la sociedad civil; es posible apreciar la disposición de los distintos aspectos de la sociedad civil (campo, gradación, estructura y difusión de la ideología) tomando un ejemplo que Gramsci cita a menudo: la Iglesia católica, sociedad civil dentro de la sociedad civil.

6. *Una sociedad civil dentro de la sociedad civil, el ejemplo de la Iglesia Católica*

Todavía hoy la Iglesia católica constituye una verdadera sociedad civil autónoma, afirma Gramsci. En su opinión los concordatos son el resultado de antiguos compromisos con los representantes de la nueva clase que permitieron a la Iglesia conservar gran parte de la sociedad civil. Dos factores explican la perennidad de la Iglesia: su homogeneidad ideológica y la importancia de la estructura ideológica.

La fuerza de la Iglesia reside fundamentalmente en la unidad ideológica que ha logrado mantener en el seno del bloque social que controla: "La fuerza de las religiones, y especialmente de la Iglesia católica, ha consistido y consiste en que ellas sienten enérgicamente la necesidad de la

32 *Ibid.*
33 *P.*, p. 180.

unión doctrinaria de toda la masa 'religiosa' y luchan para que los estratos intelectualmente superiores no se separen de los inferiores. La iglesia romana ha sido siempre la más tenaz en la lucha por impedir que se formen 'oficialmente' dos religiones: la de los 'intelectuales' y la de las 'almas simples'"[34]. Esto no significa que no exista de hecho una diferencia entre las creencias de las distintas capas sociales. Así, Gramsci distingue un catolicismo de los campesinos, un catolicismo de los pequeños burgueses y de los obreros urbanos, un catolicismo de las mujeres y un catolicismo de los intelectuales. El problema radica en conciliar la fe de los intelectuales —análoga a la filosofía— con la fe de los "simples" — análoga al sentido común o al folklore. Gramsci cita el ejemplo de algunos milagros, "artículos de fe para los simples, no para los intelectuales"[35].

La Iglesia mantiene una unidad ideológica "oficial" a través de dos medios: la política y la evolución ideológica progresiva. Como en toda ideología, la relación entre los diferentes niveles de la religión está asegurada por la política, en este caso, "ejerciendo una disciplina de hierro sobre los intelectuales a fin de que no pasen ciertos límites en la distinción y no la tornen catastrófica e irreparable"[36]. Pero, a fin de limitar este recurso "político", la Iglesia ha optado igualmente en favor de un "movimiento progresista que tiende a dar ciertas satisfacciones a las exigencias de la ciencia y de la filosofía, pero con ritmo tan lento y metódico que las mutaciones no han sido percibidas por la masa de los simples si bien aparecen como 'revolucionarias' y demagógicas ante los 'integralistas'"[37]. De esta manera la Iglesia logra conservar cierta homogeneidad de su bloque ideológico.

Para difundir esta religión, la Iglesia se apoya sobre una organización muy poderosa: en el centro, el clero, cuya gran capacidad organizativa Gramsci reconoce, y que se renueva constantemente, especialmente por la creación de nuevas órdenes religiosas, para canalizar los movimientos

34 *M. S.*, p. 12.
35 *M. S.*, p. 15.
36 *Ibid.*
37 *M. S.*, p. 12.

de masa durante la Edad Media y, más tarde, después de la Contra-reforma, a fin de "conservar las posiciones políticas adquiridas"[38]. Esta organización se prolonga a través de instituciones confiadas a los laicos, con objetivos políticos o sindicales (partidos y sindicatos católicos) o ideológicos (Acción Católica), que Gramsci estudia minuciosamente en los *Cuadernos de Cárcel.*

Gramsci señala también la influencia determinante que ejerce la Iglesia gracias a su importante "material ideológico": no podríamos explicarnos la posición conservada por la Iglesia en la sociedad moderna, si no conociéramos los esfuerzos duraderos y pacientes que ésta realiza para desarrollar su propia sección de la estructura material de la ideología"[39]. Este material ideológico está formado esencialmente por la literatura y la prensa que edita (incluyendo periódicos parroquiales) así como por la organización escolar y universitaria que la Iglesia ha conservado.

La iglesia católica presenta de hecho todos los aspectos que Gramsci analiza dentro de la sociedad civil; por una parte, la ideología propagada y adaptada a todo el cuerpo social; por la otra, las organizaciones y los canales de difusión de esta ideología. A esta vasta y compleja esfera de la sociedad civil, Gramsci contrapone la de la sociedad política.

II. LA SOCIEDAD POLITICA

La sociedad política, que Gramsci opone a la sociedad civil en el seno de la superestructura, ha sido poco estudiada en los *Cuadernos de Cárcel.* Esto tiene una explicación: en la teoría marxista clásica, el estudio se refiere más al aparato de Estado que a la dirección ideológica y cultural de la sociedad. No obstante, encontramos en los *Cuadernos* numerosas definiciones de la sociedad política:

— "Sociedad política o Estado que corresponde a la función de 'dominio directo' o de comando que se expresa en el estado y en el gobierno jurídico"[40].

38 *Mach.* p. 240.
39 *P.*, p. 172.
40 *I.*, p. 16.

—"Sociedad política o dictadura, o aparato coercitivo para conformar a las masas del pueblo de acuerdo al tipo de producción y de economía de un momento dado"[41].

—"Gobierno político", es decir, el "aparato de coerción estatal que asegura legalmente la disciplina de aquellos grupos que no consienten ni activa ni pasivamente, pero que está preparado para toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el comando y en la dirección, casos en que no se da el consenso espontáneo"[42].

La sociedad política posee pues caracteres bien definidos: agrupa el conjunto de las actividades de la superestructura que dan cuenta de la función de coerción. En este sentido es una prolongación de la sociedad civil; al analizar los distintos niveles de la formación de un sistema hegemónico, Gramsci señala que el momento político-militar es la prolongación y concretización de la dirección económica e ideológica que una clase ejerce sobre la sociedad. Así como en el esquema gramsciano el control de la sociedad remata en la conquista del poder político, así también la sociedad política no debe jugar sino un papel secundario en el sistema hegemónico.

Tal como se deduce de las definiciones de Gramsci, la función de la sociedad política es el ejercicio de la coerción, la conservación, por la violencia, del orden establecido. En este sentido, no se limita simplemente al campo militar sino que abarca también el gobierno jurídico, la coacción "legal": "El derecho es el aspecto represivo y negativo de toda la actividad positiva de formación civil desplegada por el Estado"[43].

Esta concepción extensiva de la coerción explica que Gramsci distinga varios aspectos en la sociedad política, según su ligazón más o menos estrecha con la sociedad civil (dictadura pura y simple cuando es autónoma, hegemonía política cuando depende de la sociedad civil) y según se limite al nivel técnico-militar (de simple uso de la fuerza) o político-militar (dirección política de la coerción).

41 *L. C.*, p. 183.
42 *I.*, p. 16.
43 *Mach.*, p. 117.

Momento de la coerción; la sociedad política se define entonces por las situaciones en donde es utilizada. Gramsci distingue dos:

— la más habitual consiste en el control de los grupos sociales que no "consienten" con la dirección de la clase fundamental: dado un cierto grado de desarrollo de las relaciones sociales y económicas, estos grupos —las clases subalternas— entran en contradicción con la clase dirigente. Para mantener su dominación, ésta utiliza entonces la coerción, en mayor o menor medida, "legal".

— la segunda situación es más excepcional y transitoria puesto que se trata de los períodos de crisis orgánica: la clase dirigente pierde el control de la sociedad civil y se apoya sobre la sociedad política para intentar mantener su dominación.

En ambos casos la sociedad política se apoya —y este es su último aspecto— sobre el aparato de Estado. Para calificar a la sociedad política Gramsci utiliza en varias ocasiones el término Estado, pero precisando bien que se trata de la concepción clásica. Según él, esta concepción, históricamente superada, es la del Estado gendarme, propia de la época liberal, cuando el Estado no ejercía ninguna función económica ni ideológica directa, limitándose a "la tutela del orden público y del respeto de las leyes"[44]. Por lo tanto, sociedad política y Estado no se identifican más. La noción de sociedad política, así como la de sociedad civil, es una noción funcional y, por lo tanto, no se traduce totalmente en las organizaciones superestructurales. Sin embargo, la sociedad política se presta en mayor medida a una definición orgánica. La función coercitiva del aparato estatal es administrada por un personal intelectual bien delimitado: la burocracia, "esto es, la cristalización del personal dirigente, que ejerce el poder coercitivo y que hasta cierto punto se trasforma en casta"[45]. Esta homogeneidad se ve facilitada por el hecho —todavía válido en los países occidentales en la época de Gramsci— de que la nueva clase fundamental a menudo confió privi-

44 *Mach.*, p. 164.
45 *Mach.*, p. 116.

iegios corporativos de origen burocrático y militar a las antiguas clases dirigentes del bloque histórico.

Gramsci señala que, incluso en este caso, el aparato coercitivo del Estado puede no ejercer el monopolio de la violencia por cuenta de la clase dirigente: cuando el aparato de Estado se muestra impotente para controlar una crisis orgánica, esta clase puede suscitar, en el seno de la sociedad civil, organizaciones paramilitares que una vez consumada su misión se integrarán al Estado. Es que, como lo demuestra el estudio de sus relaciones recíprocas, sociedad civil y sociedad política están estrechamente imbricadas en el seno de la superestructura.

III. LAS RELACIONES ENTRE SOCIEDAD CIVIL Y SOCIEDAD POLITICA EN EL SENO DE LA SUPERESTRUCTURA

El análisis separado de cada una de las dos esferas del momento superestructural no se corresponde evidentemente con la realidad práctica. En efecto, esta división funcional debe ubicarse en el marco de una unidad dialéctica donde el consenso y la coerción son utilizados alternativamente y donde el papel exacto de las organizaciones es menos preciso de lo que parece. No existe sistema social donde el consenso sirva de única base de la hegemonía, ni Estado donde un mismo grupo social pueda mantener duraderamente su dominación sobre la base de la pura coerción. Un sistema donde bastara sólo el consenso es "utopía pura, por estar basado en el presupuesto de que todos los hombres son realmente iguales y, por consiguiente, igualmente razonables y morales, es decir, pasibles de aceptar la ley espontáneamente, libremente y no por coerción, como impuesta por otra clase, como algo externo a la conciencia"[46]. En cuanto a la dominación fundada exclusivamente sobre la fuerza, no puede ser sino provisoria y expresa la crisis del bloque histórico cuando la clase dominante, al no tener más la dirección ideológica, se mantiene artificialmente por la fuerza.

Por lo tanto, sociedad civil y sociedad política están en constante relación. Es este tipo de relaciones lo que ahora conviene estudiar.

46 *Mach.*, p. 166.

1. *La colaboración en el seno del Estado de los órganos de las dos sociedades*

Entre la sociedad civil y la sociedad política, entre el consenso y la fuerza, no existe de hecho una separación orgánica. Uno y otro colaboran estrechamente. Este es el caso de la formación de la "opinión pública": "El Estado cuando quiere iniciar una acción poco popular, crea preventivamente la opinión pública adecuada, es decir, organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil. Historia de la opinión pública: naturalmente, siempre han existido elementos de opinión pública, incluso en las satrapías asiáticas; pero la opinión pública tal como se la entiende hoy en día nació en vísperas de la caída del Estado absoluto, es decir, en el período de lucha de la nueva clase burguesa por la hegemonía política y la conquista del poder. La opinión pública es el contenido político de una voluntad política que puede ser discordante. Es por eso que se desarrolla en la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública: periódicos, partido, parlamento, de manera que una sola fuerza modela la opinión y de este modo la voluntad política nacional, dispersando los desacuerdos en fragmentos individuales y desorganizados"[47].

La opinión pública es el ejemplo concreto de las relaciones permanentes entre el gobierno político y la sociedad civil que favorece el consenso alrededor de sus actos.

En el seno de la sociedad civil, son esencialmente la "prensa amarilla y la radio (en los lugares en que está muy difundida)"[48] quienes aseguran este servicio, especialmente por la creación de "explosiones de pánico o de entusiasmo ficticio, que permiten el logro de determinados objetivos, en las elecciones, por ejemplo"[49]. Gramsci analiza en esa coyuntura el fenómeno de las campañas electorales donde la clase dominante debe tener "un día determinado el predominio ideológico (o mejor emotivo) para tener una mayoría que dominará por tres, cuatro o cinco años incluso si, pasada la emoción, la masa electoral

47 *P.*, p. 158.
48 *Ibid.*
49 *Ibid.*

se separa de su expresión legal (país legal no equivalente a país real)"[50].

En este caso el vínculo entre sociedad civil y sociedad política deviene tan estrecho que llega a ser orgánico, apoderándose directamente el Estado *—strictu sensu—*, sin intermediación de organismos privados de los medios para "modelar" la opinión pública: el monopolio de la radiodifusión, por ejemplo.

Esta complementaridad se expresa, por otra parte, en el carácter ambivalente de ciertos órganos: así, el parlamento, órgano de la sociedad política para la adopción de la ley, es igualmente órgano de la sociedad civil en tanto expresión oficial de la opinión pública. La función del parlamento es, para Gramsci, consumar la unión de la fuerza con el consenso: "El ejercicio 'normal' de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza rebase demasiado al consenso, o mejor tratando de obtener que la fuerza aparezca apoyada sobre el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública —periódicos y asociaciones— los cuales, con este fin, son multiplicados artificialmente" [51].

Estos distintos ejemplos muestran que en realidad la distinción entre sociedad civil y sociedad política no es orgánicamente completa ya que la clase dominante, en el ejercicio de su hegemonía, utiliza y combina una y otra.

Esta combinación tiende a ceder el lugar a una creciente ambivalencia de los órganos de la superestructura. En teoría, son "las organizaciones llamadas privadas" las que dirigen la sociedad civil, y es el aparato coercitivo del Estado quien administra la sociedad política. En los hechos, la evolución histórica tiene consecuencias perturbadoras sobre este reparto.

El esquema dentro del cual Gramsci razona es, y él mismo lo reconoce, el de un período histórico determinado: el del Estado liberal o Estado gendarme. Este aparato, de pura dominación política y de coerción, se limita estrictamente a esta actividad. La sociedad civil (ideología,

50 P., p. 159.
51 Mach., p. 135.

cultura) es abandonada a las distintas organizaciones privadas, en especial a la Iglesia a la que, por medio de los concordatos, se le atribuye una "esfera privada" en el seno de la sociedad civil.

Pero ya Gramsci nota los signos de una estatización de la sociedad civil que se expresa, por de pronto, en la decadencia de los órganos clásicos de expresión de la sociedad civil en el seno del aparato político, en beneficio de un control directo por parte del Estado: decadencia de los partidos tradicionales ligados al parlamento, monopolio del Estado sobre los nuevos órganos de opinión pública y tentativa de estatización de los antiguos (Gramsci incluye particularmente a los sindicatos) etc. Esta estatización aparece también en la absorción progresiva de la cultura y de la educación, hasta entonces confiada a organismos privados (la Iglesia) en provecho de "servicios públicos intelectuales"[52].

El caso más característico es el de la educación, por diversas razones que Gramsci señala:

— necesidad de un control por parte del Estado para elevar el nivel técnico-cultural de la población respondiendo así a las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas;

— conflicto entre los intelectuales tradicionales (especialmente la Iglesia), resto del antiguo bloque histórico, y los intelectuales de la clase dominante;

— necesidad de unificar la ideología difundida por las organizaciones de la sociedad civil.

Estos distintos "servicios" no pueden ser abandonados, en una sociedad moderna, a la iniciativa privada, y deben ser asegurados por el Estado. Esta estatización no se limita a la organización social, sino que se extiende a todas las "instituciones que deben ser consideradas de utilidad para la instrucción y la cultura públicas, tal como son considerados en muchos estados, las que no podrían ser accesibles al público (y se señala que por razones nacionales deben ser accesibles) sin una intervención estatal"[53].

52 *I.*, p. 141.
53 *I.*, p. 141.

Gramsci agrupa entre estas instituciones a los teatros, las bibliotecas, los museos y hasta los jardines zoológicos; en suma, todas las instituciones culturales.

La estatización de estos "servicios" no modifica su carácter: "Estos elementos se deben estudiar como nexos nacionales entre gobernantes y gobernados, como factores de hegemonía"[54].

A la influencia de la sociedad política sobre la sociedad civil puede oponerse al fenómeno inverso: frente a la debilidad de la sociedad política, es posible que emerjan de la sociedad civil nuevas fuerzas de coerción de la clase dominante. Como lo muestra Gramsci, es, particularmente, el caso del fascismo, donde las debilidades del aparato estatal fueron paliadas por organizaciones privadas paramilitares que, una vez consolidada por la fuerza la influencia de las clases dominantes, se integraron al aparato del Estado.

La estrecha colaboración e incluso el carácter ambivalente de los órganos de la sociedad civil se expresa en los *Cuadernos* por una extensión del concepto de Estado, entendido como el conjunto de los órganos, cualquiera sea su status formal —organizaciones "privadas" o aparato de Estado— mediante los cuales el grupo dominante ejerce su dominación. En varias ocasiones Gramsci define de este modo al Estado:

— "Estado = sociedad política + sociedad civil, vale decir, hegemonía revestida de coerción"[55].

— "Estado, en su significado integral, dictadura + hegemonía"[56]. El Estado se definiría, entonces, por tres características:

— por agrupar la superestructura del bloque histórico, tanto "intelectual y moral" como política;

— por articular su equilibrio a partir de estos dos elementos de la superestructura;

— finalmente y sobre todo porque su unidad deriva de su gestión por un grupo social que asegura la homogeneidad del bloque histórico: los intelectuales. En una carta

54 *I.*, p. 142.
55 *Mach.*, p. 165.
56 *P.*, p. 172.

del 3 de agosto de 1931, Gramsci expresa que su interés por el estudio de "algunos aspectos característicos de la historia de los intelectuales italianos... nace del deseo de profundizar el concepto de Estado"[57]. De ahí que en los *Cuadernos* analice paralelamente la noción de intelectual y "ciertas determinaciones del concepto de Estado"[58]. La estructura definitiva del Estado depende de las características de la actividad de los intelectuales, entendidos como "empleados" de la clase dominante para el ejercicio de la dirección política y cultural del bloque histórico.

El Estado aparece, entonces, más allá de la diversidad de organizaciones que lo componen y de la dualidad de las funciones de dirección por cuyo intermedio asegura la hegemonía de la clase fundamental, como el conjunto de la actividad de ese grupo social particular que constituye la capa de los intelectuales. La distinción en el seno de la superestructura debe referirise más a la oposición entre la función de hegemonía —ideológica— y la función de dominación —política— que a la oposición, secundaria, entre tal o cual organización.

2. *Consecuencias políticas y prácticas de la distinción de las dos sociedades.*

El problema de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política es esencialmente una cuestión metodológica: son dos aspectos de la hegemonía de la clase dominante. No obstante, su distinción es esencial. El hecho de que tal o cual organización dependa de una u otra sociedad importa menos que el rol respectivo de estos dos momentos de la superestructura de un período histórico y en un país determinado. Hemos visto por otra parte que numerosas organizaciones dependen de la sociedad civil y de la sociedad política simultáneamente (partidos, parlamentos), y que otras pueden afirmarse en la sociedad política en un período determinado y en la sociedad civil en otro (la Iglesia).

57 *L. C.*, p. 174.
58 *L. C.*, p. 183.

Por el contrario, las dos funciones de hegemonía y de coerción permanecen separadas. Es necesario caracterizar el tipo de vinculación variable entre estas dos funciones y las organizaciones privadas o públicas, y la dicotomía, de la que este vínculo no es sino un aspecto, permanente entre los dos momentos de los superestructura. No obstante, en varias oportunidades Gramsci recuerda que esta distinción metodológica entre sociedad civil y sociedad política no debe convertirse en "orgánica" so pena de llegar a graves errores teóricos: apoyándose en una distinción de este tipo los sindicatos italianos partidarios del libre-cambio afirmaron que el Estado no debía intervenir en el libre juego de la economía de mercado. "Pero como en la realidad efectiva, sociedad civil y Estado se identifican, es necesario convenir que el liberalismo es también una "reglamentación" de carácter estatal, introducida y mantenida por vía legislativa y coercitiva"[59].

En la medida en que se eviten estos errores, la distinción sociedad civil-sociedad política se mostrará esencial, en tanto permite resolver los problemas estratégicos y prácticos que plantea el trastrocamiento del sistema hegemónico de la clase dirigente.

A nivel estratégico, la importancia relativa de la sociedad civil en relación a la sociedad política es una cuestión esencial: para que la hegemonía sea sólidamente establecida, es necesario que sociedad civil y sociedad política estén igualmente desarrolladas y orgánicamente ligadas: de esta manera la clase dominante podrá utilizarlas alternativa y armoniosamente para perpetuar su dominación. Es éste el caso de las sociedades occidentales donde, "entre Estado y sociedad civil existía una justa relación, y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil"[60]. En estos países, la hegemonía de la burguesía descansa esencialmente sobre la "dirección intelectual y moral" de la sociedad, sobre la impregnación ideológica de todo el sistema social. De ahí que toda tentativa por subvertir el bloque histórico deba pasar por una lucha de largo alcance para disgregar la sociedad civil: "El Estado sólo era una trinchera avanzada,

59 *Mach.*, p. 54.
60 *Mach.*, pp. 95-96.

detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas"[61].

La situación es radicalmente diferente en los países donde la sociedad civil es "primitiva y gelatinosa"[62], como es el caso de los estados absolutos. La Revolución de Octubre, primera revolución exitosa de la clase obrera, sigue a la revolución de febrero, última revolución antifeudal en Europa. En estas situaciones, el conflicto se limita esencialmente a la toma del aparato coercitivo de Estado. Sólo después se tratará de construir una verdadera sociedad civil, sin dejar de desarrollar la estructura socio-económica.

Esta diferencia fundamental de situación, de acuerdo con la relación de fuerzas en el interior de la superestructura, supone la adopción de estrategias diferenciadas por parte de los grupos que quieren derribar el sistema hegemónico para crear un nuevo bloque histórico. En las sociedades "primitivas" la lucha se concentra alrededor del aparato de Estado. En las sociedades más complejas, lo esencial del combate va dirigido contra la sociedad civil: la burguesía francesa debió llevar una lucha secular por la hegemonía ideológica antes de asentar políticamente su dominación, y lo mismo deberá ser para el nuevo bloque histórico: sólo una larga "guerra de trincheras"[63] podrá poner fin a esta hegemonía.

La necesidad de la distinción entre sociedad civil y sociedad política está justificada también en el plano teórico, pues la confusión entre una y otra en provecho de la sola sociedad política acarrea un grave error teórico que Gramsci denomina "estadolatría": "El análisis no sería exacto si no tuviera en cuenta la duplicidad de formas en la cual se presenta el Estado en el lenguaje y en la cultura de las épocas determinadas, o sea, como sociedad civil y como sociedad política... Se da el nombre de estadolatría a una determinada actitud respecto del gobierno de los funcionarios o sociedad política, que, en el lenguaje común, es la forma de vida estatal a la que se da el

61 *Mach.*, p. 96.
62 *Mach.*, p. 95.
63 *Ibid.*

nombre de Estado y que vulgarmente se entiende como la totalidad del Estado"[64].

Este error teórico puede sin embargo justificarse provisoriamente en un caso histórico preciso: "Para algunos grupos sociales que antes de llegar a la vida estatal autónoma no han tenido un largo período de desarrollo cultural y moral propio e independiente (posibilitado en la sociedad medieval y en las monarquías absolutas por la exigencia jurídica de los estamentos y órdenes privilegiados) es necesario y hasta oportuno un período de estadolatría"[65].

Según Gramsci, este es también el caso de la revolución rusa de 1917, donde la caída del "Estado absoluto" explica el carácter marcadamente "político" de la dictadura del proletariado.

Aquí volvemos a encontrar la distinción que hace Gramsci entre los países con una sociedad civil desarrollada que juega un rol esencial, y los estados donde el aparato de dominación política constituye la mayor parte de superestructura. En este último caso, el período de estadolatría debe ser un período intermedio, "de iniciación, al menos, a la vida estatal autónoma y a la creación de una sociedad civil que no fue posible históricamente crear antes de llegar a la vida estatal independiente"[66].

Así, incluso en aquellos países donde no existe una verdadera sociedad civil, su creación constituye una de las primera tareas del nuevo Estado. Sin embargo —y la advertencia resulta profética si pensamos en la singular rehabilitación del Estado y su primacía sobre la sociedad civil en la mayor parte de los países socialistas— esta etapa de estadolatría "no tiene que dejarse entregada a sus propias fuerzas, ni tiene, sobre todo, que convertirse en fanatismo teórico y concebirse como perpetua; tiene que ser criticada, precisamente para que se desarrolle y produzca formas nuevas de vida estatal en las cuales la iniciativa de los individuos y de los grupos sea estatal, aunque no debida al gobierno de los funcionarios"[67].

64 *P.*, p. 165 (en español, *Antol.* p. 315).
65 *P.*, p. 166 (en esp. *Antol.* p. 315).
66 *Ibid.* (en esp. *Antol.* p. 315).
67 *P.*, p. 166 (en esp. *Antol.* p. 315).

Esta primacía del aparato de Estado es entonces transitoria y debe dejar su lugar a la primacía de la socieuad civil, a la hegemonía, modo normal de dirección del bloque histórico.

Esta primacía de la sociedad civil en el seno de la superestructura le permite igualmente a Gramsci analizar el grado de evolución de un bloque histórico: en un sistema hegemónico progresivo, es decir un sistema donde la clase dirigente "empuja realmente la sociedad entera hacia adelante, satisfaciendo no sólo sus exigencias existenciales, sino también la tendencia a la ampliación de sus cuadros para la toma de posesión de nuevas esferas de la actividad económico-productiva"[68], la sociedad civil juega un rol esencial y casi general (hegemonía): el período del Risorgimento se distingue por la atracción "espontánea" que los moderados ejercen sobre todas las otras fuerzas políticas e ideológicas y, por lo tanto, por la atracción de la burguesía sobre todas las demás clases. En el extremo opuesto, la desaparición de la sociedad civil en beneficio de la sociedad política es el signo de la pérdida de control de la clase fundamental sobre la sociedad, al punto de no poder mantenerse sino por la coerción (dictadura): en tal caso, el bloque histórico se vuelve regresivo.

Por último, la primacía de la sociedad civil aparece, en la visión gramsciana del fin del Estado, en la sociedad sin clases.

3. *Sociedad civil, sociedad política y fin del Estado*

El nuevo sistema hegemónico formado alrededor de la clase obrera debe, según Gramsci, resolver el problema de la distinción entre sociedad civil y sociedad política. Durante la lucha por derribar al bloque dominante, el nuevo sistema hegemónico deberá ligar orgánicamente los dos momentos de su superestructura: frente al bloque dominante, para quien la aparente diversidad de las organizaciones —especialmente de la sociedad civil— es un factor de extensión de su hegemonía, la superestructura de la direc-

68 *R.*, pp. 71-72 (en esp., *Antol.* p. 488).

ción de la clase obrera y de sus aliados debe ser homogénea y hasta monolítica. Esta homogeneidad se expresa por el rol centralizador del Partido Comunista: no puede haber más que una ideología —el marxismo—; el partido debe ser a la vez la sociedad civil y la sociedad política del nuevo sistema hegemónico. Es sociedad política en tanto dirección de las operaciones "militares" de toma del aparato de Estado, pero también por la función de "policía" del partido: "Es difícil pensar que un partido político cualquiera (de los grupos dominantes pero también de los grupos subalternos) no cumpla asimismo una función de policía, vale decir, de tutela de un cierto orden político y legal"[69]. Para ser legítima, esta función de policía debe ser progresiva, es decir "funcionar democráticamente (en el sentido de un centralismo democrático) en el interior del partido y, en el exterior, tender "a mantener en la órbita de la legalidad a las fuerzas reaccionarias desposeídas y a elevar al nivel de la nueva legalidad a las masas atrasadas"[70]. En lo que respecta al partido-sociedad civil, éste se manifiesta por la difusión entre las clases subalternas de la ideología-concepción del mundo de la clase obrera: el marxismo.

Esta unidad de la sociedad civil y de la sociedad política en el seno del partido, debe desarrollarse con posterioridad a la caída del bloque histórico y la toma del Estado. En el nuevo Estado de transición hacia la sociedad sin clases, la superestructura política e ideológica se encuentra unificada y centralizada. Es el Estado —en sentido gramsciano— "que tiene siempre el fin de crear nuevos y más elevados tipos de civilización, de adecuar la civilización y la moralidad de las más vastas masas populares a las necesidades del continuo desarrollo del aparato económico de producción, y por ende, de elaborar también físicamente los nuevos tipos de humanidad"[71].

Esta actividad estatal se verá facilitada por la fusión de los intelectuales de las dos sociedades en el seno del Estado. Pero este Estado-ético no es más que una etapa transitoria hacia la "sociedad regulada", vale decir, la sociedad

69 *Mach.*, p. 50.
70 *Mach.*, p. 50.
71 *Mach.*, p. 112.

sin clases que prevé la teoría marxista, con el triunfo definitivo de la sociedad civil.

La teoría marxista, profundizada por los estudios de Lenin (especialmente en *El Estado y la revolución*) establece como objetivo de la revolución socialista la sociedad sin clases y la desaparición del Estado: "Sólo en la sociedad comunista, cuando se haya roto ya definitivamente con la resistencia de los capitalistas, cuando hayan desaparecido los capitalistas, cuando no haya clases (es decir, cuando no existan diferencias entre los miembros de la sociedad por su relación hacia los medios sociales de producción), sólo entonces desaparecerá el Estado", Estado que Lenin define como "el aparato especial de coerción" [72].

En tanto marxista, Gramsci sostiene la desaparición del aparato estatal, vale decir, de la sociedad política. Pero, siguiendo su propia definición, no entiende acaso al Estado como "sociedad política + sociedad civil"? La noción gramsciana de Estado necesita por lo tanto una profundización de la teoría de la extinción del Estado.

Toda clase fundamental que aspira a la hegemonía afirma representar a la sociedad entera y fundar una "sociedad regulada". Una afirmación de este tipo se ve parcialmente realizada en tanto esta clase es realmente progresiva y hace avanzar al conjunto de la sociedad: "cada Estado es ético en cuanto una de sus funciones más importantes es la de elevar a la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo) que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y, por consiguiente, a los intereses de las clases dominantes" [73]. Pero el desarrollo de las relaciones sociales y económicas acarrea rápidamente una ruptura en el seno del bloque histórico entre la clase dirigente y las clases subalternas: el Estado ético desaparece en beneficio del Estado-de-clase y de ahí la coerción hacia las clases subalternas.

"Sólo el grupo social que se plantea el fin del Estado y el suyo propio como una meta a alcanzar, puede crear un

72 Lenin "El Estado y la revolución" en *Obras escogidas*, 3 tomos, Ed. Progreso, Moscú, t. II, p. 367.
73 *Mach.*, p. 161.

Estado ético tendiente a poner fin a las divisiones internas de los dominados, etc., y a crear un organismo social unitario técnico-moral"[74].

Se llega a la superación del Estado, a la "sociedad regulada", porque la clase que plantea el fin del Estado representa a la gran mayoría de la población —a nivel estructural— pero fundamentalmente porque esta clase dirige ideológicamente al conjunto de los grupos sociales que forman esta sociedad: sobrepasando sus propios intereses de clase, o mejor, haciendo de sus intereses los de todo el cuerpo social, el proletariado no necesita ejercer la coerción sobre ciertos grupos excluidos del sistema hegemónico; la sociedad política está destinada a desaparecer puesto que no es utilizada sino para la desaparición progresiva de las antiguas clases dominantes: el Estado y el derecho devienen "inútiles por haber agotado su razón de ser"[75], y la sociedad política es "reabsorbida"[76] por la sociedad civil. El aparato del Estado, desmembramiento de la sociedad civil en sus orígenes, se funde nuevamente con ella en el momento en que desaparece.

Esta concepción gramsciana de la sociedad sin clases demuestra una vez más el rol primordial acordado al momento de la sociedad civil, momento mediato entre la estructura y la sociedad política, fundamento ético de ésta, y proporciona una respuesta a la visión marxista de la sociedad comunista sin poner en cuestión la teoría leninista del fin del Estado, pero mostrando que éste no es el momento esencial de la superestructura.

Como resultante de este análisis quedaría entonces que, para Gramsci, el momento esencial de la sociedad civil es el momento primordial de la superestructura. Esta primacía se expresa en los *Cuadernos* por:

— la evolución terminológica del termino sociedad civil que, momento de la infraestructura en Marx, deviene momento de la superestructura en los *Cuadernos*;

— la importancia acordada a la dirección "cultural y moral" en la hegemonía de la clase fundamental;

74 *Mach.*, pp. 161-162.
75 *Mach.*, p. 163.
76 *Mach.*, p. 123.

— la primacía reconocida a la sociedad civil en los países occidentales y la necesidad de establecer una estrategia revolucionaria conforme a ella;

— el deber primordial de desarrollar una sociedad civil autónoma en los países donde es poco importante;

— la solidez de la sociedad civil en el seno del bloque histórico, que la convierte en el elemento más difícil de derribar;

— la desaparición de la sociedad política y su reabsorción por la sociedad civil en la sociedad sin clases.

A la esfera compleja de la superestructura Gramsci opone, en el seno del bloque histórico, el momento más homogéneo de la estructura, cuya vinculación orgánica con el momento superestructural conviene estudiar.

CAPITULO II

LA RELACION ENTRE ESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA EN EL SENO DEL BLOQUE HISTORICO

El problema de las relaciones entre estructura y superestructura es uno de los más delicados que plantea el análisis del bloque histórico. Como recordamos precedentemente, la controversia entre los partidarios de la primacía de la superestructura y los partidarios de la estructura en el seno del bloque histórico ha sido muy profunda y aún no está resuelta. Aunque se trata de una cuestión secundaria y hasta inútil, el análisis de estas dos interpretaciones es necesario a fin de demostrar su error teórico. El verdadero problema es el vínculo orgánico entre estructura y superestructura, verdadero criterio de análisis "ortodoxo" que le permite a Gramsci combatir ideológicamente los errores teóricos y por lo tanto políticos que acarrea su subestimación. Con todo, resulta conveniente analizar en primer lugar el análisis gramsciano de la estructura del bloque histórico.

I. LA ESTRUCTURA DEL BLOQUE HISTORICO

El análisis gramsciano del bloque histórico no está muy desarrollado en los *Cuadernos*. Esto se explica por varias razones, en especial los extensos análisis que la teoría marxista consagró ya antes de 1930 a los fenómenos económicos y a la relación entre la base económica y las clases sociales. Esto explica que Gramsci se contente con analizar sumariamente el primer movimiento del bloque histórico.

Al considerar los diferentes grados en la formación de un sistema hegemónico, desarrolla muy poco el nivel estructural: la estructura aparece definida a la manera clásica como el conjunto de las fuerzas materiales y del mun-

do de la producción. "Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se dan los grupos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición determinada en la misma producción"[1]. Gramsci señala el vínculo directo y rígido que existe entre estos dos niveles de la estructura: "Esta relación es lo que es, una realidad rebelde: nadie puede modificar el número de empresas y de sus empleados, el número de las ciudades y de la población urbana, etc."[2]

El segundo aspecto esencial de la estructura que señalan los *Cuadernos* consiste en el carácter relativamente estático de este elemento en relación a la superestructura del bloque histórico: "El conjunto de las fuerzas materiales de producción es el elemento menos variable del desarrollo histórico; siempre puede ser verificado y medido con exactitud matemática"[3].

Nada hay por lo tanto de específico en esta definición gramsciana de la estructura; el interés de su análisis reside fundamentalmente en el estudio concreto de la estructura que toda empresa política exige.

Gramsci juzga delicado el análisis inmediato de la estructura: no se puede identificar la estructura como una "imagen fotográficamente instantánea"[4], e incluso su análisis exacto es posible sólo una vez consumado el período histórico considerado: "Una fase estructural sólo puede ser analizada y estudiada concretamente después que ha superado todo su proceso de desarrollo, no durante el proceso mismo, a no ser que se trate de hipótesis, y declarando explícitamente que se trata de hipótesis"[5]. Puesto que la estructura no puede ser analizada con precisión en el presente, la solución será entonces volverse hacia el pasado, que representa las condiciones materiales objetivas cuya continuación y desarrollo constituye el presente. Por consiguiente, pasado y estructura se identifican: "La estructura es pasado real, precisamente porque es el testimo-

1 *Mach.* p. 71.
2 *Mach.*, p. 71.
3 *M. S.*, p. 170.
4 *M. S.*, p. 104.
5 *M. S.*, p. 104.
6 *M. S.*, p. 230.

nio, el 'documento' incontrovertible de lo que se ha hecho y de lo que continúa subsistiendo como condición del presente y del porvenir"[6].

El estudio de la superestructura del bloque histórico puede ser tratado desde tres puntos de vista diferentes:

— el estudio inmediato, fotográfico, muy hipotético debido a su carácter instantáneo;

— el estudio del pasado que, como señala Gramsci, puede ser igualmente peligroso en la medida en que busque en el pasado una "justificación tendenciosa, de superestructura"[7];

— el tercer camino es el que utiliza generalmente Gramsci y que explica la importancia del concepto de bloque histórico a la vez que el peso acordado a la superestructura: en la medida en que ésta es "el reflejo del conjunto de las relaciones de producción"[8], el análisis de su evolución permitirá el estudio indirecto de la estructura misma. Una aproximación de este tipo tiene, por otra parte, la ventaja de enfocar la dinámica de la estructura y no su "fotografía" estática y de subrayar la influencia de la superestructura sobre su evolución: "¿Es que acaso la estructura es concebida como algo inmóvil y absoluto y no, en cambio, como la realidad misma en movimiento? La afirmación de las *Tesis sobre Feuerbach* sobre el "educador que debe ser educado"[9], ¿no concibe una relación necesaria de reacción activa del hombre sobre la estructura, afirmando la unidad del proceso real? [10]

Un análisis así de la estructura logra desplazar el pro-

7 *M. S.*, p. 230.

8 *M. S.*, p. 46.

9 Tesis III: "La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por lo tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias se hacen cambiar precisamente por los hombres y que el propio educador necesita ser educado". Karl Marx, "Tesis sobre Fuerbach" en Marx y Engels, *Obras Escogidas, op. cit.*, t. II, pp. 398-399.

10 *M. S.*, p. 239.

blema al nivel de las relaciones entre estructura y superestructura y del vínculo orgánico que debe unirlas en el seno del bloque histórico.

II. EL VINCULO ORGANICO ENTRE ESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA

Para que se forme un bloque histórico es necesario que la estructura y la superestructura de este blôque estén orgánicamente ligadas. Gramsci define abstractamente esta organicidad como la necesidad, para el movimiento superestructural del bloque histórico, de evolucionar en los límites del desarrollo de la estructura, pero también más concretamente como la obra de los grupos sociales encargados de administrar las actividades superestructurales. Mientras que los exégetas de Gramsci han analizado en profundidad el primer aspecto del vínculo orgánico, sólo ocasionalmente se ha enfocado su traducción "social", lo que ha llevado a algunos a considerar —erróneamente nos parece— que Gramsci no explica en nombre de qué principio son unificados los dos momentos del bloque histórico: "Se puede e decir que,, en nuestro autor, hay una cierta aporía de la unidad recíproca de la estructura y la superestructura. La unidad sería afirmada en nombre de un cierto paralelismo"[11]. En realidad, este vínculo orgánico corresponde a una organización social bien concreta que aparece, por de pronto, en la influencia que ejerce la estructura sobre la evolución de la superestructura. Retomando una afirmación de Marx en el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Gramsci subraya que en todo análisis del bloque histórico "es preciso moverse en el ámbito de dos principios:

1) ninguna sociedad se propone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o no estén, al menos, en vías de aparición y desarrollo;

2) ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no desarrolló todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones"[12].

11 Buzzi, *op. cit.* p. 254.
12 *Mach.*, p. 67.

Una vez fijadas las condiciones estructurales de la evolución de la superestructura, Gramsci estudia los caracteres esenciales de todo movimiento superestructural orgánico, y señala dos aspectos:

— Todo acto o ideología orgánica debe ser "necesaria" a la estructura; esto significa que las ideologías deben organizar los grupos sociales y dirigirlos en conformidad con las condiciones socio-económicas: "En cuanto históricamente necesarias, éstas tienen una validez que es validez 'psicológica'; 'organizan' las masas humanas, forman el terreno en medio del cual se mueven los hombres, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc."[13]

— De ahí que —y este es su segundo aspecto—, los movimientos superestructurales orgánicos tengan un carácter permanente. Representan la ideología, la política de distintos grupos sociales y, en este sentido, "dan lugar a la crítica histórica-social que se dirige a los grandes agrupamientos, más allá de las personas inmediatamente responsables y del personal dirigente"[14]. Sólo en la medida en que los movimientos superestructurales respondan a estas condiciones orgánicas, serán el "reflejo" de la estructura y formarán con ella un bloque histórico.

Queda por ver cómo se traduce concretamente este vínculo orgánico. Este es asegurado por la capa social encargada de administrar la superestructura del bloque histórico: los intelectuales: "Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político"[15].

Los intelectuales son los "funcionarios de la superestructura"[16] al servicio de la clase que representan y con la cual mantienen una vinculación social y económica muy

13 *M. S.*, pp. 56-57.
14 *Mach.*, p. 67.
15 *I.*, p. 9.
16 *I.*, p. 16.

estrecha. Así, el vínculo orgánico entre estructura y superestructura aparece bien concreto y no solamente teórico. Esto explica en gran parte el interés que Gramsci otorga al estudio de los intelectuales en los *Cuadernos*, ampliando así considerablemente el análisis marxista de las relaciones entre estructura y superestructura al darle un contenido social efectivo.

Una vez establecido su vínculo con la estructura, las ideologías y las actividades políticas devienen el verdadero terreno donde los hombres toman conciencia de los conflictos que se desarrollan en el nivel de la estructura, lo que les da un valor "estructural" y confirma la noción del bloque histórico donde "las fuerzas materiales son el contenido, y las ideologías la forma"[17].

Sin embargo, este carácter orgánico reconoce ciertos límites en la medida en que no todos los movimientos superestructurales son orgánicos. En efecto, a los movimientos superestructurales de carácter orgánico, Gramsci opone cuatro tipos de fenómenos:

— el primer tipo es el de los movimientos que Gramsci califica de coyunturales, los cuales, aunque ligados a la estructura, muestran una diferencia esencial con los movimientos orgánicos en su duración: "es necesario distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) de los movimientos que se pueden llamar "de coyuntura" (y se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura dependen también de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran importancia histórica"[18]. Por consiguiente, su crítica no apunta a la política general de la clase dirigente sino a la de sus representantes: "dan lugar a una crítica política mezquina, cotidiana, que se dirige a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades que tienen la responsabilidad inmediata del poder"[19].

— el segundo tipo de actos, sin ninguna vinculación

17 *M. S.*, p. 57.
18 *Mach.*, p. 67.
19 *Mach.*, p. 67.

orgánica directa con la estructura, consiste en los errores políticos de los representantes de la clase dirigente: "un determinado acto político puede haber sido un error de cálculo de parte de los dirigentes de las clases dominantes, error que el desarrollo histórico, a través de las "crisis" parlamentarias gubernativas de las clases dirigentes, corrige y supera"[20]. Gramsci considera varios casos de error del personal político: sea un error individual: "puede tratarse de un impulso individual por cálculo errado"[21], o sea como consecuencia de las luchas entre los distintos grupos del sistema hegemónico, de las "tentativas de determinados grupos o grupitos, de asumir la hegemonía en el interior del agrupamiento dirigente, tentativas que pueden fracasar"[22]. Un error así sólo se corrige a mediano plazo; su análisis inmediato amenaza con conducir a sus protagonistas a graves errores estratégicos: especialmente si se considera como una crisis orgánica del bloque histórico lo que no es más que una crisis interna al sistema hegemónico (Gramsci cita especialmente el caso del affaire Dreyfus);

— el tercer caso es el de aquellos actos que sin estar orgánicamente vinculados a la estructura no por eso son irracionales. En efecto, se trata de actos que tienen por objeto la ordenación interna de la superestructura y, por lo tanto, del personal intelectual de la clase dirigente: "No se tiene en cuenta suficientemente que muchos actos políticos son debidos a necesidades internas de carácter organizativo, esto es, ligadas a la necesidad de dar coherencia a un partido, a un grupo, a una sociedad"[23]. Este tipo de fenómenos son puramente superestructurales. Gramsci cita el ejemplo de la Iglesia católica: "Si a cada lucha ideológica en el interior de la Iglesia quisiéramos encontrarle una explicación inmediata, primaria, en la estructura, estaríamos aviados. . . Es evidente, en cambio, que la mayor parte de estas discusiones son debidas a necesidades sectarias de organización"[24].

20 *M. S.*, pp. 104-105.
21 *M. S.*, p. 105.
22 *M. S.*, p. 105.
23 *M. S.*, p. 105.
24 *M. S.*, p. 105.

—el último tipo está formado por las ideologías que Gramsci califica de arbitrarias, es decir, sin vinculación orgánica, ni siquiera indirecta, con la estructura; sin importancia histórica, son la antítesis de las ideologías orgánicas: "En cuanto arbitrarias, no crean más que 'movimientos' individuales, polémicas, etc. (tampoco son completamente inútiles, porque son como el error que se contrapone a la verdad y la afirma)"[25].

Esta distinción entre los diferentes tipos de actos políticos e ideológicos corre peligro de presentar ciertas dificultades en su aplicación concreta, ya que sólo *a posteriori* puede ser establecida con seguridad. Es verdad que Gramsci remite al análisis de las iniciativas de los intelectuales orgánicos para poder apreciar el carácter estructural o no de sus actos; el problema no presenta dificultades importantes para los actos de carácter coyuntural u organizacional. En cambio es más delicado para lo que califica de errores de los dirigentes políticos. Gramsci reconoce la dificultad para los protagonistas de caracterizar de inmediato sus actos en estas situaciones. La cuestión es más clara en lo que concierne a los errores "individuales" que a los derivados de las luchas de fracciones en el interior mismo del sistema hegemónico; Gramsci cita el caso del conflicto entre las distintas facciones de la burguesía francesa —republicanos, monárquicos, bonapartistas— que estuvo a punto de conducirlos a su caída prematura en 1870. Podemos igualmente suponer que Gramsci piensa en la evolución del régimen soviético después de 1924, en la lucha de fracciones y en su resultado final. Las reservas seguidas de las abiertas críticas que formulara contra la dirección del PCUS antes de su arresto, se traducen en los *Cuadernos* en la condena de los "errores individuales" y fundamentalmente de la "estadolatría". Evidentemente, no podemos presuponer cuál hubiera sido la actitud que habría adoptado Gramsci frente a la tendencia de estos "errores" a devenir permanentes, si no "orgánicos", pero en cambio podemos encontrar en los *Cuadernos* numerosos elementos de respuesta —carácter prematuro o no de la toma del poder, rol de los intelectuales tradicionales,

25 *M. S.*, p. 57.

estadolatría, influencia de la antigua sociedad civil, etc.

El análisis muestra entonces que sólo una parte de los movimientos de la superestructura posee carácter orgánico; esta constatación tiene además ciertas consecuencias en lo que concierne a los roles respectivos de la estructura y de la superestructura:

— la importancia decisiva de la superestructura se muestra en la necesariedad del carácter orgánico del elemento superestructural;

— pero este carácter orgánico no significa que los fenómenos superestructurales no orgánicos tengan importancia propia. Este análisis de las relaciones estructura-superestructura en el seno del bloque histórico condujo a los exégetas de Gramsci a considerar el problema de la importancia relativa de estos dos elementos.

El problema fue planteado en el informe de Norberto Bobbio sobre "Gramsci y el concepto de sociedad civil"[26], presentado en el Coloquio de Estudios gramscianos de Cagliari en 1967, donde se sostiene que Gramsci asigna un papel determinante y hasta la primacía a la superestructura del bloque histórico cuando la teoría marxista clásica considera la estructura como el elemento esencial.

De ahí que sea conveniente analizar brevemente esta interpretación así como la réplica de los marxistas ortodoxos antes de intentar despejar la posición real de Gramsci frente a este tema.

III. LA INTERPRETACION SUPERESTRUCTURAL DEL BLOQUE HISTORICO

Defendida especialmente por N. Bobbio, esta interpretación se apoya esencialmente en la distinción que Gramsci hace entre los dos elementos del bloque histórico, y sobre todo en la división del momento superestructural en dos funciones. El hecho importante es que, por una parte, la superestructura es el elemento motor del bloque histó-

26 Norberto Bobbio, "Gramsci y la concepción de la sociedad civil" en *Gramsci y las Ciencias Sociales, op. cit.* pp. 65-93.

rico y que, por otra, la sociedad civil juega el papel fundamental en el seno de la superestructura.

Esta interpretación tropieza sin embargo con un difícil obstáculo: afirmar la primacía de la superestructura sobre la estructura, ¿no es acaso invertir el esquema marxista? . Bobbio responde negativamente al considerar como teorías marxistas "todas aquellas que, de alguna manera, aceptan la dicotomía fundamental entre estructura y superestructura; luego, están fuera del sistema marxista, el materialismo vulgar que reduce todo el movimiento histórico al momento estructural, así como el idealismo que atribuye el movimiento histórico exclusivamente a las fuerzas espirituales, independientemente de las condiciones materiales en las cuales actúan. Por lo tanto, Gramsci está dentro del sistema"[27]. Quienes sostienen esta tesis adelantan numerosos y sólidos argumentos para justificar esta interpretación de las relaciones superestructura-estructura:

Esta relación, dice Bobbio, no es analizada por Gramsci como una pura relación de causa a efecto, mecánica: el movimiento de la historia depende de la conciencia que tal o cual grupo tiene de las posibilidades de acción y de lucha que le son permitidas por las condiciones objetivas dadas; una vez reconocidas las condiciones materiales de su acción —como medio— el grupo social se vuelve libre para transformarlas "en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas"[28]. Si tomamos el ejemplo sobre el cual Gramsci razona, la clase obrera, el marxismo en tanto que ideología —en el sentido gramsciano del término— y el partido —en el nivel político— permitirán a la clase obrera tomar conciencia de las condiciones estructurales y transformarlas en instrumento para crear un nuevo bloque histórico.

Este pasaje cualitativo Gramsci lo ubica en el momento

27 *Gramsci e la cultura contemporanea*, T. I, p. 196.
28 *M. S.*, p. 47.

de la "catarsis", que define como "el paso del momento meramente económico (o egoístico-pasional) al momento ético-político, esto es, la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Ello significa el paso de lo 'objetivo a lo subjetivo' y de la 'necesidad a la libertad'"[29].

El momento mediador se sitúa a nivel de la sociedad civil:

Cuando Gramsci analiza en los *Cuadernos* las relaciones de fuerza que operan en una situación histórica dada, estudia básicamente las relaciones estructura-superestructura y distingue varios grados:

— El más primario es aquél donde las relaciones de fuerza están estrictamente ligadas a la estructura y (donde) las superestructuras son su prolongación directa.

— En un segundo grado se sitúan las relaciones de fuerzas políticas, que Gramsci define como "la valoración del grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diferentes grupos sociales"[30].

Este nivel se divide a su vez en varias etapas, que van desde la toma de conciencia negativa —la de la fase económico-corporativa, donde el grupo toma conciencia de homogeneidad y de sus intereses propios sólo en el plano de las estructuras económicas, sin poner en cuestión el sistema hegemónico establecido— a la toma de conciencia positiva: esta fase es la del "neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas"[31], es decir, el momento que Gramsci llamaba abstractamente "catarsis"; ésta se define prácticamente como la fase "en la cual las ideologías ya existentes se transforman en 'partido', se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando además de la unidad de los fines ecónomicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas

29 *Ibid.*
30 *Mach.*, p. 71.
31 *Mach.*, p. 72.

las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no sobre un plano corporativo sino sobre un plano "universal" y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados"[32].

El momento de la catarsis es entonces aquel donde las ideologías, de reflejo pasivo de la estructura, se convierten en parte integrante de la superestructura. Esfera de la ideología, la sociedad civil es el momento mediador entre estructura y superestructura.

La primacía reconocida al momento superestructural es, según Bobbio, la primacía reconocida al momento activo del bloque histórico, momento constitutivo sin el cual éste no existiría: "El momento ético-político... domina el momento económico mediante el reconocimiento que el sujeto activo de la historia hace de la objetividad, reconocimiento que permite resolver las condiciones materiales en instrumento de acción y por lo tanto obtener el fin deseado"[33].

IV. LA INTERPRETACION ORTODOXA DE LA NOCION DE BLOQUE HISTORICO

Esta interpretación ha sido desarrollada fundamentalmente por J. Texier y L. Gruppi en oposición al análisis de Bobbio y se apoya en un análisis no determinista de los

32 *Ibid.*

33 N. Bobbio, "Gramsci y la concepción de la Sociedad Civil" en *Gramsci y las Ciencias Sociales*, *op. cit.*, p. 82. Debe tenerse en cuenta que Bobbio justifica también la primacía de la superestructura en términos de la diferencia conceptual que recubre al término "sociedad civil" en Marx y Gramsci. Si en Marx la sociedad civil se identifica con la estructura, el desplazamiento de la sociedad civil, realizado por Gramsci, del campo de la estructura al de la superestructura, no puede dejar de tener una influencia decisiva sobre la misma concepción gramsciana de las relaciones entre estructura y superestructura" (*op. cit.*, p. 80). Este argumento no es determinante porque, como lo señala el mismo Bobbio, Gramsci se remite a Hegel y *no a Marx para construir este concepto.* Por otra parte, la terminología que Gramsci emplea en los *Cuadernos* es bastante original (Estado, hegemonía, etc.).

escritos de Marx sobre el tema, fundamentalmente *La ideología alemana* y el Prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política*. Tanto en *La ideología alemana* como en el Prefacio, Marx afirma que "las ideologías vienen siempre después de las instituciones, casi como un momento reflejo... en cuanto son consideradas en su aspecto de justificaciones póstumas y mistificadas-mistificadoras de la dominación de clase"[34]. Se trata en este caso de una concepción de las relaciones estructura-superestructura que parece bastante determinista. Sin embargo, en el prefacio de la *Contribución* Marx escribe que es en el terreno de las "formas ideológicas" que los hombres toman conciencia del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción "y luchan por resolverlo"[35].

La conciliación entre estas dos afirmaciones sólo es posible confiriendo un sentido no mecánico al término "reflejo". Esto es especialmente lo que intenta Jacques Texier. En su crítica a Bobbio subraya que "las relaciones sociales de producción son para Marx el momento activo y positivo del proceso histórico, la base del movimiento histórico, el hogar y la fuente de toda historia y no el principio motor"[35].

Texier señala que el reconocimiento que Gramsci hace del rol esencial del nivel estructural aparece en las numerosas notas de los *Cuadernos* donde el prefacio a la *Contribución* es minuciosamente analizado. De estos análisis surge que el movimiento histórico depende siempre de las condiciones estructurales. No obstante, esta primacía del momento estructural es puesta en cuestión por Texier para los períodos de "revolución social", es decir, cuando las relaciones de producción se vuelven "irracionales"[37]. A esto se asimilarían las situaciones de crisis orgánica del bloque histórico, cuando la actividad en el seno de las superestructuras se convierte en decisiva, en particular la

34 Bobbio, *op. cit.*, p. 83.

35 K. Marx, "Prólogo a la Contribución a la crítica de la Economía política" en K. Marx, *Introducción general a la Crítica de la Economía Política, op. cit.*, p. 36.

36 J. Texier, "Gramsci, théoricien des superstructures; *La Pensée*, 1968, Nº 139, p. 45.

37 *Op. cit.*, p. 47.

actividad política. Pero esta excepción no pone en cuestión la primacía general de la estructura.

Por lo tanto, la interpretación clásica considera que, para Gramsci, la estructura socio-económica del bloque histórico sigue siendo el momento determinante al cual es preciso referirse, aunque no sea en "última instancia"[38].

V. LA RELACION DIALECTICA Y ORGANICA ENTRE ESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA

El análisis muestra que las interpretaciones que otorgan la primacía sea al momento estructural, sea al momento superestructural del bloque histórico, son fundamentalmente opuestas, pero que su diferencia esencial reside más en la interpretación de Marx que en la de Gramsci.

Para algunos, Marx no interpretó mecánicamente las relaciones base-superestructura y hasta reconoció cierta autonomía a esta última. La lectura de Marx —y en especial los textos comentados por Gramsci— muestra en todo caso —como señala justamente Bobbio— que Marx otorga primacía a la estructura socio-económica: ésta juega el rol esencial, "es el verdadero hogar y escenario de toda la historia" y tiene un papel decisivo, mientras que la superestructura política le está subordinada y la superestructura ideológica depende a su vez de la superestructura política. Ahora bien, Gramsci —y precisamente en esto difiere de Marx— no analiza esta relación en el seno del bloque histórico como una relación entre dos elementos de importancia desigual: la superestructura ético-política tiene un papel tan importante como su base económica y no, como afirma N. Bobbio, primordial, ya que esto sería no reconocer los límites orgánicos fijados a la acción de la superestructura.

En definitiva, la relación entre estos dos momentos del bloque histórico es una relación dialéctica entre dos momentos igualmente determinantes: el momento estructural, puesto que es la base que engendra directamente la superestructura, que no es en una primera instancia más que su reflejo; en el curso del período considerado la

38 *Ibid.*

superestructura sólo podrá desarrollarse y actuar entre límites bien precisos. La estructura por lo tanto influye constantemente sobre la actividad superestructural. En función de esta base, el momento político juega sin embargo un rol motor, en tanto desarrolla la conciencia de clase de los grupos sociales, los organiza política e ideológicamente; lo esencial del movimiento histórico se desarrolla por lo tanto en el seno de la superestructura y la estructura se convierte en el instrumento de la actividad superestructural. La debilidad o importancia de esta última puede incluso limitar la evolución de la estructura, sea manteniendo el antiguo bloque histórico o bien sin sobrepasar el nivel tradeunionista de las relaciones de fuerza.

De ahí que sea un falso problema plantear la cuestión de la primacía de uno u otro elemento del bloque histórico. Si se considera la articulación de ese bloque, es evidente que su estructura socio-económica es el elemento decisivo. Pero no es menos evidente que, en todo movimiento históricos, las contradicciones nacidas en la base se expresan y se resuelven en el nivel de las actividades superestructurales. La relación entre estos dos elementos es dialéctica y a la vez orgánica. Por otra parte el mismo Gramsci previene contra el error que consiste en considerar separadamente estos dos elementos: el concepto de bloque histórico tiene por objetivo justamente evitar este error: "El análisis de estas afirmaciones, creo, lleva a reforzar la concepción de bloque histórico, en cuanto las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, siendo esta distinción de contenido y de forma puramente dialéctica, puesto que las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin la fuerza material"[39].

El carácter dialéctico y orgánico de la relación entre la estructura y la superestructura del bloque histórico tiene dos consecuencias:

— la naturaleza orgánica de esta relación permite delimitar un bloque histórico concreto;

39 *M. S.*, p. 57.

— la subvaloración de este carácter orgánico acarrea graves errores políticos.

VI. EMPLEO HISTORICO DE LA RELACION ESTRUCTURA-SUPERESTRUCTURA

El estudio de la relación estructura-superestructura es esencial para el análisis de un período histórico determinado, ya que permite delimitar el bloque histórico. Así, en su análisis del Risorgimento, Gramsci demuestra por qué el Partido de los Moderados, y no el Partido de Acción, dirigió el proceso de unificación del Estado italiano: los Moderados eran los representantes orgánicos de la clase dirigente, mientras que el Partido de Acción no tenía una verdadera base social; "los Moderados representaban un grupo social relativamente homogéneo, razón por la cual su dirección sufrió oscilaciones relativamente limitadas (y, en cualquier caso, según una línea de desarrollo orgánicamente progresivo), mientras que el llamado Partido de Acción no se apoyaba concretamente en ninguna clase histórica, y las oscilaciones sufridas por sus órganos dirigentes se componían en última instancia según los intereses de los Moderados"[40].

Una vez más el problema esencial en estos análisis radica en distinguir entre las actividades superestructurales aquellas que son orgánicas de las que son ocasionales, y esto no solamente en los períodos de crisis sino también en cualquier tipo de situación "en donde se verifica un desarrollo progresivo o de prosperidad y en aquellas en donde tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas"[41]. Sólo el análisis de las actividades superestructurales orgánicas permite establecer la articulación orgánica del bloque histórico.

Esta precauciones son aún más necesarias en la práctica política, pues "si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, no cuando se trata de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y la futura"[42].

40 *R.*, pp. 69-70 (en esp., *Antol.*, p. 485).
41 *Mach.*, p. 68.
42 *Mach.*, p. 68.

VII. EMPLEO POLITICO DE LA RELACION ENTRE ESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA

La afirmación del vínculo orgánico y de la unidad dialéctica entre estructura y superestructura tiene por objetivo evitar dos errores posibles: "El error en que se cae frecuentemente en el análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional. Se llega así a exponer como inmediatamente activas, causas que operan en cambio de una manera mediata, o por el contrario a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes. En un caso se tiene un exceso de 'economismo' o de doctrinarismo pedante; en el otro, un exceso de 'ideologismo'; en un caso se sobreestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual" [43].

Gramsci vuelve a menudo, en los *Cuadernos*, sobre este tipo de errores, especialmente a propósito del economismo.

El aspecto esencial del error economicista radica en la concepción mecánica de las relaciones entre estructura y superestructura, que considera a esta última como un puro "reflejo": "La pretensión (...) de presentar y exponer cada fluctuación de la política y de la ideología como una expresión inmediata de la estructura, debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo" [44].

Este error puede ser evitado si se efectúa con ciertas "precauciones" el análisis de cualquier período histórico: "la política es, de hecho, en cada ocasión, el reflejo de las tendencias de desarrollo de la estructura, tendencias que no tienen por qué realizarse necesariamente" [45]. Además, este reflejo no es inmediato, ya que los intelectuales son los intermediarios necesarios entre los dos momentos del bloque histórico. Por último, una concepción mecanicista corre el peligro de acordar una excesiva importancia a cada iniciativa superestructural, cuando no todas esas actividades son orgánicas.

Un error así sólo podrá ser evitado analizando minu-

43 *Mach.*, p. 68.
44 *M. S.*, p. 104.
45 *M. S.*, p. 104.

ciosamente las actividades superestructurales y, en especial, su carácter orgánico o no.

En el plano político, el economismo desemboca en dos actitudes aparentemente opuestas: el sindicalismo y el aventurerismo. En el primer caso, la sociedad civil es asimilada a la estructura, lo que conduce a limitarse a una política económico-corporativa de tipo tradeunionista y, políticamente, a la pasividad en espera de que la evolución "natural" de la estructura tenga por consecuencia el trastrocamiento de la superestructura-reflejo. En el segundo caso, a fin de paliar la ausencia de todo análisis orgánico del bloque histórico, la superestructura deviene el campo de lo "irracional", de lo arbitrario (en el sentido bergsoniano de *élan vital*) y también de la "espontaneidad"[46]. Este economicismo aventurerista se expresa en el plano político por el sindicalismo revolucionario y el espontaneísmo[47].

En lo que se refiere a la segunda posibilidad de error, el ideologismo, éste tiene los mismos efectos: así, la negación del momento estructural en Benedetto Croce supone una visión de la historia que se limita al momento ético-político de la superestructura. Excluída la política, la historia se limita a una historia de las ideas: los hechos sociales son imprevisibles y toda organización de los hombres —y en especial de los partidos políticos— es antihistórica. Por consiguiente, cada problema debe ser resuelto a medida que se presenta y "el oportunismo es la única línea política posible."[48], lo que lleva a una línea política muy moderada. Reverso del economismo, el ideologismo puede igualmente conducir a una exaltación del "elemento voluntarista e individual"[49] en la medida en que niega las realidades de la estructura.

De hecho, el economismo y el ideologismo proceden del mismo error, lo que explica que lleguen a un mismo resultado y puedan incluso complementarse: ambos so-

46 *Mach.*, p. 26.

47 Sobre las tendencias "espontaneístas" de Rosa Luxemburg: *Mach.*, p. 92 y G. Badia, "Grámsci y Rosa Luxemburgo", *Nouvelle critique*, Nº 30, enero 1970, pp. 71-73.

48 *Mach.*, p. 27 (nota).

49 *Mach.*, p. 68.

brestiman o rechazan la naturaleza orgánica del vínculo entre estructura y superestructura. El aspecto esencial de la noción de bloque histórico no reside tanto en la distinción entre estructura y superestructura —Gramsci no hizo más que retomar el análisis marxista clásico— sino en la naturaleza orgánica de sus relaciones: sólo las superestructuras deben ser consideradas como necesarias a la estructura, en el sentido que la vuelven homogénea y la organizan. En cuanto a la estructura, si bien no es inmediatamente operante, constituye el instrumento de la superestructura. El análisis de la relación estructura-superestructura implica la necesidad de no considerar esta relación como mecánica, remarcando, en cambio, su carácter orgánico.

La articulación del bloque histórico permite entonces diferenciar metódicamente dos esferas complejas: la estructura socio-económica y la superestructura ideológica y política, cuya vinculación orgánica es asegurada por una capa social diferenciada: los intelectuales. El rol esencial de esta capa aparece en el análisis dinámico del bloque histórico y, fundamentalmente, en el ejercicio de la hegemonía.

CAPITULO III

HEGEMONIA Y BLOQUE HISTORICO

El análisis del bloque histórico como relación entre dos movimientos dicotómicos (estructura-superestructura y sociedad civil-sociedad política) muestra la importancia de la sociedad civil en el seno del bloque histórico. Esta importancia la volvemos a encontrar en la traducción política de esta noción: la hegemonía.

Antes de los *Cuadernos* la noción de hegemonía apenas si aparece en la literatura marxista. No obstante, el mismo Gramsci rechaza la paternidad de este concepto a la vez que subraya su importancia. De ahí que los exégetas de los *Cuadernos* hayan intentado vincular a Gramsci a los teóricos marxistas. Pero sus interpretaciones son divergentes. Una vez más, por encima de la exégesis de Gramsci, fue la de Lenin y de Marx la que condujo a tales divergencias. De ahí que sea conveniente examinar el origen de esta noción de hegemonía antes de analizar los desarrollos esenciales que Gramsci le consagra en los *Cuadernos*.

I. EL CONCEPTO DE HEGEMONIA: DE LENIN A LOS *CUADERNOS*

En varias oportunidades Gramsci ve el origen de esta noción en la obra y en la acción política de Lenin. En los *Cuadernos* afirma que "el principio teórico-práctico de la hegemonía" es "el aporte teórico máximo de Ilich (Lenin) a la filosofía de la praxis"[1]. Se trataría incluso del desarrollo más importante del marxismo contemporáneo ya que "el momento de la hegemonía o de la dirección cultural es sistemáticamente revalorizado en oposición a las concepciones mecánico fatalistas del economis-

1 *M. S.*, p. 46.

mo. Así, fue posible afirmar que el rasgo esencial de la más moderna filosofía de la *praxis* consiste precisamente en el concepto histórico-político de hegemonía"[2]. Esta afirmación es aún más sorprendente en tanto Lenin no utiliza este concepto en su obra y tampoco insiste en el aspecto "cultural" de la hegemonía. Por otra parte, el único texto de Lenin al cual se refiere Gramsci habla de "dirección"[3]. Como lo ha señalado Gruppi en varias oportunidades[4], es significativo sin embargo que cuando Gramsci se refiere —a propósito de Lenin— a la hegemonía, entiende de hecho la dictadura del proletariado. Esta interpretación parece aun más verosímil pues el mismo Gramsci, en su ensayo sobre la cuestión meridional, muestra la relación entre estas dos nociones: "Los comunistas turineses se habían planteado concretamente la cuestión de la hegemonía del proletariado, o sea, de la base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes, en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas"[5].

Ch. Riechers[6] y N. Bobbio[7] muestran que esta interpretación fue sostenida también por Stalin, quien exaltó el concepto de hegemonía como el principal aporte de Lenin, definiéndolo en términos muy cercanos a los de Gramsci: "Marx y Engels bosquejaron, en grandes líneas, la idea de la hegemonía del proletariado. El aporte de Lenin radica en haber desarrollado este esbozo para hacer

2 *L. C.*, pp. 245-246.

3 Lenin "Dos Tácticas de la socialdemocracia en la Revolución democrática" en *Obras Escogidas*, 3 Tomos, Ed. Progreso, Moscú, 1966, T. 1, pp. 474-582.

4 Especialmente en el artículo "Lenin e il concetto di egemonia", *Crítica marxista*, Nº 4, 1970, pp. 206-220.

5 *C. P. C.*, pp. 139-140 (en esp. Antol., p. 192).

6 Ch. Riechers, "A. Gramsci", *Marxismus in Italien*, Frankfurt-am-Main, Europaïsche Verlaganstalt, 1970, p. 191.

7 *Op. cit.* p.87.

un sistema completo de dirección por el proletariado de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, no sólo para el derrocamiento del zarismo y del capitalismo sino también para la construcción del socialismo bajo la dictadura del proletariado[8].

Parecería entonces que Gramsci y Stalin consideran que el concepto de hegemonía está próximo al de dictadura del proletariado, bosquejado en los escritos de Marx (*La guerra civil en Francia*, Carta a Weydemeyer del 5 de marzo de 1852) y de Engels (Prefacio de 1951 a la *Guerra Civil* de Marx), y considerablemente desarrollado por Lenin en la teoría y en la práctica política.

La lectura del ya citado *Alcuni temi della questione meridionale* muestra, sin embargo, que Gramsci distingue hegemonía y dictadura del proletariado; esta última es "dirección" a la vez que "dominación" de la sociedad, vale decir control de la sociedad civil y de la sociedad política. Este resultado sólo puede ser obtenido si la clase obrera ensancha la "base social" de su dirección, gracias a un "sistema de alianzas" con otras clases subalternas —en este caso el campesinado, del que habrá obtenido el "consentimiento". Este análisis contiene ya toda la riqueza de la concepción gramsciana de la hegemonía desarrollada en los *Cuadernos*, y permite apreciar la continuidad leninista y el aporte gramsciano respectivamente.

L. Gruppi ha intentado mostrar el vínculo estrecho que existe entre el concepto de hegemonía en la obra de Lenin y los estudios de Gramsci[9]. Aunque tal comparación deba ser efectuada con prudencia, podemos retener cuatro aspectos esenciales:

El primero y más importante, consiste en la base de clase de la hegemonía. Lenin insistió vigorosamente en este aspecto, pero sin limitarlo a la dictadura del proletariado: "todas las formas de gobierno de transición bajo el capitalismo, no son sino variedades *del Estado burgués*, es

8 Citado en Ch. Riechers, *op. cit.*, p. 191.

9 En L. Gruppi, *op. cit.* Sobre el mismo tema, ver también G. Lukacs, *Lenin*, Ed. La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1968.

decir, *de la dictadura de la burguesía*"[10]. Esta insistencia por demostrar el carácter de clase de la dirección política e ideológica se explica por las tendencias —combatidas por Lenin— de la II Internacional a abandonar el análisis marxista del Estado y fundamentalmente su base de clase.

Pero en esta vuelta a Marx, Lenin está profundamente influido por las condiciones de la lucha de los bolcheviques en la Rusia zarista. La "dictadura" de la burguesía así como la del proletariado se caracterizan esencialmente por la coerción, por la violencia. Y este análisis es invariable, incluso en el caso de las "democracias burguesas": "Cuanto más desarrollada está la democracia, tanto más cerca se encuentra del progromo o de la guerra civil en toda divergencia política peligrosa para la burguesía"[11].

Gramsci, aunque no subestima el aspecto coercitivo de esta democracia, puesto que insiste en el carácter determinante del momento político-militar en el análisis de las relaciones de fuerza, no se limita a ese nivel, especialmente cuando estudia las "democracias burguesas". El análisis gramsciano de la sociedad civil y de la hegemonía tiene por objeto, justamente, subrayar la importancia de la dirección cultural e ideológica; pero Gramsci completa aquí a Lenin al recordar la base de clase de esta dirección: "si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica"[12]. Este aporte gramsciano es tanto más importante cuanto que responde en mayor medida a las deformaciones de la II Internacional, cuyos teóricos provenían todos de países donde la sociedad civil estaba muy desarrollada. Al mostrar que el Estado no es sólo la sociedad política, sino la combinación sociedad civil-sociedad política, y al insistir en la base de clase de este Estado, Gramsci desarrolló considerablemente el análisis de Lenin.

El segundo punto en que coinciden Lenin y Gramsci es

10 Lenin, "La revolución proletaria y el renegado Kautsky" en *Obras Escogidas, op. cit.*, T. III, p. 72.

11 Lenin, "La revolución proletaria y el renegado Kautsky" *op. cit.*, pág. 79.

12 *Mach.* p.55.,

el referido a la organización intelectual de la hegemonía. Gramsci retoma el análisis y la concepción leninista del partido, aunque insiste más en su papel de edùcador.

El tercer aspecto común de la concepción de la hegemonía reside en el énfasis sobre su "base social", es decir, en la necesidad que tiene la clase fundamental de apoyarse sobre grupos aliados: para la clase obrera se trata esencialmente del campesinado. Lenin analizó esta necesidad —sistematizada luego por la III^{a} Internacional en la consigna "bloque obrero-campesino" fundamentalmente en *Dos tácticas de la social democracia*. Su análisis se articula con el de Gramsci en *Alcuni temi della questione meridionale*; se trata de una coincidencia perfecta entre las directivas de la Internacional y el análisis del Mezzogiorno.

El cuarto punto común consiste en el análisis de las relaciones de fuerza en el seno del sistema hegemónico. El análisis que Gramsci hace del papel del Partido de Acción durante el Risorgimento se asemeja al de la revolución burguesa en Rusia hecho por Lenin en *Dos tácticas de la social democracia* (1905). En *Dos tácticas* Lenin combate la concepción menchevique sobre la revolución burguesa en términos de la organización del sistema hegemónico: el problema radica en saber si la clase obrera rusa debe jugar, en la "revolución democrático-burguesa", un rol auxiliar puramente pasivo o, por el contrario, si debe participar en la dirección política e impulsar la extensión de la base social de la revolución, incluyendo fundamentalmente a las masas campesinas: a medida que se extiende la base de la hegemonía, aumenta la importancia del rol de la clase obrera en el seno del sistema hegemónico, forzando a la burguesía a sobrepasar su objetivo inicial y preparando ya el futuro sistema hegemónico —clase obrera— campesina. El mismo análisis encontramos en Gramsci a propósito del papel negativo del Partido de Acción durante el Risorgimento, representante, en ese momento, de las fuerzas más progresivas del bloque urbano (pequeña burguesía urbana, obreros). Al no intentar incluir a las masas campesinas en la base social de la hegemonía, el Partido de Acción redujo notablemente el carácter hegemónico de la dirección de la burguesía italiana y limitó su rol y el de las fuerzas que representaba al de un mero apoyo.

Aunque muy próximo al de Lenin, el concepto gramsciano de hegemonía se separa en un punto capital: la preeminencia de la dirección cultural e ideológica. En sus escritos sobre la hegemonía Lenin insiste sobre el aspecto puramente político de la hegemonía; en ellos, el problema esencial es el desplazamiento, por la violencia, del aparato de Estado: la sociedad política es el objetivo y, para alcanzarlo, es necesaria una hegemonía política previa. Hegemonía política, puesto que la sociedad política tiene prioridad sobre la sociedad civil en sus preocupaciones estratégicas, y sólo retiene de éstas, por lo tanto, el aspecto político, tanto más porque, como hemos visto, la sociedad civil era muy débil en Rusia.

Para Gramsci, en cambio, el terreno esencial de la lucha contra la clase dirigente se sitúa en la sociedad civil: el grupo que controla la sociedad civil es el grupo hegemónico y la conquista de la sociedad política remata esta hegemonía extendiéndola al conjunto del Estado (sociedad civil + sociedad política). La hegemonía gramsciana es primacía de la sociedad civil sobre la sociedad política; en el análisis leninista, la relación es exactamente la inversa. Para atenuar esta diferencia, Gramsci subraya que Lenin habría presentido esta oposición, relacionada con la importancia variable de la sociedad civil según cada país. No obstante, llama la atención que esta diferencia no se limite a la conquista del poder, y abarque también la concepción del Estado: la concepción gramsciana de la "sociedad regulada", la condena de toda "estadolatría", muestra el carácter hegemonizante de la concepción gramsciana de la dictadura del proletariado: ésta es pensada como dirección ideológica (hegemonía, sociedad civil) y dominación político-militar (dictadura, sociedad política) de la clase obrera.

Los dos aspectos esenciales de la concepción gramsciana de la hegemonía radican en la oposición entre esta noción y la dictadura, y en la base social de esta hegemonía.

II. HEGEMONIA Y BLOQUE HISTORICO

El aspecto esencial de la hegemonía de la clase dirigente

reside en su monopolio intelectual, es decir, en la atracción que sus propios representantes suscitan entre las otras capas de intelectuales: "los intelectuales de la clase históricamente (y desde un punto de vista realista) progresiva, en las condiciones dadas, ejerce una tal atracción que acaban por someter, en último análisis, como subordinados, a los intelectuales de los demás grupos sociales y, por tanto, llegan a crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales, con vínculos de orden psicológico (vanidad, etc.) y a menudo de casta (técnico-jurídicos, corporativos, etc.)"[13]. Esta atracción termina por crear "un bloque ideológico" —o bloque intelectual— que liga las capas intelectuales a los representantes de la clase dirigente.

Tomando el ejemplo del Risorgimento, Gramsci subraya que la primacía económica de la clase fundamental es condición necesaria pero no suficiente para la formación de un bloque ideológico; es necesario que la clase dirigente tenga una verdadera "política" hacia los intelectuales: "La hegemonía de un centro director sobre los intelectuales se afirma a través de dos líneas principales: 1) una concepción general de la vida, una filosofía, que ofrece a los adherentes una dignidad intelectual, que provee de un principio de distinción y de un elemento de lucha contra las viejas ideologías que dominan por la coerción; 2) un programa escolar, un principio educativo y pedagógico original, que interesan y dan una actividad propia, en su dominio técnico, a la fracción más homogénea y numerosa de los intelectuales: los educadores, desde el maestro de escuela a los profesores universitarios"[14].

Comparando las políticas respectivas del Partido de los Moderados y del Partido de Acción con respecto a los intelectuales, Gramsci demuestra que sólo los primeros ofrecieron una alternativa al antiguo sistema: mientras que los líderes republicanos —en particular Mazzini— no sobrepasaron el nivel de la "charlatanería" mesiánica, los Piamonteses —con Gioberti a la cabeza— presentaron una filosofía nueva y nacional. En el dominio pedagógico,

13 *R.*, p. 71 (en esp. *Antol.*, p. 487).
14 *R.*, p. 105.

oponiéndose a la escolástica jesuítica y predicando un sistema más liberal, los Piamonteses ganaron para sí a los docentes laicos e incluso a la clerecía hostil a los jesuitas[15]. Esta toma de posición teórica fue acompañada por una inmensa actividad organizativa: congresos de intelectuales —sobre todo de grandes intelectuales, ya que éstos orientan a los intelectuales subalternos haciendo jugar el espíritu de casta—, control de las revistas, atracción hacia la organización política, etc.

El proceso que Gramsci describe es de hecho el de la formación y desarrollo de la sociedad civil: elaboración de la ideología (especialmente en su nivel superior, la filosofía), de la estructura y del material ideológico. En la elaboración de esta nueva sociedad civil, los representantes de la clase fundamental hacen por lo tanto un llamamiento a los otros intelectuales, a los representantes de las otras capas sociales.

Esta atracción tiene por consecuencia esterilizar las tentativas por mantenerse, tanto de la antigua clase dirigente como de los grupos rivales. Este fenómeno se hace particularmente evidente en el campo político: la expansión ideológica de los Moderados durante el Risorgimento impulsó el debilitamiento del "partido" de la Iglesia, en la medida en que el movimiento católico-liberal logró la adhesión de una importante fracción de los católicos al partido piamontés, aislando de este modo al papa; del mismo modo, la ausencia de una autonomía ideológica y estratégica convirtió rápidamente al Partido de Acción en un apéndice de los Moderados, en su ala "izquierda".

En un sistema realmente hegemónico, el bloque ideológico es factor de hegemonía en un doble sentido: en su mismo seno, en la medida en que los representantes de la clase dirigente orientan a los de los otros grupos sociales, pero sobre todo en el nivel del bloque ideológico al posibilitar a la clase dirigente controlar a otras capas sociales por intermedio del bloque ideológico. La consecuencia de este doble papel del bloque ideológico es que su disgregación separa de la clase dirigente no sólo a los intelectuales sino también a los grupos que éstos representan. Gramsci comprendió bien esto ya antes de los *Cuadernos*,

15 *R.*, p. 104.

porque en *Alcuni temi* plantea como tarea primordial de la clase obrera italiana y de su partido, determinar una escisión de izquierda del bloque intelectual meridional, a fin de disgregar el "bloque agrario" del Mezzogiorno.

La disgregación del bloque histórico sustituye la atracción "espontánea" por la "coacción" más o menos larvada e indirecta, "hasta llegar a las medidas de policía propiamente dichas y a los golpes de Estado"[16]. Si el desarrollo y la homogeneidad del bloque ideológico son las principales pruebas de la hegemonía del grupo dirigente, su desmoronamiento y la utilización de la coacción son los signos del debilitamiento de la hegemonía y del pasaje a la dictadura.

III. HEGEMONIA Y DICTADURA

El análisis del papel y de las relaciones entre estructura, sociedad civil y sociedad política en el seno del bloque histórico desemboca en la afirmación del carácter esencial de la dicotomía estructura-sociedad civil. Esta primacía se traduce en la práctica en la noción de hegemonía: el nivel de la sociedad civil corresponde "a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad"[17]. En un sistema así, la clase fundamental a nivel estructural dirige la sociedad por el consenso que obtiene gracias al control de la sociedad civil; este control se caracteriza fundamentalmente por la difusión de su concepción del mundo entre los grupos sociales —que deviene así "sentido común"— y por la constitución de un bloque histórico al que corresponde la gestión de la sociedad civil.

La consecuencia de este control ideológico sobre otros grupos es el debilitamiento del papel de la sociedad política y, por lo tanto, de la coerción. Es en esta medida que Gramsci califica de "democrática"[18] a la hegemonía. La sociedad política se ve así reducida a un rol de apoyo y

16 *R.*, p. 70 (en esp. *Antol.*, p. 488).
17 *I.*, p. 16.
18 *Mach.*, p. 200.

tiende incluso a integrarse parcialmente a la sociedad civil. Gramsci da dos ejemplos:

— el fenómeno de la opinión pública, "punto de contacto entre la sociedad civil y la sociedad política"; en este caso la clase dirigente utiliza la sociedad civil para un resultado político determinado;
— la división de poderes, que es de hecho un dominio de la sociedad civil sobre la sociedad política y se expresa por el carácter ambivalente de ciertos órganos, especialmente el parlamento.

Gramsci utiliza el término "hegemonía política" para expresar el sello de la sociedad civil sobre la sociedad política en tales situaciones. Se hace necesario entonces distinguir la hegemonía que expresa la primacía ideológica y económica de una clase y se prolonga normalmente por la hegemonía política de la dictadura.

Gramsci utiliza el término dictadura o dominación para definir la situación de un grupo social no hegemónico que domina la sociedad por la sola coerción, gracias a que detenta el aparato de Estado. Este grupo no tiene —o ha dejado de tener— la dirección ideológica; encontramos una situación así en dos casos, que son casos de crisis del bloque histórico:

— una clase que detentaba la hegemonía en el seno del bloque histórico la pierde en provecho de un nuevo sistema hegemónico, y logra mantenerse sólo por la fuerza: es el fenómeno fascista.
— una clase que aspira a la hegemonía se apodera del aparato de Estado: es el caso de la Revolución rusa de 1917.

Estas situaciones no pueden ser sino situaciones intermedias en espera de la construcción de un sistema hegemónico: el período de primacía de la sociedad política, o dictadura, es un período de transición entre dos períodos hegemónicos, aunque no por eso debe ser subestimado, ya que la clase que la detenta puede aprovechar para diezmar los cuadros de la sociedad civil de sus adversarios. Esto hizo la pequeña burguesía durante el período fascista decapitando los cuadros liberales y revolucionarios.

En la práctica, las relaciones entre hegemonía y dictadura son menos esquemáticas: al igual que la sociedad civil y la sociedad política en el seno de la superestructura, la hegemonía y la dictadura no están totalmente separadas. La clase dirigente, incluso en un sistema hegemónico, no dirige toda la sociedad sino solamente a las clases auxiliares y aliadas que le sirven de base social, y utiliza la coacción frente a las clases opositoras; la hegemonía jamás es total y un mismo grupo puede ser simultáneamente dirigente y dominante: "Un grupo social es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines o aliados. Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder); luego, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo también dirigente"[19].

Aunque la hegemonía y la dictadura puedan estar combinadas, su carácter permanece sin embargo bien delimitado: frente a la hegemonía, donde domina la sociedad civil, la dictadura representa la utilización de la sociedad política.

IV. HEGEMONIA Y TRANSFORMISMO

La distinción hegemonía-dictadura no es siempre esquemática. Si bien uno de los aspectos esenciales de un sistema hegemónico coherente consiste en la construcción de un poderoso "bloque ideológico", este bloque puede igualmente ser utilizado por la clase fundamental, de tal forma que su función no sea dirigente sino dominante. Una situación así se produce en el caso del "transformismo", es decir, cuando la clase dominante integra a los intelectuales de otros grupos sociales decapitando así su dirección política e ideológica.

Gramsci muestra en la historia italiana contemporánea —es decir, posterior a 1815— un ejemplo perfecto de este

19 *R.*, p. 70 (en esp., *Antol.*, p. 486).

fenómeno: "Si estudia(mos) toda la historia italiana a partir de 1815, vere(mos) que un pequeño grupo dirigente logró encerrar metódicamente en su círculo todo el elemento político puesto de manifiesto por los movimientos de masa de origen subversivo"[20]. Al considerar la importancia recíproca del Partido de los Moderados (Cavour) y del Partido de Acción (Mazzini) en la formación de la unidad del estado italiano, Gramsci muestra que en realidad el Partido de Acción sufrió siempre, dada la ausencia de una base social real orgánicamente ligada a él, la influencia del Partido de los Moderados. La consecuencia fue que, incluso antes de la conquista del poder, los Moderados controlaran la oposición.

Sobre esta situación se montó la estrategia de la burguesía italiana que, a diferencia de la burguesía francesa, rehusó apoyarse en las capas populares contra la aristocracia y prefirió llevarse bien con ella. El resultado de esta doble actitud fue ese fenómeno que Gramsci califica de "revolución pasiva" y que consiste en la toma del poder por la burguesía mediante la neutralización de las otras capas sociales.

De ese modo, la burguesía italiana del Risorgimento —a través de sus representantes del Partido de los Moderados— rehusó cumplir una función dirigente, es decir, se negó a ejercer la hegemonía apoyándose sobre una base social popular: "El 'dirigente' supone el 'dirigido', y, ¿quién era dirigido por esos grupos? Esos grupos no querían dirigir a nadie, es decir, no querían conciliar sus intereses y aspiraciones con los intereses y aspiraciones de los otros grupos"[21]. De resultas de esta negativa a ejercer la hegemonía, la burguesía italiana se vio obligada a paliar estas dificultades apelando a dos procedimientos: por una parte, utilizar el Estado del Piamonte como "personal dirigente", por la otra, separar a las clases subalternas de sus representantes.

Allí donde la burguesía francesa había apelado a las clases subalternas, la burguesía italiana utilizó al Piamonte: al no aspirar ningún grupo burgués a la hegemonía sobre su sector y ni siquiera decidirse a la unificación

20 *L. C.*, p. 255.
21 *R.*, p. 106.

nacional de la burguesía como clase dirigente, ésta resolvió dirigir a Italia confiando la dominación política al Estado piamontés que, a continuación de las anexiones, se convirtió en el Estado italiano. los grupos locales de la burguesía "querían que dominaran sus intereses, no su persona, es decir, querían que una fuerza nueva, independiente de todo compromiso y de toda condición, se transformara en el árbitro de la nación: esta fuerza fue el Piamonte, y de ahí la función de la monarquía"[22]. Pero la burguesía conservó no obstante el control del Estado, esencialmente por su vinculación estrecha con los intelectuales que formaban la clase política.

El Estado piamontés hizo las veces y hasta se transformó, por así decir, en un verdadero partido político al lograr la adhesión de aquellos que se reconocían en los Moderados, es decir, la burguesía local y sus intelectuales. No sólo la burguesía italiana no apeló a las otras clases, sino que además la unificación de Italia por el Estado piamontés permitió la unificación de la burguesía y del Estado italiano a la vez: "La hegemonía es hegemonía de una parte del grupo social sobre el grupo entero, y no de éste sobre otras fuerzas, para reforzar el movimiento, radicalizarlo, etc., sobre la base del modelo jacobino"[23]. Así, la burguesía italiana salió exitosa de la prueba al dirigir Italia sin compromisos con otras clases, esto es, sin ejercer una verdadera hegemonía: "Es uno de esos casos en que se tiene la función de dominación y no la de dirección: dictadura sin hegemonía"[24].

Gramsci compara el proceso de unificación de Italia con el de Alemania: mientras que en Italia la burguesía controló indirectamente el Estado, la burguesía alemana se contentó con la dirección industrial y económica del país, confiando el ejercicio de la dominación al Estado prusiano y, por lo tanto, a la casta feudal que lo dirigía: "las antiguas clases permanecen como capa gubernamental del Estado político con importantes privilegios corporativos en el ejército, en la administración y sobre la tie-

22 *Ibid.*
23 *R.*, p. 107.
24 *Ibid.*

rra"[25]. De este modo, las castas feudales se convierten en "los intelectuales de la burguesía, con un temperamento determinado debido al origen de casta y a la tradición"[26].

La situación italiana se ubicó a mitad de camino entre la de Francia y la de Alemania. Sin embargo, la alternativa elegida por la burguesía italiana para adueñarse del poder muestra, en su rechazo a todo compromiso con las clases subalternas, su voluntad de optar por una pura dominación, por lo que Gramsci llama dictadura. Tal opción, afirma Gramsci, se mantuvo después de 1870 a pesar del régimen parlamentario oficial, por el procedimiento del "transformismo".

El "transformismo" consistió en la integración de los intelectuales de las clases subalternas a la clase política, para decapitar la dirección de esos grupos: "Se puede decir que toda la vida italiana desde 1848 está caracterizada por el transformismo, o sea, por la elaboración de una clase dirigente cada vez más amplia dentro de los marcos fijados por los moderados desde 1848 y a partir del hundimiento de las utopías neogüelfas y federalistas con la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos de desigual eficacia, de los elementos activos salidos de los grupos aliados y, hasta de los grupos adversarios y que parecían enemigos irreconciliables"[27].

A pesar de este calificativo, el transformismo es un proceso orgánico: expresa la política de la clase dominante que se niega a todo compromiso con las clases subalternas y subutiliza entonces sus jefes políticos para integrarlos a su clase política. Hasta fines del siglo XIX, este transformismo sigue siendo bastante primitivo; se trata de un "transformismo molecular, es decir, que las personalidades provenientes de los partidos democráticos de oposición se incorporan gradualmente a la clase política conservadora-moderada"[28]. En el plano parlamentario, esta política se tradujo en la ausencia de una mayoría a favor de una clientela.

Pasado este primer período, la política transformista

25 *R.*, p. 88.
26 *Ibid.*
27 *R.*, p. 70 (en esp. *Antol.*, p. 486).
28 *R.*, p. 157.

de la clase dirigente va a tomar una nueva dirección: después de 1900, y a pesar de las crecientes dificultades que encuentra la burguesía frente al despertar de las clases subalternas, formaciones políticas enteras se acercan a la clase política conservadora. Este transformismo se efectúa de diferentes maneras, la más simple de las cuales será la creación de nuevos partidos políticos encargados de acoger a los renegados. Gramsci señala el caso del partido nacionalista, "formado por grupos de ex-sindicalistas y anarquistas, cuya culminación se halla en la guerra líbica en un primer momento y en el intervencionismo en un segundo momento"[29]. Pero el procedimiento más eficaz consiste en la absorción ideológica: es particularmente el caso de la obra de Croce, que, por su hegemonía ideológica sobre los intelectuales italianos, puede ser considerada "como la más potente maquinaria para 'conformar' las nuevas fuerzas"[30] a los intereses vitales del grupo dominante. Esta importancia del rol de Croce, y de los grandes intelectuales en general, había sido ya señalada en *Alcuni temi della questione meridionale*: condujo, por ejemplo, a reintegrar al bloque ideològico a los intelectuales meridionales en ruptura con el clero —sociedad civil del Mezzogiorno. Pero en el mismo trabajo Gramsci subraya el segundo aspecto, esencial, de esta reabsorción: la separación de los intelectuales de las clases subalternas: "En este sentido Benedetto Croce ha cumplido una altísima función 'nacional: ha separado los intelectuales radicales del sur de las masas campesinas, permitiéndoles participar de la cultura nacional y europea, y a través de esta cultura los ha hecho absorber por la burguesía nacional"[31].

Esta política de decapitación intelectual de las clases subalternas se extiende entonces a todas las capas intelectuales; el transformismo es su aspecto parlamentario y "oficial". En Italia, el bloque ideológico constituido alrededor de la clase fundamental es, en resumidas cuentas, un bloque ideológico negativo, que tiene por objeto prevenir toda veleidad de emancipación de los grupos sociales

29 *Ibid.*
30 *L. C.*, p. 256.
31 *C. P. C.*, p. 156 (en esp. *Antol.*, p. 197).

adversos. Gramsci lo contrapone al caso de Francia donde, gracias a la acción de los intelectuales, la política de integración de las clases, sino subalternas al menos auxiliares, consolidó en el siglo XIX gracias a la acción de los intelectuales, la hegemonía de la burguesía. En Francia, la burguesía se alió a las clases subalternas contra la aristocracia, mientras que la burguesía italiana se entendió con la aristocracia para neutralizar a las masas populares.

El estudio del transformismo —y Gramsci lo señala en su análisis del Risorgimento— es entonces de gran interés, por cuanto permite mostrar la complejidad de las relaciones entre hegemonía y dictadura.

En efecto, la absorción de los intelectuales de otros grupos sociales no tuvo por objetivo, en Italia, ensanchar la base social de la burguesía dándole un apoyo popular; a la inversa, su objetivo fue perpetuar la dominación impidiendo sistemáticamente la formación de una élite dirigente de los grupos adversarios. Esta política fue la prolongación directa de la estrategia adoptada por la burguesía italiana, que rechazó "toda reforma orgánica que sustituyera al puro 'dominio' dictatorial por una hegemonía"[32]. El transformismo se convirtió en el medio que utilizó la clase fundamental para evitar los inconvenientes de la hegemonía conservando sus ventajas: los métodos de la hegemonía son utilizados en provecho de la dictadura, y en lugar de una primacía de la hegemonía sobre la dictadura se produce la situación inversa; la dictadura deja de ser el uso simple y primitivo de la coerción para ser la decapitación pacífica de los grupos enemigos; la hegemonía se limita al nivel de la superestructura: hegemonía de los intelectuales de la clase dominante sobre los intelectuales de los otros grupos sociales que conduce a la dominación de la clase fundamental sobre las otras clases: "La dirección política se ha convertido en un aspecto de la función de dominación, porque la absorción de las élites de los grupos enemigos lleva a la decapitación de éstos y a su aniquilación por un período a menudo muy largo"[33].

En una estrategia así, la dictadura deja de ser una situación transitoria porque no se apoya solamente en la

32 *R.*, p. 157.
33 *R.*, p. 70 (en esp. *Antol.*, p. 486).

sociedad política. De ahí que Gramsci utilice el término dominación para indicar que la sociedad política utiliza la sociedad civil.

Al término de este análisis del transformismo, podemos considerar que históricamente son posibles dos situacionas duraderas:

— la hegemonía, donde la sociedad civil tiene superioridad sobre la sociedad política y la clase fundamental, más dirigente que dominante, utiliza el bloque ideológico de los intelectuales para controlar los grupos auxiliares, sin tener en cuenta los intereses propios de estos grupos;

— la dominación, donde la sociedad política se adelanta a la sociedad civil y utiliza el bloque ideológico para neutralizar al resto de las clases, absteniéndose de todo compromiso con ellas. En este caso, la dominación de la clase fundamental es más difícil, puesto que no se apoya sobre una base social extensa sino sobre una coerción "inteligente", exponiéndose así a la formación de una eventual coalición hostil.

A estos dos casos, Gramsci contrapone las situaciones transitorias de hegemonía o dictadura pura y simple: hegemonía antes de la toma del poder, cuando la clase dominante opta por una política de alianzas, y dictadura, cuando esta clase pierde el control de la sociedad civil.

V. HEGEMONIA Y BLOQUE HISTORICO

El análisis del papel del Piamonte en la formación de la unidad italiana, tal como surge de las notas de los *Cuadernos* consagradas al Risorgimento, tiene esencial importancia para comprender la naturaleza real de la hegemonía y sus relaciones con el bloque histórico. Es necesario no olvidar dos premisas obligadas para este análisis:

— en primer lugar, la base de clase de toda hegemonía: la hegemonía es obra de una clase fundamental y esta clase es fundamental en todo el período histórico considerado. Esto significa que, en todo análisis nacional, la clase dirigente debe ser considerada también desde un punto de

vista internacional: en 1948, señala Gramsci, la burguesía europea se convierte, o intenta convertirse, en clase dirigente o dominante.

— en segundo lugar, en la medida en que el bloque histórico representa una situación histórica determinada, el análisis podrá referirse a una situación reducida o extensa, tanto geográfica como históricamente: es así que la mayor parte del análisis gramsciano del Risorgimento se refiere a Italia considerada como bloque histórico nacional; no obstante, a fin de profundizar el análisis, Gramsci estudia también la evolución de Europa en la misma época, enfocando esta vez el bloque histórico europeo: "Si una historia de Europa puede escribirse como formación de un bloque histórico, la misma no puede excluir la Revolución francesa y las guerras napoleónicas que son la premisa económico-jurídica, el momento de la fuerza y de la lucha"[34]. Concretamente, el estudio del papel de la clase fundamental y de su rol histórico a nivel internacional permitirá comprender mejor su estrategia a nivel nacional.

En ese sentido, a propósito del rol unificador y hegemónico del Piamonte, Gramsci subraya la importancia de la función hegemónica del Estado en aquellas situaciones en que ya se ha constituido un bloque histórico bajo la dirección de la clase fundamental: es así que la Revolución francesa hace las veces de verdadero catalizador sobre las burguesías europeas. Es ése, particularmente el caso de Italia, donde "el espíritu jacobino está ciertamente ligado a la hegemonía ejercida largo tiempo por Francia en Europa"[35]. Este rol hegemónico de la burguesía francesa en el plano ideológico y cultural se ve acentuado por el hecho que Francia es el único país dirigido por la burguesía y, por otra parte, porque esta dirección es un verdadero "modelo" para las burguesías nacionales: no hay compromisos con la antigua clase dirigente, sino una lucha total gracias a la hegemonía sobre las otras capas sociales, una organización política centralizada —los jacobinos—, una estrategia de "revolución permanente", etc. Entre

34 *L. C.*, p. 247.
35 *R.*, p. 89.

1789 y 1848 Francia se identifica con la revolución burguesa; comparando el papel de Francia en Europa con el del Piamonte en Italia, Gramsci afirma que "después de 1789, y por muchos años —hasta el golpe de Estado de Luis Napoleón—, Francia fue en este sentido el Piamonte de Europa"[36].

Este análisis de Gramsci no se limita, por otra parte, solamente a la burguesía, sino que es válido para toda clase social fundamental. Es así que, tanto en sus artículos del *Ordine Nuovo* como en los *Cuadernos*, encontramos la misma afirmación, esta vez a propósito de Rusia: la toma del poder por la nueva clase fundamental —el proletariado— constituye el modelo para la conquista del Estado que la clase obrera italiana debe imitar. La identificación que Gramsci señalaba entre Francia y la Revolución de 1789, la reencontramos en la que establece entre Rusia y la Revolución de 1917: esta continuidad explica en gran parte las numerosas comparaciones entre los jacobinos y los bolcheviques, entre la hegemonía de la burguesía francesa y la del proletariado ruso, entre los principios estratégicos, etc.

Pero el análisis puede igualmente limitarse al nivel local: es así que, al examinar el rol de los jacobinos durante la Revolución francesa, Gramsci muestra cómo la burguesía logró asentar sólidamente su hegemonía en París sobre otros grupos urbanos, formando allí un "bloque urbano" es decir, un bloque histórico local por medio del cual ejerció su hegemonía sobre el resto del país y formó un bloque histórico nacional. También podría citarse el análisis acerca del "bloque urbano" que intenta crear Giolitti entre la burguesía y la clase obrera de Italia del Norte para imponer su hegemonía sobre Italia meridional, el bloque "rural" del Mezzogiorno, etc.

Gramsci muestra de esta manera que si la hegemonía de una clase fundamental está en la base de la construcción del bloque histórico, un bloque histórico localmente determinado puede ser la base de la hegemonía de esta clase: la formación, bajo la dominación de la burguesía, del bloque histórico italiano fue facilitada por el dominio hegemónico de la burguesía sobre toda Europa en la mis-

36 *R.*, p. 106.

ma época, y por la formación previa, en el Piamonte, de un bloque histórico local firmemente dirigido por la burguesía.

Algunos exégetas de Gramsci[37], cometiendo un grave error de interpretación, utilizan el término "bloque histórico dominante". Según esta perspectiva, el "bloque histórico dominante" califica al sistema hegemónico de la clase dirigente, es decir, su dirección sobre los grupos auxiliares, al que se opone el futuro "nuevo bloque histórico", es decir, el sistema hegemónico que reagrupará a las clases subalternas. Una deformación así muestra la incomprensión de la noción de bloque histórico, ya que éste agrupa al conjunto de la estructura y de la superestructura y, por lo tanto, a las clases subalternas y al sistema hegemónico en conjunto.

El único caso de bloque histórico "dominante" es aquel que consideramos precedentemente, es decir, un bloque histórico local que permite realizar la hegemonía a nivel nacional.

Como lo muestra el análisis de la base social de la hegemonía, este error de interpretación no ha sido sin embargo la única deformación que ha sufrido la concepción gramsciana de la hegemonía.

VI. HEGEMONIA Y ALIANZA DE CLASES

La deformación de la noción de hegemonía por parte de ciertos exegetas de Gramsci ha llevado a algunos a confundir esta noción con la de alianza de clases. Dos ejemplos pueden ilustrar estas deformaciones:

— En su libro *La pensée politique de Gramsci*, Jean Marc Piotte retoma el análisis gramsciano del Risorgimento adaptándolo a las relaciones proletariado-campesinado en 1920[38]. Al estudiar las relaciones ciudad-

37 Por ejemplo: G. Napolitano, "Il nuovo blocco storico nell'elaborazione di Gramsci e del P.C.I." en *Rinascita*, Nº 12, 20 marzo 1970, pp. 5-6; L. Gruppi, "Il concetto di egemonia" en *Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci*, p. 87.

38 *J. M. Piotte, op cit.*, p. 155.

campo durante este período, Gramsci mostró cuál debería haber sido la actitud de las "fuerzas urbanas" —es decir, de la burguesía, de la pequeña burguesía y del proletariado, todavía numéricamente muy débil— para imitar el ejemplo de los jacobinos en Francia, que habían logrado la adhesión del campesinado francés al bloque urbano de París. Contrariamente a la interpretación de Piotte, de ninguna manera se trataba de que estas fuerzas formaran un "bloque obrero-campesino", lo que hubiera sido absurdo en 1848-1870, sino que obligaran a la burguesía italiana a cumplir un rol verdaderamente hegemónico frente a las otras capas sociales y contra la aristocracia italiana y extranjera. Para eso, las fuerzas urbanas del Mezzogiorno, fracción de las fuerzas urbanas italianas, debían, fortalecidas por el poderío de éstas en el Norte, arrancar a la aristocracia terrateniente la dirección del campesinado meridional. Por lo tanto la hegemonía que se buscaba era la de las fuerzas urbanas italianas, cuyo poder variaba según las regiones. Las fuerzas urbanas del sur de ninguna manera podían hacer las veces de "agente de enlace"[39] entre dos clases sociales, sino que debían conseguir para el sur lo que ya había conseguido el norte: no es a una clase que corresponde hacer de enlace, sino a los intelectuales del grupo dirigente por intermedio del bloque ideológico[40].

Esta noción es aún más nefasta por cuanto corre el peligro de conducir al error teórico que la noción de hegemonía permite justamente combatir: el economismo. En efecto, al afirmar que el bloque histórico es una alianza

39 J. M. Piotte, *op cit.*, p. 155.

40 El análisis de J. M. Piotte de las relaciones obrero-campesinas se apoya, equivocadamente, en nuestra opinión, en el análisis del Risorgimento en el cual Gramsci considera exclusivamente el caso del Partido de Acción y de las Fuerzas urbanas —burguesía y pequeña burguesía— y la clase obrera es aún muy débil. Es verdad que Gramsci retoma el mismo tipo de análisis, esta vez a propósito de la clase obrera. Pero lo hace subrayando el rol del partido —intelectual colectivo de la clase obrera— en esta "alianza" y el de la escisión de izquierda del bloque intelectual del Mezzogiorno, que hacen posible acercarse al campesinado. Por otra parte, el mismo Piotte lo recuerda.

de clases donde una de ellas juega un papel de enlace entre las otras, se está razonando únicamente a nivel estructural. Es así que en su libro *El gran viraje del Socialismo* Roger Garaudy, declarando inspirarse en Gramsci, propone un "nuevo bloque histórico" —reuniendo obreros y trabajadores intelectuales— cuyo enlace estaría asegurado por la capa de los obreros altamente calificados que "cimentaría" el bloque histórico[41]. Al ubicar este análisis únicamente a nivel estructural, se ignora el papel esencial de la superestructura y de sus agentes, los intelectuales, al mismo tiempo que la noción de hegemonía, puesto que la unidad del bloque histórico deviene la obra de una de las partes de la estructura.

La asimilación de las nociones de hegemonía y de alianza de clases constituye, por lo tanto, un grave error de interpretación. No puede negarse, sin embargo, que en varias oportunidades Gramsci utiliza el término de alianza a propósito de su estudio de la hegemonía; de ahí que sea conveniente analizar cuál es el vínculo entre estas dos nociones. La fuente de error esencial proviene de la base social de la hegemonía, que, por definición, supone la existencia de una clase dirigente y de clases dirigidas. El problema radica en saber cuál es la naturaleza de las relaciones entre una y otras.

Como se ha visto anteriormente, la clase dirigente está en una situación preeminente en un doble nivel: a nivel estructural porque es la clase fundamental en el campo económico, y a nivel superestructural en tanto posee la dirección ideológica por intermedio del bloque intelectual. Por su parte, los grupos aliados tienen un papel secundario en ambos niveles del bloque histórico. Esta supremacía económica e intelectual supone una desigualdad de hecho en las relaciones con los grupos asociados: la asociación será de adhesión u absorción, según el modo de formación del bloque ideológico. Además, tampoco será total, ya que ciertos grupos, las clases subalternas, estarán excluidos.

El predominio de la clase dirigente en el sistema hegemónico se concreta, finalmente, por dos aspectos: por una parte, esta clase puede no optar por la hegemonía, contentán-

41 R. Garaudy.

dose con neutralizar a los otros grupos; por la otra, cuando ha optado por la hegemonía, el compromiso no debe menoscabar sus intereses de clase. Luego, la clase fundamental es verdaderamente dirigente en el seno del sistema hegemónico.

Pero esta dirección necesita de una amplia base social, y otros grupos deberán agruparse alrededor de la clase dirigente; estos grupos, que Gramsci califica de "auxiliares" o "aliados", permiten reforzar el poder de la clase fundamental, a la vez como base política —en el plano electoral por ejemplo— y como semillero de cuadros intelectuales y políticos simultáneamente. Además, esta base adquirida por la clase dirigente es sustraída a sus adversarios.

Es evidente que si estos grupos auxiliares son vitales para mantener su hegemonía, la clase fundamental no podrá limitarse a absorber sus intelectuales para controlarlos ideológicamente, y deberá tener en cuenta fundamentalmente sus intereses específicos. En esta medida, el sistema hegemónico puede ser calificado de alianza, ya que el "grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo"[42].

Pero el interés del grupo dirigente puede coincidir con el de los grupos auxiliares, y éste es un factor esencial para la solidez de la hegemonía. Sería el caso, por ejemplo, de la burguesía. En la Italia de 1920, los grupos auxiliares controlados por ésta son esencialmente la pequeña burguesía rural y la pequeña burguesía urbana. Si, en la época del Risorgimento, "la estrechez de los cuadros sociales y las escasas vías abiertas a la iniciativa de los pequeños burgueses"[43] limitaba sus posibilidades de empleo en la docencia y en la burocracia estatal, la evolución

42 *Mach.*, p. 72.
43 *R.*, p. 105.

contemporánea de las capas intelectuales amplió considerablemente las posibilidades de la burguesía de conservar la alianza con estas capas sociales y hasta desarrollar su importancia numérica sin menoscabo de su primacía económica: la multiplicación de los cuadros intelectuales (enseñanza, partidos, *mass media*, etc.) de la burocracia de estado o de empresa, el parasitismo económico, ofrecen posibilidades de empleo a estas capas auxiliares estrechamente dependientes de la hegemonía de la clase dirigente[44].

En un sistema así, los intereses de la clase dirigente y los de los grupos auxiliares son entonces complementarios. La base social de la hegemonía es esencialmente favorable a la burguesía: de ahí que, si hay alianza, ésta no sea concretamente otra cosa que la hegemonía económica, ideológica y política ejercida por la clase dirigente sobre otros grupos.

Es verdad que en *Alcuni temi della questione meridionale* Gramsci propone, a propósito de las clases subalternas (clase obrera, campesinado), una alianza de clases: "El proletariado puede devenir clase dirigente y dominante en la medida en que logre crear un sistema de alianza de clases, (. . .) lo que significa, en las relaciones de clase reales existentes en Italia, en la medida en que logre obtener el consentimiento de las masas campesinas"[45]. Este texto, anterior a los *Cuadernos*, es uno de aquellos en los que Gramsci utiliza el término de alianza de clases. ¿Significa esto que Gramsci asimila hegemonía y alianza? En realidad, no hay nada de eso. Al subrayar la importancia de las "relaciones de clase reales existentes en Italia", Gramsci muestra que frente al poder de la burguesía, la clase obrera debe proponer un compromiso amplio y conforme a los intereses de las otras capas subalternas, fundamentalmente campesinado. Esta alianza igualitaria no debe ocultar, sin embargo, el carácter profundamente hegemónico de la dirección del proletariado: la insistencia de Gramsi en recordar el rol hegemónico del partido comunista y su carácter obrero, el carácter de clase fundamental a nivel económico de la clase obrera, muestra que está

44 Sobre la burocracia ver *P.*, p. 198.
45 *C. P. C.*, p. 140.

hablando de hegemonía aunque ésta tenga en cuenta ampliamente los intereses de las clases aliadas.

Cualquiera sea la naturaleza del compromiso precedente entre la clase dirigente y los grupos aliados, éste tiene por objeto ampliar la base social de la hegemonía ejercida por la clase fundamental en el nivel de la estructura económica.

VII. SISTEMA HEGEMONICO Y CLASES SUBALTERNAS

El análisis gramsciano de la hegemonía lleva a distinguir tres tipos de grupos sociales en el interior del bloque histórico: por una parte, la clase fundamental que dirige el sistema hegemónico; por otra, los grupos auxiliares que sirven como base social de la hegemonía y de semillero para su personal; por último, excluidas del sistema hegemónico, las clases subalternas.

El régimen normal en las relaciones entre las clases dirigentes —incluido su sistema hegemónico en general— y las clases subalternas, es el de dominación, es decir, la utilización predominante o exclusiva de la sociedad política. Esta solución se explica por el hecho de que, luego de su victoria sobre la antigua clase dirigente, la clase fundamental tiene como principales enemigos a los grupos que estiman que el nuevo bloque histórico ha sido ya superado.

El aspecto coercitivo de las relaciones entre la clase dirigente y las clases subalternas aparece bajo tres aspectos:

—el primer caso es aquel en el cual las clases subalternas juegan un rol decisivo para la victoria de la clase fundamental, hegemónica sobre estos grupos sociales. Dada esta situación, puede suceder que los grupos subalternos obliguen a la clase dirigente a sobrepasar sus objetivos e incluso sus posibilidades reales; así, durante la Revolución Francesa, los jacobinos, bajo el empuje popular, rebasaron los objetivos de la burguesía ampliando considerablemente la base social de su hegemonía, lo que explica la vuelta hacia atrás que opera la burguesía: los jacobinos condujeron a la burguesía francesa a posiciones mucho más

avanzadas que "las que podían consentir las premisas históricas, y de ahí su retroceso y la función de Napoleón I"[46], quién "representó, en última instancia, el triunfo de las fuerzas burguesas orgánicas contra las fuerzas pequeñoburguesas jacobinas"[47]. Esto no significa que la burguesía haya renunciado a ejercer una función hegemónica, sino que la dirección que ejerce se limita a ciertos grupos auxiliares y en un sentido más favorable a la burguesía. En cuanto a los grupos subalternos, en especial los urbanos, se vuelcan a la oposición y su control se efectúa por la pura coerción, es decir, por intermedio de la sociedad política;

— la segunda hipótesis es la del transformismo, es decir, la preminencia de la sociedad política sobre la sociedad civil: la clase dominante se contenta con mantener su dominación sobre los grupos subalternos manteniéndolos en la pasividad política: para ello los separa pacíficamente de sus élites absorbiéndolas en su clase política.

— el tercer caso que Gramsci considera es el de la dictadura pura y simple, es decir, el uso exclusivo de la sociedad política para dominar a las clases subalternas. Una situación así es peligrosa para la clase dominante, en tanto implica su falta de control sobre la sociedad civil: el bloque histórico está en crisis y la etapa no puede ser sino transitoria.

La consecuencia de la ausencia total de hegemonía —siempre que no sea momentánea— de la clase dirigente sobre las clases subalternas es la falta de unidad y de homogeneidad de estas clases: "Las clases subalternas, por definición, no se han unificado y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en 'Estado': su historia, por tanto, está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función 'disgregada' y discontinua de la historia de la sociedad civil y, a través de ella, de la historia de los estados o grupos de estados"[48].

Pertenencia discontinua a la sociedad civil, porque la historia de las clases subalternas no es sino la de una

46 *R.*, p. 84.
47 *Mach.*, p. 101.
48 *R.*, p. 191 (en esp. *Antol.*, p. 491).

tentativa siempre renovada por unificarse y formar un nuevo sistema hegemónico y, por lo tanto, una sociedad civil. Pero la clase dirigente responde a estas tentativas con la decapitación ideológica y física, con el uso de la coerción.

El ejemplo de las clases subalternas señala que el problema de las relaciones hegemonía-dictadura aparece, en último análisis, en la estructura, y el rol del bloque ideológico en la naturaleza del vínculo que lo une a las distintas clases sociales, es decir, en la posición de los intelectuales en el seno del bloque histórico.

CAPITULO IV

EL ROL DE LOS INTELECTUALES EN EL SENO DEL BLOQUE HISTORICO

El problema de la unidad del bloque histórico es en realidad el de la naturaleza del vínculo orgánico que relaciona estructura y superestructura y, en el seno de esta última, sociedad civil y sociedad política. Hemos visto que, según el predominio de uno u otro momento superestructural, el bloque histórico se traduce en la práctica en un sistema hegemónico o en uno dictatorial. Conviene ahora examinar cuáles son los intrumentos internos de este vínculo orgánico y estudiar, por lo tanto, el papel esencial que juegan los intelectuales en el seno del bloque histórico. Sólo analizando la actividad de las capas intelectuales durante un período histórico determinado es posible descubrir, según afirma Gramsci, por qué los vínculos entre los diferentes momentos del bloque histórico se disponen de tal o cual forma, por qué una crisis orgánica de este bloque se resuelve en tal sentido o en tal otro.

Plantear la cuestión de los intelectuales es, finalmente, plantear la cuestión del bloque histórico: "Si las relaciones entre intelectuales y pueblo— nación, entre dirigentes y dirigidos —entre gobernantes y gobernados—, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y se produce intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea un bloque histórico"[1].

En tanto considera el problema de los intelectuales co-

1 *M. S.*, p. 124.

mo uno de los elementos del bloque histórico —su articulación orgánica—, Gramsci rechaza la concepción vulgar del "intelectual" ("amplío mucho la noción de lo intelectual y no me limito a la noción corriente que se refiere a los grandes intelectuales"[2]) y estudia esta categoría social como la de los agentes de la superestructura; el criterio de distinción entre intelectuales y no intelectuales se ubica entonces "en el conjunto del sistema de relaciones en que esas actividades se hallan (y por lo tanto los grupos que las representan) en el complejo general de las relaciones sociales"[3].

El estudio de la función de los intelectuales en el seno del bloque histórico presenta un triple aspecto:

— el vínculo orgánico entre el intelectual y el grupo que representa, y su función en el seno de la superestructura;
— las relaciones entre los intelectuales del bloque histórico y los del antiguo sistema hegemónico (intelectuales tradicionales);
— la organización interna del "bloque intelectual" en el seno del bloque histórico.

I. LA FUNCION DEL INTELECTUAL EN EL SENO DEL BLOQUE HISTORICO

En su análisis del bloque histórico, Gramsci insiste en el carácter orgánico del vínculo que une estructura y superestructura: sólo deben considerarse las superestructuras "históricamente orgánicas, es decir, que son necesarias a determinada estructura"[4]. La organicidad de la superestructura se caracteriza por dos aspectos: por una parte, su permanencia —"es necesario distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes)"[5]— y, por la otra, su función de organización de la estructura — "en cuanto históricamente necesarias—, éstas tienen una validez que es

2 *L. C.*, p. 183.
3 *I.*, p. 12.
4 *M. S.*, p. 56.
5 *Mach.*, p. 67.

validez 'psicológica', 'organizan' las masas humanas"[6].

Es precisamente por este carácter orgánico que todo intelectual se define en el seno de un bloque histórico determinado. Si bien Gramsci distingue diferentes categorías de intelectuales, todas tienen en común el vínculo más o menos estrecho que las une a una clase determinada. El carácter orgánico del vínculo entre estructura y superestructura se refleja cabalmente en las capas de intelectuales cuya función es poner en práctica este vínculo orgánico: los intelectuales forman una capa social diferenciada ligada a la estructura —las clases fundamentales en el campo económico—, encargada de elaborar y administrar la superestructura que le dará a esta clase homogeneidad y la dirección del bloque histórico. De esta manera, reconocemos el carácter dialéctico del vínculo orgánico.

1. *El vínculo entre el intelectual y la clase fundamental*

Los intelectuales no constituyen una clase propiamente dicha, sino que son grupos ligados a las diferentes clases: "no existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene su propia capa de intelectuales o tiende a formársela"[7] No obstante, las categorías de intelectuales más importantes y las más complejas se constituyen a partir de las clases fundamentales en el nivel económico: "Así se plasman históricamente ciertas categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero en especial con los más importantes, y sufren elaboraciones más extensas y complejas en conexión con el grupo social dominante"[8].

Este vínculo es particularmente estrecho, orgánico, cuando el intelectual proviene de la clase que representa. Esto es válido, especialmente, para el caso de las capas superiores de intelectuales. Gramsci cita el ejemplo del Risorgimento, donde la fuerza del Partido de los Mode-

6 *M. S.*, p. 56.
7 *R.*, p. 71 (en esp. *Antol.*, p. 487).
8 *I.*, p. 14.

rados provenía esencialmente de ese vínculo directo con la clase fundamental: "Los 'moderados' eran intelectuales condensados ya naturalmente por la organicidad de sus relaciones con los grupos sociales cuya expresión eran (para toda una serie de ellos se tenía una identidad de representado y representante, o sea, los moderados eran la vanguardia real, orgánica, de las clases altas, porque ellos mismos pertenecían económicamente a las clases altas: eran intelectuales y organizadores políticos y, al mismo tiempo, jefes de empresa, grandes terratenientes o administradores de grandes fincas, empresarios comerciales e industriales, etc.)."[9]

Una situación así no se produce, al menos en un primer momento, con respecto a las clases subalternas, que se ven obligadas a "importar" sus intelectuales, especialmente a los "grandes intelectuales". Esto explica la gran vulnerabilidad de estas clases: la "conciencia de clase" de sus intelectuales corre peligro de ser menos elevada, y los dirigentes de las clases dominantes intentarán permanentemente integrar estos intelectuales a la clase política, recurriendo especialmente al transformismo.

Es evidente que si la identidad del representante y del representado significa una mayor conciencia de clase del intelectual, éste será considerado como el representante de la clase de donde proviene, y no como miembro de esta clase: el empresario-hombre político aparece como el intelectual orgánico de la burguesía y no como empresario, su *función* está por encima de su origen social[10].

Pero esta situación es excepcional en tanto se considera a la masa de los intelectuales. Para las capas medias e inferiores especialmente, el origen social es secundario y el vínculo orgánico depende de la estrictez de la relación entre el intelectual y la clase que representa: "Se podría medir la 'organicidad' de los diversos estratos intelectuales y su conexión más o menos estrecha con un grupo social fundamental, fijando una gradación de las funciones y de las superestructuras de abajo hacia arriba (desde la base estructural hacia arriba)."[11] Luego, el carácter orgánico o

9 *R.*, p. 71 (en esp. *Antol.*, p. 487).

10 Para este punto ver J. M. Piotte, *La pensée politique de Gramsci*, ed. Anthropos, 1970, pp. 32-34.

11 *I.*, p. 16.

no de la actividad del intelectual se determina a partir del análisis de la función que ejerce en el seno de la superestructura.

No obstante, el carácter de clase del vínculo orgánico tiene dos consecuencias. El carácter "improductivo" de todo intelectual aislado de una clase social: considerar, como los idealistas, que los intelectuales son "independientes, autónomos, investidos de caracteres propios"[12], es una pura utopía. Un intelectual sin vínculo orgánico es de una importancia tan desdeñable que Gramsci califica de "pequeños caprichos individuales" a las ideologías que produce.

La concepción orgánica del intelectual supone entonces el rechazo de toda concepción autónoma que ve a los intelectuales como una "categoría social cristalizada, esto es, que se concibe a sí misma como continuación ininterrumpida de la historia y por lo tanto independiente de la lucha de los grupos, y no como expresión de un proceso dialéctico por el cual cada grupo social elabora su propia categoría de intelectuales"[13].

Examinaremos ahora la función que ejerce el intelectual en el seno de la superestructura.

2. *Carácter superestructural de la función intelectual*

El vínculo orgánico entre el intelectual y la clase social que representa aparece esencialmente en la actividad que éste desarrolla en el seno de la superestructura para volver homogénea y hegemónica a la clase: "Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político"[14].

Esta actividad superestructural se despliega, desde un principio, en todos los campos de la actividad de la clase:

12 *I.*, p. 12.
13 *M. S.*, p. 157.
14 *I.*, p. 9.

Los intelectuales "son en general especializaciones' de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz"[15]. Así, el dirigente de empresa debe tener ciertas capacidades "intelectuales": conocimiento técnico, organización, etc. Con el desarrollo de la burguesía, estas diversas actividades se especializan y son confiadas a diferentes capas de intelectuales: técnicos, economistas, etc.

Este primer grado de especialización no sobrepasa el nivel económico. Es a este primer estado, que Gramsci califica como "económico-corporativo", al que llegan las clases subalternas.

Pero una clase fundamental no se limita a este nivel: en la medida en que esta clase aspire a la dirección de la sociedad, la principal función de sus intelectuales será el ejercicio de la hegemonía y de la dominación; "Los intelectuales son los 'empleados' del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político."[16].

Es en este sentido que Gramsci los califica de "funcionarios de las superestructuras"[17]. Los intelectuales son las células vivas de la sociedad civil y de la sociedad política, ellos son quienes elaboran la ideología de la clase dominante, dándole así conciencia de su rol y transformándola en una "concepción del mundo" que impregna todo el cuerpo social. En el nivel de la difusión de la ideología, los intelectuales son los encargados de animar y administrar la "estructura ideológica" de la clase dominante en el seno de las organizaciones de la sociedad civil (Iglesia, sistema escolar, sindicatos, partidos, etc.) y su material de difusión (*mass media*). Funcionarios de la sociedad civil, los intelectuales son también los agentes de la sociedad política, encargados de la gestión del aparato de Estado y de las fuerzas armadas (políticos, funcionarios, cuadros de las fuerzas armadas, etc.).

Cada una de estas funciones —hegemónica, coercitiva, económica— contribuye a la unidad de la clase fundamental y a su hegemonía en el seno del bloque histórico.

15 *I.*, p. 9.
16 *I.*, p. 16.
17 *I.*, p. 16.

Comparando la situación de la clase hegemónica con la de las clases subalternas, Gramsci muestra cómo una clase adquiere realmente su homogeneidad sólo después de la creación de una capa de intelectuales que ejercen la hegemonía y la coerción.

3. *Vínculo orgánico y autonomía*

La organicidad de la relación entre los intelectuales y la clase que éstos representan no es mecánica: el intelectual goza de una relativa autonomía respecto a la estructura socioeconómica, y no es su reflejo pasivo. Esta autonomía es, en primer lugar, consecuencia del origen social de los intelectuales. Si bien una parte de ellos, en especial los grandes intelectuales, surge directamente de la clase que representan, la gran mayoría proviene de las clases auxiliares aliadas a la clase dirigente: "Se debe observar que la elaboración de los grupos intelectuales en la realidad concreta no se cumple en el terreno democrático-abstracto, sino de acuerdo con procesos históricos tradicionales muy concretos. Se han formado grupos que tradicionalmente 'producen' intelectuales y son esos mismos grupos los que con frecuencia se especializan en el 'ahorro' es decir, la pequeña y mediana burguesía terrateniente y algunos estratos de la pequeña y la mediana burguesía de las ciudades."[18]

A esta autonomía estructural se suma la autonomía debida a la función misma de los intelectuales como agentes de la superestructura: el intelectual no es el agente pasivo de la clase que representa, así como la superestructura no es el reflejo puro y simple de la estructura. La autonomía es, por otra parte, indispensable para el ejercicio total de la dirección cultural y política: esta función cultural debe ser completa, debe representar "la autoconciencia cultural, la autocrítica de la clase dominante"[19]. Esta autocrítica es un signo del desarrollo de la clase dominante, "consciente de sus fuerzas y de sus debili-

18 *I.*, p. 15.
19 *Mach.*, p. 325.

dades"[20]. Por lo tanto, para ejercer esta dirección cultural, los intelectuales deben distanciarse de las clases dominantes "para unirse luego a ellas más íntimamente, para ser una verdadera superestructura y no sólo un elemento inorgánico e indiferenciado de la estructura-corporación"[21]. En ausencia de esta autonomía, tanto los intelectuales como la clase que representan, permanecerán en el estadio económico-corporativo.

El intelectual mantiene su autonomía en relación a la clase fundamental, porque no evoluciona al mismo nivel que el bloque histórico. Su función es ejercer la dirección ideológica y política de un sistema social, homogeneizar la clase que representa. En resumidas cuentas, la relación entre intelectuales y la clase social plantea los mismos problemas que la relación entre los dos momentos del bloque histórico.

Esta autonomía tiene ciertas consecuencias sobre la evolución de un período histórico dado: este período deberá ser estudiado en su totalidad, ya que "los hombres hacen su historia" y particularmente los intelectuales y ciertas iniciativas de los intelectuales pueden no corresponderse momentáneamente con la evolución general de la estructura socioeconómica del bloque histórico. Esto ocurre, como hemos visto, en la esfera política, donde los dirigentes pueden cometer "errores". Pero el corte entre intelectuales y estructura puede no ser momentáneo: la evolución de la estructura puede disminuir su ritmo y hasta detenerse por una evolución más lenta de los intelectuales y, fundamentalmente, por el mantenimiento de dirigentes políticos "tradicionales" a la cabeza de ciertos grupos y de las formaciones políticas que los representan.

Por último, la autonomía de los intelectuales en relación a la clase dirigente desemboca, cuando ésta deja de ser la clase fundamental, en crisis orgánica o, dicho de otra manera, en la ruptura del vínculo orgánico que liga a esta clase con los grupos intelectuales de la sociedad civil.

La autonomía de los intelectuales aparece entonces como uno de los aspectos esenciales de la organicidad del vínculo que los liga a la clase dominante, como el aspecto

20 *Ibid.*
21 *Ibid.*

necesario para la hegemonía de ésta sobre todo el bloque histórico. Por lo tanto, su relación con la estructura es una relación mediata: "La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como ocurre con los grupos sociales fundamentales, sino que es "mediata" en grado diverso en todo el tejido social y en el complejo de las superestructuras" [22].

El carácter mediato del vínculo orgánico es reforzado, por otra parte, por el hecho de que los intelectuales orgánicos de la clase dominante chocan con las capas de intelectuales provenientes del antiguo bloque histórico.

II. INTELECTUALES ORGANICOS E INTELECTUALES TRADICIONALES

A cada modo de producción corresponde una clase fundamental y, por lo tanto, un tipo de intelectual. Ya en su ensayo sobre la cuestión meridional Gramsci observaba que "en todos los países el estrato de los intelectuales ha quedado radicalmente modificado por el desarrollo del capitalismo. El viejo tipo de intelectual era el elemento organizativo de una sociedad predominantemente de base campesina y artesana; para organizar el Estado, para organizar el comercio, la clase dominante cultivaba un determinado tipo de intelectual. La industria ha introducido un tipo nuevo de intelectual: el organizador técnico, el especialista de la ciencia aplicada. En las sociedades en las cuales las fuerzas económicas se han desarrollado en sentido capitalista hasta absorber la mayor parte de la actividad nacional, este segundo tipo de intelectual ha prevalecido, con todas sus características de orden y disciplina intelectual" [23].

Los intelectuales orgánicos del nuevo bloque histórico, especialmente los de la clase dominante, se oponen a los intelectuales del antiguo bloque histórico. Estos últimos, que Gramsci califica de "tradicionales", están formados por las diferentes capas de intelectuales que existían antes de la llegada de la nueva clase fundamental que, para

22 *I.*, p. 16.
23 *C. P. C.*, p. 152 (en esp. *Antol.*, pp. 194-195).

establecer su hegemonía, debe entonces absorberlos o suprimirlos.

La "liquidación" coercitiva o legal es utilizada para con los intelectuales que dirigían la antigua sociedad política. El problema con éstos es más complicado que con respecto al otro tipo de intelectuales tradicionales: la absorción de los intelectuales tradicionales no organizados es fácil ya que las élites de la nueva clase dirigente ejercen espontáneamente una fuerte atracción "sobre toda la masa de intelectuales de cualquier grado" que se encuentra "en estado 'difuso', 'molecular', por las necesidades, satisfechas aunque fuera elementalmente de instrucción y administración"[24].

Estos intelectuales aislados son esencialmente los intelectuales rurales: "Los intelectuales del tipo rural son en gran parte "tradicionales", es decir, están ligados a la masa social campesina y pequeñoburguesa de la ciudad (especialmente de los centros menores) todavía no formada y puesta en movimiento por el sistema capitalista"[25]. La política de la clase dirigente será entonces absorber a estos intelectuales tradicionales que siguen siendo intelectuales orgánicos y pueden, por lo tanto, facilitar su hegemonía. Gramsci analiza de esta forma la política de Giolitti de integración de los intelectuales italianos meridionales[26].

Pero la categoría de intelectuales tradicionales está formada también por capas sociales homogéneas, organizadas en castas, que dirigían la sociedad civil del antiguo bloque histórico y cuya absorción es, por lo tanto, más difícil.

"Cada grupo social 'esencial', al surgir a la historia desde la estructura económica precedente y como expresión del desarrollo de esa estructura, ha encontrado, por lo menos en la historia hasta ahora desenvuelta, categorías intelectuales pre-existentes y que además aparecían como representantes de una continuidad histórica no interrumpida aún por los más complicados y radicales cambios de las formas políticas y sociales."[27]

24 *R.*, p. 71 (en esp. *Antol.*, p. 487).
25 *I.*, p. 18.
26 *R.*, p. 97 y ss.
27 *I.*, pp. 10-11.

Gramsci alude esencialmente al caso del clero, con quien la burguesía debió entrar en lucha por el control de la sociedad civil. Aunque se proclaman autónomos, estos intelectuales están sin embargo ligados a una clase social. Así, "la categoría de los eclesiásticos puede ser considerada como la categoría intelectual orgánicamente ligada a la aristocracia terrateniente: jurídicamente estaba equiparada a la aristocracia, con la que compartía el ejercicio de la propiedad feudal de la tierra y el uso de los privilegios estatales ligados a la propiedad"[28].

La lucha que enfrentó a los intelectuales orgánicos de la burguesía con el clero —intelectual tradicional— fue en realidad una lucha por la hegemonía del bloque histórico.

1. *El ejemplo del conflicto entre la burguesía y la Iglesia en Francia*

En Francia, la lucha entre los intelectuales orgánicos de la burguesía y de la Iglesia fue uno de los aspectos esenciales de la lucha entre la burguesía y la aristocracia terrateniente.

A pesar de la autonomía de la Iglesia durante la Edad Media, el clero se convirtió en el intelectual orgánico colectivo de la aristocracia terrateniente. Para realizar su hegemonía en el seno de la sociedad civil, el objetivo esencial de la burguesía era crear una ideología-concepción del mundo propia y atraer el clero hacia sus posiciones o bien combatirlo.

La Iglesia es una organización intelectual cosmopolita. De ahí que el primer esfuerzo de los intelectuales de la burguesía fuera "nacionalizar" la Iglesia y colocarla bajo la tutela del Estado. Gramsci señala al respecto el carácter "precoz" de las luchas entre la Iglesia y el Estado en Francia. Más tarde, el esfuerzo fue esencialmente ideológico y, como consecuencia, fundamentalmente del desarrollo cultural e ideológico de la burguesía en el siglo XVIII, la Iglesia vio quebrantadas sus bases sociales: Francia "tuvo una gran reforma popular en el siglo XVIII, con el iluminismo y el volterianismo, con la Enciclopedia, que precedió y acompañó a la revolución de 1789. Se

28 *I.*, p. 11.

trató realmente de una gran reforma intelectual y moral del pueblo francés, más completa que la alemana luterana, porque abrazó a las grandes masas de campesinos, porque tuvo un fondo laico decidido y porque intentó sustituir totalmente la religión por medio de una ideología laica representada por el vínculo nacional y patriótico"[29].

Esta dirección ideológica de la burguesía lleva, en 1789, a una disgregación del clero, una parte del cual se incorpora a las posiciones de la nueva clase dirigente, al punto que la burguesía creerá poder asimilar totalmente a la Iglesia (Constitución civil del clero). La resistencia de ésta llevará a los intelectuales radicales de la burguesía a una tentativa por "liquidar" la organización de la Iglesia por medio de la coerción. A su fracaso seguirá un período de luchas sordas entrecortadas por compromisos (concordatos), donde los intelectuales orgánicos y los intelectuales tradicionales se disputarán el reparto de la sociedad civil, pero bajo la dirección de los intelectuales orgánicos: a través de los concordatos, la Iglesia "se compromete con una determinada forma de gobierno (que es determinada desde el exterior, como documenta el mismo concordato), se empeña en promover aquel consenso de una parte de los gobernados que el Estado explícitamente reconoce no poder obtener con medios propios"[30].

Es con el *affaire* Dreyfus que los intelectuales orgánicos de la burguesía adquieren una ventaja definitiva sobre la alianza entre la aristocracia y el clero: "La debilidad interna más peligrosa para el aparato estatal (militar y civil) consistía en la alianza del clericalismo y del monarquismo. Pero la masa popular, aunque católica, no era clerical. En el "*affaire* Dreyfus" culminó la lucha por paralizar la influencia clerical-monárquica en el aparato estatal y por dar al elemento laico una neta supremacía"[31].

La culminación de la adhesión de los intelectuales tradicionales a la clase dirigente aparecerá en el fracaso de la tentativa de la Acción francesa por acercar los católicos y el clero a la aristocracia.

29 *M. S.*, pp. 92-93.
30 *Mach.*, p. 235.
31 *Mach.*, p. 137.

La lucha que enfrentó a los intelectuales orgánicos de la burguesía con el clero, no es sino un aspecto del conflicto entre el antiguo y el nuevo sistema hegemónico. Clase fundamental en el nivel económico, la burguesía logró extender progresivamente su primacía sobre la sociedad civil y la sociedad política. La lucha entre los intelectuales orgánicos y los intelectuales tradicionales tuvo por objetivo el control de la sociedad civil. La burguesía "estaba completamente capacitada para todas sus funciones sociales, y por eso luchó por el dominio total de la nación, sin avenirse a compromisos esenciales con las viejas clases, sino subordinándolas a sus propios fines"[32].

Se puede comparar el caso francés con la situación en Italia donde, como consecuencia de su debilidad superestructural, la burguesía italiana se vio obligada a transigir con la Iglesia, que monopolizaba a los intelectuales, y a confiarle la dirección de una gran parte de la sociedad civil. Esta alianza de los intelectuales burgueses con el clero facilitó la alianza entre la burguesía industrial del Norte y la aristocracia terrateniente del Sur, formando así el "bloque industrial-agrario" que Gramsci señala en *Alcuni temi della questione meridionale*[33].

Por lo tanto, los intelectuales están siempre ligados a una clase: el clero estaba vinculado a la aristocracia terrateniente durante la Edad Media para administrar la sociedad civil, y fue combatido por los intelectuales orgánicos en la medida en que todavía controlaba un amplio sector de ésta en beneficio del antiguo sistema hegemónico.

2. *La autonomía de los intelectuales tradicionales*

Una de las características de los intelectuales tradicionales es la de presentarse como una categoría autónoma: "Así como estas diversas categorías de intelectuales tradicionales sienten con 'espíritu de cuerpo' su no interrumpida continuidad histórica y su 'calificación', del mismo modo se conservan a sí mismas como autónomas e independientes del grupo social dominante"[34].

32 *I.*, p. 22.
33 *C. P. C.*, pp. 150 y ss.
34 *I.*, pp. 11-12.

Esta posición se explica socialmente por tres razones: por una parte, estos grupos intelectuales a menudo han perdido la base social a la cual estaban orgánicamente ligados. Por otra parte, estos intelectuales se proclaman autónomos porque están formalmente organizados, esto es, forman una casta: los intelectuales "moleculares", en la medida en que no están organizados, son más fácilmente absorbibles que las castas. Por último, y éste es sobre todo el caso de las iglesias, el hecho de que su ideología sea religiosa refuerza esta convicción, en la medida en que la religión es una concepción del mundo muy compleja.

Esta afirmación autonomista puede tener graves consecuencias cuando los intelectuales tradicionales son absorbidos por los intelectuales orgánicos, ya que el conjunto del "bloque intelectual" podrá ahora afirmarse autónomo: "Una de las características de los intelectuales como categoría social cristalizada... es la de vincularse, en la esfera ideológica, a una categoría intelectual precedente, a través de una misma nomenclatura de conceptos."[35]

Esta autonomía puede afirmarse ideológicamente, y como lo señala Gramsci al analizar la filosofía idealista: "toda la filosofía idealista se puede relacionar fácilmente con esta posición asumida por el complejo social de los intelectuales y se puede definir la expresión de esa utopía social según la cual los intelectuales se creen 'independientes'..."[36]

Un ejemplo de esta actitud está dado por el gran filósofo liberal, Benedetto Croce. Efectivamente, Gramsci lo explica mostrando que Croce es originariamente el "gran intelectual" del Mezzogiorno y, por lo tanto, del bloque agrario. La alianza política e ideológica de la aristocracia terrateniente del Sur con la burguesía industrial del Norte, lo convirtió en el "papa laico" del sistema hegemónico.

En realidad, los intelectuales orgánicos no pueden afirmarse como continuación de los intelectuales precedentes, ya que éstos han sido o continuán siendo los administradores de la antigua sociedad que combaten: "Cada nuevo organismo histórico (tipo de sociedad) crea una nueva su-

35 *M. S.*, p. 157.
36 *I.*, p. 12.

perestructura, cuyos representantes especializados y portaestandartes (los intelectuales) sólo pueden ser concebidos como 'nuevos' intelectuales, surgidos de la nueva situación, y no como continuación de la intelectualidad precedente."[37]

El hecho de que los intelectuales se afirmen a la vez nuevos y "autónomos" muestra que, en realidad, son los intelectuales del antiguo sistema hegemónico quienes siguen dirigiendo la sociedad civil e intentan mantenerse asumiendo la dirección ideológica de la nueva clase fundamental.

"Si los 'nuevos' intelectuales se consideran continuación directa de la *intelligentzia* precedente, no son realmente nuevos, o sea, no están ligados al nuevo grupo social que representa orgánicamente la nueva situación histórica, sino que son un residuo conservador y fosilizado del grupo social superado históricamente (lo que equivale a decir que la nueva situación histórica no ha alcanzado aún el grado de desarrollo necesario para tener la capacidad de crear nuevas superestructuras, y que vive aún en la envoltura carcomida de la vieja historia."[38]

La afirmación de autonomía por parte de los intelectuales es entonces un signo de la debilidad de los intelectuales orgánicos. Su única autonomía verdadera es aquella que requiere su función como agentes de la superestructura.

3. *Influencia de los intelectuales tradicionales sobre el desarrollo de la superestructura*

La atracción que los intelectuales orgánicos ejercen sobre los intelectuales tradicionales conduce, ya sea a la adhesión de los mismos, con el mantenimiento de su organización, o bien a su fusión en el seno de una misma organización superestructural. Dado este segundo caso, los órganos donde se realiza esta fusión son el aparato de Estado en la esfera de la sociedad política y los partidos en la

37 *M. S.*, p. 157.
38 *M. S.*, pp. 157-158.

esfera de la sociedad civil, cuya función consiste en consumar la ligazón entre estas dos capas de intelectuales.

Esta ligazón es mucho más compleja en el seno del partido que en el del Estado: "en su ámbito, el partido cumple su función de modo más completo y orgánico que la que el Estado cumple en su ámbito más vasto: un intelectual que entra a formar parte del partido político de un determinado grupo social, se confunde con los intelectuales orgánicos del mismo grupo, se liga estrechamente al grupo, lo que ocurre mediante su participación en la vida estatal sólo en forma relativa, y en algunos casos no se produce"[39]. La ausencia de una fusión entre los intelectuales orgánicos y los intelectuales tradicionales en el seno del Estado puede tener consecuencias graves sobre la evolución del bloque histórico: los intelectuales tradicionales "piensan que ellos son el Estado"[40], dicho de otra manera, entran en contradicción con la evolución de la estructura económica.

El acercamiento entre intelectuales orgánicos e intelectuales tradicionales puede, por lo tanto, dificultar la acción de los primeros. Pero esta atracción es recíproca, y los intelectuales tradicionales también sufren la influencia del nuevo tipo de intelectuales: así, la separación que Gramsci constata entre el clero de Italia del Norte —industrial— y el de Italia del Sur —agraria—, es una diferencia en términos de vida, de función social, que se extiende al partido católico, partido de masas en el norte y partido de notables en el Mezzogiorno[41].

En resumidas cuentas, la importancia de los intelectuales tradicionales sobre la masa de los intelectuales tiende a reforzar el papel de la superestructura en el seno del bloque histórico en detrimento de la organicidad de su relación con la estructura económica, en tanto disminuye el ritmo de la evolución histórica impidiendo a menudo que la superestructura siga el desarrollo de la estructura y llegando, en ciertos casos, a detenerla. Esto sucede básicamente en Europa, "donde existe toda una serie de frenos (morales, intelectuales, políticos, económicos, incorporados

39 *I.*, pp. 19-20.
40 *I.*, p. 20.
41 *C. P. C.*, p. 152.

en determinados grupos de la población, reliquias de los regímenes pasados que no quieren desaparecer) que se oponen a un proceso acelerado y tratan de equilibrar en la mediocridad toda iniciativa, diluyéndola en el tiempo y en el espacio"[42].

En contraposición a esta compleja situación, algunos países "nuevos" se ven beneficiados por una situación históricamente excepcional y privilegiada: la ausencia de intelectuales tradicionales. Es el caso especialmente de los Estados Unidos, donde se implantó y desarrolló "cierta fase de la evolución histórica europea" sin el contrapeso que dan los vestigios de bloques históricos precedentes[43], creándose así una poderosa superestructura ligada exclusivamente a la base industrial. En el plano político, esto se tradujo en una gran homogeneidad de la clase política (tanto más cuanto que la clase obrera, en lo que se refiere a sus intelectuales orgánicos, no sobrepasó el estadio económico-corporativo):

"La falta de una vasta sedimentación de intelectuales tradicionales, tal como la que se cumplió en los países de la antigua civilización, explica en parte la existencia de sólo dos grandes partidos políticos, que en realidad se podrían reducir fácilmente a uno solo (cfr. no sólo con la Francia de posguerra, cuando la multiplicación de partidos llegó a ser un fenómeno general) y, en contraposición, una multiplicación ilimitada de sectas religiosas (se puede hacer una comparación con las luchas terribles sostenidas en Francia para mantener la unidad religiosa y moral del pueblo)"[44].

La comparación entre la situación americana y la europea muestra que los intelectuales tradicionales son el factor esencial de contradicción entre la estructura y la superestructura en tanto frenan su evolución. Esto explica

42 *I.*, p. 24.

43 Gramsci contrapone a los Estados Unidos el caso de América Latina, donde la colonización estuvo influida por la Contra-Reforma y el "militarismo parasitario" en vigor en la metrópoli española. "Las cristalizaciones aún hoy resistentes en estos países son el clero y una casta militar, o sea dos categorías de intelectuales tradicionales fosiladas como en la madre patria" (*I.*, p. 26).

44 *I.*, pp. 24-25.

la atención particular que Gramsci dedica en los *Cuadernos* al problema de los intelectuales tradicionales, ya que "el punto central de la cuestión es la distinción entre los intelectuales como categoría orgánica de cada grupo social fundamental y los intelectuales como categoría tradicional, distinción de la que surge toda una serie de problemas y posibles investigaciones históricas"[45].

III. LA JERARQUIA DE LOS INTELECTUALES

La distinción entre intelectuales orgánicos e intelectuales tradicionales permite estudiar la formación del sistema hegemónico. Terminado ese proceso, los intelectuales se agruparán en un "bloque intelectual" —o "bloque ideológico"— que se ligará orgánicamente a la estructura del bloque histórico. Por lo tanto, es en el seno del bloque intelectual que es necesario estudiar la organización de la hegemonía; allí los intelectuales son jerarquizados según dos puntos de vista: en tanto se considere solamente la superestructura, el análisis hará referencia a la jerarquía cualitativa; si se considera en cambio la totalidad del bloque histórico, se tenderá a analizar las relaciones entre los representantes de la clase dominante y los de las clases subordinadas en el seno del bloque intelectual.

1. *La jerarquía cualitativa de los intelectuales*

El análisis de la superestructura muestra que existe una jerarquía cualitativa entre los intelectuales. Esta jerarquía excluye, evidentemente, a aquellos en el seno de la superestructura, no ejercen una función intelectual, es decir a los agentes subalternos que no tienen una función de dirección: "en el aparato de dirección social y estatal existe toda una serie de empleos de carácter manual e instrumental (de orden y no de concepto, de agente y no de oficial o de funcionario, etc.)"[46].

Fuera de estos agentes, aquellos que participan de la

45 *I.*, p. 19.
46 *I.*, p. 16.

hegemonía se ubican según el valor cualitativo de su función, desde el gran intelectual al intelectual subalterno: en la cúspide, los creadores de la nueva concepción del mundo en sus diversas ramas: ciencia, filosofía, arte, derecho, etc. En la escala inferior, los encargados de administrar o divulgar esta ideología. Gramsci distingue el creador, el organizador y el educador. Además, esta distinción se combina con la distinción entre intelectuales de la sociedad civil e intelectuales de la sociedad política, donde los educadores no tienen un papel importante.

Entre estos diferentes niveles de intelectuales, Gramsci distingue la situación de los "creadores", a quienes privilegia de la misma manera en que privilegia, en el seno de la ideología, a la filosofía en relación con el sentido común. Esta distinción entre el creador y el organizador no es puramente analítica, y tiene importantes consecuencias estratégicas: expresa una preocupación constante de Gramsci por llevar, en la lucha ideológica contra los intelectuales del grupo dirigente, lo esencial de los esfuerzos sobre los "grandes intelectuales", piedra angular de la creación ideológica:

"En el campo ideológico, . . . la derrota de los auxiliares y de los partidarios menores tiene una importancia casi insignificante; en él es preciso batir a los más eminentes. De otro modo, se confunde el periódico con el libro, la pequeña polémica cotidiana con el trabajo científico: los menores deben ser abandonados a la infinita casuística de la polémica de periódico."[47]

Gramsci diferencia esta estrategia válida para los intelectuales de la sociedad civil de la actitud con respecto a los intelectuales de la sociedad política, donde no debe despreciarse la absorción o la liquidación de los intelectuales subalternos. En la lucha política y militar, afirma, "puede convenir la táctica de irrumpir en el punto de menor resistencia, para hallarse así en condiciones de embestir el punto más fuerte con el máximo de fuerzas que han quedado disponibles por haber eliminado a los auxiliares más débiles"[48].

Esta diferencia de análisis y de estrategia muestra una

47 *M. S.*, p. 138.
48 *M. S.*, p. 138.

vez más la diferencia fundamental entre sociedad civil y sociedad política en el seno de la superestructura y la primacía de la primera sobre la segunda, aunque más no sea por las dificultades estratégicas que supone la lucha ideológica por su disgregación. Pero la importancia acordada a los grandes intelectuales no desemboca, por parte de Gramsci, en una subestimación del rol de los intelectuales subalternos, como lo demuestra el análisis del "bloque intelectual"[49].

49 Gramsci compara la jerarquización de los intelectuales con la organización militar, que ofrece "un modelo de estas complejas graduaciones: oficiales subalternos, oficiales superiores, estado mayor; y no deben olvidarse los graduados de tropa, cuya importancia real es mayor de lo que comúnmente se piensa. Es interesante notar que todas estas partes se sienten solidarias" (*I.*, p. 17, nota).

Gramsci vuelve en varias oportunidades sobre esta comparación con la organización militar, ejemplo, en su opinión, de la estructura del partido político (el partido comunista) que debe representar a las clases subalternas haciendo posible su lucha política e ideológica contra los intelectuales de la clase dirigente y de este modo el trastrocamiento del sistema hegemónico.

En el seno de ese partido, estructurado a la manera militar, Gramsci distingue tres niveles: en el nivel más bajo, la masa de los militantes, "elemento indefinido, de hombres comunes, medios, que ofrecen como participación su disciplina y su fidelidad, mas no el espíritu creador y con alta capacidad de organización". De bajo nivel teórico y organizacional, su fuerza radica en su centralización y en su dirección por el segundo elemento: elemento intermedio que efectúa la ligazón entre la base y la cúspide, "que los pone en contacto, no sólo 'físico' sino moral e intelectual" (*Mach.*, pp. 47-38), y que, en el seno del partido, educa y organiza a los militantes. Gramsci le da una importancia esencial a este elemento en tanto "reservorio" de los futuros dirigentes y organizador de la base. Por último, el tercer elemento es el de los dirigentes, grandes intelectuales que constituyen "el elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismas contarían cero o poco más" (*Mach.*, p. 48).

Así estructurado, el partido de las clases subalternas

2. *La articulación del bloque intelectual en el seno del bloque histórico; el ejemplo del Mezzogiorno*

En el seno del bloque intelectual, la jerarquía es básicamente el reflejo del sistema hegemónico que se expresa en la diferencia esencial entre los intelectuales orgánicos de las clases dirigentes y los de las clases subordinadas, reflejo a su vez, de la relación entre estas clases en el nivel superestructural.

Gramsci analizó este complejo en Italia en varias oportunidades, pero el estudio más completo es el que emprendió a propósito del "bloque agrario" que, a principios del siglo XX y con el apoyo de la burguesía industrial del Norte, estructuraba todavía la sociedad del Mezzogiorno.

El bloque agrario está constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina "amorfa y disgregada"[50], la pequeña y mediana burguesía y la clase dominante de los grandes propietarios terratenientes. La pequeña y mediana burguesía "produce" los intelectuales orgánicos del campesinado y de la gran aristocracia agraria. Estos intelectuales se dividen además en intelectuales laicos y clero.

Los intelectuales rurales que "representan" al campesinado ejercen una doble función: por una parte, reciben "de la base campesina los impulsos de su actividad política e ideológica"[51] pero, básicamente, son los encargados

---

constituye un "bloque", donde todos los miembros son intelectuales, incluidos los militantes de base: "Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales, he aquí una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura; sin embargo, si se reflexiona, nada hay más exacto. Se pueden hacer distinciones de grado, un partido podrá tener una mayor o menor composición del grado más alto o del más bajo, no es esto lo que importa: importa la función directiva y organizativa, es decir, educativa, o sea intelectual" (*I.*, p. 20). La cuestión del partido moderno (el partido comunista según Gramsci) supera el marco de este trabajo; para un análisis más detallado ver J. M. Piotte, *op. cit.*, pp. 71-142.

50 *C. P. C.*, p. 150 (en esp. *Antol.*, p. 193).

51 *C. P. C.*, p. 150 (en esp. *Antol.*, p. 193).

de ponerla en contacto con la administración local y con el Estado. El vínculo que los une a los campesinos muestra que, en realidad, más que representarlos efectivamente, son los encargados de controlarlos y mantenerlos en la pasividad. Este control se expresa fundamentalmente en la canalización de los movimientos de masa del campesinado que desemboca, ya sea en las articulaciones del Estado (comunas, parlamentos), o bien en las articulaciones de la Iglesia (partido popular, organizaciones de masa).

Los intelectuales también controlan al campesinado sirviéndole como "modelo social" y apartándolo de un proyecto revolucionario: "El campesino piensa siempre que por lo menos un hijo suyo podría llegar a ser intelectual (sacerdote especialmente), o sea convertirse en un señor elevando el grado social de la familia y facilitándole la vida económica mediante los contactos que sin duda tendrá con los otros señores."[52]

Por lo tanto, en virtud de su función social, los intelectuales rurales no son los intelectuales orgánicos del campesinado. Más aún, su origen social los convierte en sus adversarios atávicos: los intelectuales rurales provienen de esa pequeña burguesía rural que arrienda en aparcería sus parcelas al campesinado a tasas usurarias y lleva, gracias a esta explotación, una vida parasitaria de rentista y de "productora de ahorros". Esta pequeña burguesía rural que vive en el pueblo o en la ciudad, "que no trabaja la tierra, que se avergonzaría de ser labrador, pero que, de la poca tierra que tiene y que da en arriendo o en simple mediería, quiere obtener lo suficiente para vivir bien, para mandar los hijos a la universidad o al seminario, para constituir la dote de las hijas que tienen que casarse con un oficial o con un funcionario civil del Estado"[53].

Por sus orígenes, el intelectual no tiene entonces un contacto social con el campesinado. Más aún, de ellos se deriva un odio feroz hacia el campesino, "considerado como máquina de trabajo que hay que roer hasta el hueso y que se puede sustituir fácilmente dada la sobrepoblación trabajadora, y reciben también el sentimiento atávico e instintivo de un pánico loco al campesino y a sus violen-

52 *I.*, p. 18.
53 *C. P. C.*, p. 151 (en esp. *Antol.*, p. 195).

cias destructoras y, por tanto, una costumbre de refinada hipocresía y una refinadísima habilidad para engañar y domesticar a las masas campesinas"[54].

Por otra parte, a la ausencia de una mínima posición de clase viene a sumarse una función económica contraria a los intereses de la clase "representada". Es especialmente el caso del clero meridional, también de origen pequeñoburgués[55], que conservó los privilegios económicos de la época feudal y que se presenta al campesino "como un administrador de las tierras con el cual el campesino entra en conflicto por la cuestión de los arrendamientos" y "como un usurero que exige elevadas tasas de interés y hace jugar el elemento religioso para cobrar sin riesgos el arrendamiento o la usura"[56].

De ahí que el clero meridional sea más un estrato social que tiene una función económica que una capa intelectual.

El intelectual rural no es en realidad el intelectual orgánico de la masa campesina, sino más bien el de la clase dominante y tiene como función político-social la de perpetuar su hegemonía neutralizando a las clases subalternas: "El campesino está ligado al gran propietario agrario por intermedio del intelectual."[57]

El vínculo entre el intelectual rural y la clase dominante se efectúa a través del bloque intelectual que agrupa al conjunto de los intelectuales: "Por encima del bloque agrario funciona el bloque intelectual que ha servido hasta ahora para impedir que las fisuras del bloque agrario se volvieran muy peligrosas y lo llevaran a su hundimiento."[58] En realidad, Gramsci se refiere exclusivamente al bloque intelectual laico, aunque es evidente que el clero constituye la fracción numérica e ideológicamente más importante de los intelectuales; sin embargo, la fracción laica cumple una función estratégica esencial, en tanto su objetivo es proveer a los intelectuales de una alternativa den-

54 *Ibid.* (en esp. *Antol.*, p. 195).

55 En contraposición al del Norte, "de origen popular y más ligado a la masa campesina" (*C. P. C.*, p. 152).

56 *Ibid.*

57 *Ibid.*

58 *C. P. C.*, p. 155.

tro del sistema en ruptura con el clero.

Los verdaderos dirigentes de este bloque intelectual, los que centralizan y dominan el sistema hegemónico, son los grandes intelectuales, los grandes pensadores de las capas intelectuales, estrechamente ligados a los grandes propietarios terratenientes de quienes son su expresión ideológica. A principios del siglo XX estos intelectuales meridionales fueron Croce y Fortunato quienes, por su prestigio, canalizaron y absorbieron las aspiraciones de las capas inferiores de intelectuales:

"Hombres de gran cultura e inteligencia, nacidos en el terreno tradicional del sur pero ligados a la cultura europea y, por lo tanto, a la mundial, tenían todo lo necesario para dar satisfacción a las necesidades intelectuales de los representantes más honrados de la juventud culta del Mezzogiorno, para consolar sus inquietas veleidades de rebelión contra las condiciones existentes, para orientarlos según una línea media de serenidad clásica del pensamiento y de la acción."[59]

Pero los grandes intelectuales cumplen también la función de desmontar toda tentativa de ruptura del bloque ideológico en beneficio de las clases subalternas separando a los intelectuales subalternos de la masa campesina e insertándolos en un sistema cultural desarraigado del contexto social y al servicio de la clase dominante. Es elaborando una concepción del mundo laica y liberal —afirma Gramsci— que Croce "recupera" a los intelectuales meridionales en ruptura ideológica con el clero ligado a la aristocracia agraria y los relaciona con la clase dirigente a nivel nacional y europeo: la burguesía; "En este sentido, Benedetto Croce ha cumplido una altísima función 'nacional': ha separado los intelectuales radicales del sur de las masas campesinas, permitiéndoles participar de la cultura nacional y europea, y a través de esta cultura los ha hecho absorber por la burguesía nacional y, por lo tanto, por el bloque agrario.[60]"

Los grandes intelectuales políticos han actuado en el mismo sentido y es de este modo que Gramsci interpreta las medidas "político-policiales" de Giolitti respecto al

59 *C. P. C.*, pp. 155-156 (en esp. *Antol.*, p. 196).
60 *C. P. C.*, p. 156 (en esp. *Antol.*, p. 197).

Mezzogiorno: mientras los movimientos de masa del campesinado eran ahogados en sangre, el Estado acordaba privilegios al estrato de los intelectuales "bajo la forma de empleos en la administración pública, del derecho al saqueo impune de las administraciones públicas, de una legislación eclesiástica aplicada menos severamente que antes, dejando al clero la disponibilidad de importantes patrimonios, etc., esto es, incorporando, a 'título personal', los elementos meridionales más activos al personal dirigente del Estado, con los particulares privilegios de orden 'judicial' burocrático, etc."[61] Esta política es una suerte de transformismo a nivel del aparato de Estado, cuya consecuencia es hacer de los dirigentes potenciales de la revuelta campesina un instrumento de dominación de la clase dominante, "su accesorio de policía privada"[62].

Los grandes intelectuales son así la piedra angular del bloque intelectual y, por lo tanto, del sistema hegemónico. Es por eso que Gramsci califica a Croce y a Fortunato de "figuras máximas de la reacción italiana"[63]; es también la razón por la cual en los *Cuadernos* dirige los esfuerzos principales de la lucha ideológica contra estos intelectuales.

La subversión del bloque histórico requiere, por lo tanto, la disgregación del bloque intelectual, "armazón flexible, pero muy resistente" del bloque histórico. El bloque intelectual —o bloque ideológico— desarrolla y dirige al sistema hegemónico. De ahí que el estrato social de los intelectuales constituya uno de los elementos esenciales del bloque histórico.

El estudio del papel de los intelectuales en el seno del bloque histórico permite reconstituir los diferentes elementos de este bloque en su marco preciso: en tanto situación histórica global, el bloque histórico se estructura en dos esferas complejas: a un modo de producción dado corresponde una estructura social determinada en la que domina una clase fundamental; esta clase desarrolla progresivamente una superestructura diferenciada, especializando sus actividades, lo que le brinda la homogeneidad y

61 *R.*, p. 98.
62 *Ibid.*
63 *C. P. C.*, p. 155 (en esp. *Antol.*, p. 194).

la dirección política —hegemonía— sobre las otras clases. Esta dirección de la sociedad es ejercida en sus diferentes niveles por una capa social orgánicamente ligada a la clase dirigente, los intelectuales, encargados de administrar el complejo superestructural y, por lo tanto, de ligar la estructura y la superestructura. Esta es la forma como se estructura el bloque histórico; queda por analizar las condiciones históricas de su desaparición en provecho de un *nuevo bloque histórico.*

CAPITULO V

EL NUEVO BLOQUE HISTORICO

Hemos definido al bloque histórico como la articulación interna de una situación histórica dada. Pero en la medida en que esta situación evoluciona, también lo hacen la estructura y la superestructura de este bloque histórico. El bloque histórico se constituye esencialmente alrededor del sistema hegemónico de la clase fundamental. Pero, por una parte, esta clase no es fundamental por tiempo indefinido y, por la otra, este sistema hegemónico excluye a las clases subalternas, entre las cuales se encuentra la futura clase fundamental.

El problema de la creación de un nuevo bloque histórico es entonces, en realidad, el de la creación de un nuevo sistema hegemónico, pero es también el problema de la irrupción de una *crisis orgánica* en el bloque histórico que debe desembocar en una situación favorable para las nuevas fuerzas sociales. Por lo tanto, la construcción de un nuevo bloque histórico no es —y Gramsci lo recuerda a menudo en los *Cuadernos* cuando ataca las concepciones "economistas"— un fenómeno mecánico: por el contrario, se trata de una verdadera empresa que necesita la resolución positiva de dos condiciones:

— La irrupción de una crisis orgánica en el bloque histórico, es decir, la ruptura del vínculo orgánico entre estructura y superestructura, el hecho de que los intelectuales no representen más a las clases. Esta crisis puede ser suscitada por las clases subalternas (organizadas o no), o bien puede ser consecuencia del fracaso político de la clase dirigente.

— La creación de un sistema hegemónico que agrupe a las clases subalternas: si la crisis es "espontánea" y las clases subalternas no están organizadas, la clase dominante

retomará el control de la situación y la vieja sociedad se mantendrá, al menos, provisoriamente. Por otra parte, en ausencia de esta organización, la crisis orgánica no podrá ser suscitada.

En este sentido conviene recordar, antes de examinar el análisis gramsciano de la crisis orgánica, que toda crisis en el seno del bloque histórico no es necesariamente una crisis orgánica. En efecto, Gramsci subraya que para que ella se produzca es necesario que la ruptura englobe a las clases "fundamentales", es decir, a la clase dominante, por una parte, y a la clase que aspira a la dirección del nuevo sistema hegemónico, por la otra.

Así, la lucha entre la burguesía —y sus aliados— y la clase obrera —y las otras clases subalternas— es una crisis orgánica, en tanto concierne a los protagonistas esenciales a nivel estructural. Pero también las crisis pueden desarrollarse en el interior del sistema hegemónico mismo poniendo frente a frente a la clase fundamental y a sus grupos auxiliares, o incluso fracciones de la clase fundamental entre sí: "Sería un error de método (un aspecto del mecanicismo sociológico) considerar que en los fenómenos del cesarismo. . ., todo el nuevo fenómeno histórico sea debido al equilibrio de las fuerzas 'fundamentales': es necesario ver también las relaciones existentes entre los grupos principales (de distintos géneros: social-económico y técnico-económico) de las clases fundamentales y de las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia ideológica"[1]. En una crisis así, las clases subalternas permanecen excluidas o son solamente las fuerzas de apoyo de las fracciones en conflicto.

Gramsci ve en el *affaire* Dreyfus el ejemplo perfecto de una crisis en el interior del sistema hegemónico entre los diversos grupos que lo componen: "el movimiento Dreyfus es característico porque son los elementos del bloque social dominante quienes desbaratan el cesarismo de la parte más reaccionaria del mismo bloque, apoyándose no en los campesinos, en el campo, sino en los elementos subordinados de la ciudad guiados por el reformismo socialista (pero apoyándose también en la parte más avan-

1 *Mach.*, p. 88.

zada del campesinado)"[2]: una fracción de la clase dirigente se apoya en ciertos grupos auxiliares para reequilibrar el sistema hegemónico en favor suyo. Tal reequilibrio puede ser regresivo si tiende a apoyarse en las fuerzas más retrógradas y ligadas a la antigua clase dirigente. Pero puede igualmente ser progresivo, como lo demuestra el *affaire* Dreyfus; en este caso, la fracción más esclarecida de la clase dirigente refuerza su hegemonía ampliando su base social y articulando un compromiso más favorable a los grupos auxiliares, incluso a los subalternos (llamamiento a nuevos intelectuales provenientes de estos grupos, compromiso político e ideológico). *A contrario sensu*, esta crisis demuestra la debilidad y la ausencia de autonomía de las clases subalternas y, por lo tanto, la ausencia de todo riesgo de crisis orgánica.

I. LA CRISIS ORGANICA

La crisis orgánica es una ruptura entre la estructura y la superestructura, es el resultado de contradicciones que se han agravado como consecuencia de la evolución de la estructura y de la ausencia de una evolución paralela de la superestructura: "La crisis consiste precisamente en que muere lo viejo sin que pueda nacer lo nuevo"[3].

En la medida en que la clase dirigente deja de cumplir su función económica y cultural, afirma Gramsci, es decir, cuando cesa de empujar "realmente la sociedad entera hacia adelante, satisfaciendo no sólo sus exigencias existenciales, sino también la tendencia a la ampliación de sus cuadros para la toma de posesión de nuevas esferas de la actividad económico-productiva"[4], el bloque ideológico que le da cohesión y hegemonía tiende a disgregarse. La acción moderadora de los "grandes intelectuales" permite, empero, que no se llegue necesariamente a este resultado.

Si es verdad que "ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no desarrolló todas las formas de

2 *Mach.*, p. 88.
3 *P.*, p. 38 (en esp., *Antol.* p. 313).
4 *R.*, pp. 71-72.

vida que están implícitas en sus relaciones"[5], de esto no se deriva una desaparición catastrófica de esa sociedad una vez cumplida su función. La desaparición del antiguo bloque histórico sólo se produce si la crisis de la estructura acarrea una crisis orgánica o crisis de hegemonía.

Esta crisis de hegemonía es, en efecto, la característica esencial de la crisis orgánica (lo que viene a mostrar una vez más el vínculo entre hegemonía y bloque histórico): la clase dominante deja de tener la dirección de las clases subordinadas; éstas se separan de los intelectuales que las representan. Es el caso de los intelectuales que controlan la sociedad civil y fundamentalmente los partidos políticos tradicionales: "En cierto momento de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la forma de organización que presentan, con aquellos determinados hombres que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella"[6].

Este fenómeno se produce básicamente en los partidos donde la burocracia dirigente ha terminado por separarse de la masa, tanto es así que en caso de crisis "el partido termina por convertirse en anacrónico y en los momentos de crisis aguda desaparece su contenido social y queda como en las nubes"[7]. Gramsci cita en particular el caso de los partidos políticos alemanes de la República de Weimar que desaparecieron con el hitlerismo, y el de los partidos franceses de la tercera República, subrayando el carácter anquilosado y "anacrónico" de estos últimos: "su crisis puede llegar a ser aun más catastrófica que la de los partidos alemanes"[8].

Esta desafección se explica también por el hecho de que los intelectuales de estos grupos sociales están bajo la subordinación de los intelectuales orgánicos de la clase dirigente y, por lo tanto, en caso de crisis, son víctima de su situación contradictoria.

Pero esta crisis de confianza no se limita a los partidos

5 *Mach.*, p. 67.
6 *Mach.*, p. 76.
7 *Mach.*, p. 78.
8 *Mach.*, p. 78.

tradicionales sino que se extiende a todos los otros órganos de la opinión pública, en especial la prensa, y desde allí se refleja en toda la sociedad civil. Crisis de hegemonía, la crisis orgánica afecta por lo tanto el modo habitual de dirección de la clase dirigente sobre los otros grupos sociales —el consenso—, y fortalece la posición de los órganos de la sociedad política en el seno de la superestructura.

Esta crisis de hegemonía, que hemos definido como "crisis de autoridad"[9], es por lo tanto una crisis de autoridad de la clase dirigente, convertida en clase puramente dominante y, consecuentemente crisis de la ideología tradicional, de la cual las clases subalternas se han escindido.

Esta ruptura entre representantes y representados se materializa en dos tipos de situaciones, reveladoras de la escisión entre las clases y sus representantes; no es que la ruptura se produzca súbitamente en un momento preciso, sino que es allí cuando se concreta: tomando el ejemplo de los partidos tradicionales, Gramsci muestra que estos partidos son "anacrónicos" y están "separados de las masas", pero esta situación sólo se *verifica* en caso de una crisis aguda, donde quedan suspendidos en el vacío. No se trata entonces de reducir la crisis orgánica a estos dos tipos de crisis aguda, sino de ver en estas situaciones la irrupción de la crisis orgánica.

En los *Cuadernos* Gramsci cita dos casos de crisis orgánica: una crisis se produce ya sea porque la clase dirigente "fracasó en alguna gran empresa política para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas (la guerra por ejemplo) o bien porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeñoburgueses intelectuales) pasaron de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantearon reivindicaciones que en su caótico conjunto constituyen una revolución"[10].

Estos dos casos son, según Gramsci, o bien la consecuencia de un grave revés de la clase política del grupo dirigente, o bien la consecuencia de la politización de las clases subalternas y de sus intelectuales, y de su "escisión".

Retomemos estas dos posibilidades.

9 *P.*, pp. 37-38 (en esp. *Antol.*, pp. 313-314).
10 *Mach.*, pp. 76-77.

La primera consiste en el fracaso de la clase dirigente como consecuencia de una gran empresa política para la cual requirió la adhesión nacional. Gramsci cita como ejemplo perfecto una situación de guerra, tal como la de 1914-18.

En su intervención en el coloquio de Cagliari, A. Pizzorno[11] señala justamente la importancia que Gramsci le otorga a los efectos de la guerra sobre las clases subalternas: en 1914 éstas, y en especial las masas campesinas, fueron bruscamente movilizadas, lo que trastornó su psicología y les forjó una conciencia colectiva. Este análisis es correcto pero, contrariamente a lo que afirma Pizzorno, Gramsci no se limitó a derivar de él la crisis orgánica. La toma de conciencia colectiva por parte de las clases subalternas con motivo de la guerra no se convierte automáticamente en conciencia revolucionaria. El mismo Gramsci da un ejemplo cuando analiza los efectos de la primera guerra mundial sobre las clases subalternas en Francia, fundamentalmente sobre las masas campesinas: "La guerra no ha debilitado la hegemonía, por el contrario, la ha reforzado"[12], afirma. La ausencia de una escisión entre la clase dirigente y las clases subalternas se explica por el pasado democrático y la difusión, incluso entre las clases subalternas, de un tipo de "ciudadano moderno" "en el doble sentido del hombre de pueblo que se sentía ciudadano pero que además era considerado como tal por los superiores, por las clases dirigentes, es decir, no era insultado y maltratado por bagatelas"[13]. De este modo, la guerra no engendró en Francia graves crisis internas y la posguerra, más aún en tanto la guerra terminó en una victoria, no llevó a violentas luchas nacionales. Gramsci contrapone el caso de Francia al de Rusia. Pizzorno cita un célebre artículo de *L' Ordine Nuovo* donde Gramsci afirma que "cuatro años de trinchera y de explotación cambiaron radicalmente la psicología de los campesinos. Esta transformación . . .es una de las condiciones de la revolución. Lo que la industrialización, por su

11 A. Pizzorno, *op. cit* , pp. 55-56.
12 *Mach.*, p. 137.
13 *Mach.*, p. 138.

proceso normal de desarrollo, no desencadenó, la guerra lo produjo"[14]. Pero Gramsci está haciendo alusión al caso de Rusia: a los sacrificios exigidos a las masas campesinas movilizadas se suma el fracaso político de la clase dirigente, vale decir, la derrota militar. La derrota, sumada a los sacrificios —inútiles— acarrea la revolución y la crisis orgánica. Por lo tanto, la crisis orgánica tiene lugar en caso de una grave crisis nacional.

La guerra no es, evidentemente, el único caso de este tipo. Gramsci tiene en cuenta otras situaciones análogas, en especial los plebiscitos y las elecciones generales[15]. Tales crisis son consecutivas a una iniciativa de la clase dirigente, iniciativa que ha fracasado y lleva a una reacción de las clases subalternas.

Pero la crisis puede ser también el resultado —y esta es la segunda posibilidad que Gramsci considera— de una iniciativa política directa de las clases subalternas. Esta iniciativa no está muy claramente definida: se trata de acciones que no emanan solamente de estas capas sino también de los intelectuales subalternos. Estas capas sociales pasan "bruscamente" de la pasividad política a una acción reivindicativa, que es *revolucionaria* en la medida en que es *inorgánica*. Esta calificación de inorgánica puede ser entendida de dos maneras: sea para caracterizar la ruptura del vínculo entre las masas populares y sus representantes tradicionales, sea para describir la ausencia de intelectuales orgánicos en las filas de las clases subalternas. Esta interpretación está confirmada por otras notas de los *Cuadernos*, donde Gramsci pone el acento en el aspecto "espontáneo"' de las revueltas de las clases subalternas: "Puede. . .decirse que el elemento de la espontaneidad es característico de la 'historia de las clases subalternas', y hasta de los elementos más marginales y periféricos de esas clases, los cuales no han llegado a la 'conciencia de clase para sí'"[16]. Gramsci alude aquí al caso italiano y en particular a la Italia meridional, que conforma "una gran disgregación social"[17], donde las clases más numerosas no

14 *O. N.*, p. 24.
15 *R.*, pp. 112-114.
16. *P.*, p. 55 (en esp. *Antol.*, p. 309).
17 *C. P. C.*, p. 150 (en esp. *Antol.*, p. 193).

tienen ninguna cohesión. Es el caso de las masas populares, y sobre todo del campesinado, tradicionalmente pasivas y "apolíticas", incapaces "de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y necesidades"[18]. La consecuencia de esta pasividad es que la reacción es espontánea y primitiva: "La lucha de clases se confunde con el bandidaje, el chantaje, el incendio de los bosques, la pérdida del ganado, el rapto de los niños y las mujeres, el asalto al municipio: es una forma de terrorismo elemental, sin consecuencias estables y eficaces"[19]. Estos movimientos espontáneos son inorgánicos porque los estratos sociales pasan bruscamente del estadio económico-corporativo al estadio político sin la intermediación de los intelectuales.

Esta revuelta inorgánica es también producto de los intelectuales subalternos. Gramsci subraya que estos son de origen pequeñoburgués y que en Italia esta capa social está tan disgregada como el campesinado; como éste, puede rebelarse brusca e inorgánicamente: "uno de los elementos de la constitución social de Italia es la cantidad malsana de pequeños y medianos burgueses, rurales o de tipo rural, de donde surgen numerosos intelectuales inestables y de este modo 'voluntarios' fáciles para cualquier iniciativa, incluso la más extraña, que sea vagamente subversiva (de derecha o de izquierda)"[20].

Estos accesos revolucionarios coinciden generalmente, señala Gramsci, "con un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominante"[21] y ambos por el mismo motivo —por ejemplo una crisis económica. De ahí que las posibilidades de éxito de estos movimientos sean aleatorias, ya que incluso en los casos en que los movimientos 'espontáneos' de los estratos populares más vastos posibilitan la llegada al poder de la clase subalterna más adelantada por la debilitación objetiva del Estado"[22], la toma del poder es efímera.

"En el mundo moderno son más frecuentes los ejem-

18 *C. P. C.*, p. 150 (en esp. *Antol.*, p. 193).
19 *O. N.*, p. 23.
20 *R.*, p. 197.
21 *P.*, p. 58 (en esp. *Antol.*, p. 311).
22 *P.*, p. 58 (en esp. *Antol.*, p. 312).

plos regresivos"[23] —por ejemplo, los golpes de Estado de la derecha de la clase dominante. Esta situación explica que Gramsci condene la doble inorganicidad de la revuelta popular: si el espíritu de escisión de la clase dirigente es necesario, debe ir acompañado por la construcción de un sistema hegemónico opuesto al sistema de la clase dirigente que, organizado por los intelectuales orgánicos de la clase subalterna fundamental, canalizará esta espontaneidad; en su defecto, las consecuencias de la crisis orgánica serán la victoria de la clase dirigente, el aplastamiento de la dirección de las clases subalternas y la vuelta de éstas a la pasividad política.

1. *Consecuencias de la crisis*

La aguda crisis de hegemonía lleva a una ruptura frente a la cual los protagonistas —las clases sociales y sus intelectuales orgánicos— deben reaccionar rápidamente.

No obstante, conviene recordar que la crisis orgánica es una crisis de hegemonía y que, por lo tanto, afecta esencialmente a la sociedad civil. La clase dirigente deviene clase dominante, lo que significa que conserva el control de la sociedad política, vale decir, del aparato del Estado, de la coerción.

En presencia de tal situación, conviene examinar qué tipo de reacción pueden tener los protagonistas de la crisis, es decir, la clase dominante, por una parte y, por la otra, las clases subalternas.

La posición de la clase dominante es muy favorable: según la gravedad de la crisis y las relaciones de fuerza con el enemigo, puede optar por tres posibilidades: la recomposición de la sociedad civil, la utilización de la sociedad política o la solución de tipo cesarista.

— La primera solución consiste en la restructuración de la sociedad civil; se trata de la solución normal: la clase dominante dispone de una capa muy diversificada y sólida de intelectuales cuya combinación política puede reformar en caso de crisis: "La clase dirigente tra-

23 *P.*, p. 58 (en esp. *Antol.*, p. 312).

dicional que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reasume el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor de cuanto ocurre en las clases subalternas"[24]. Estas mutaciones dentro del personal dirigente van acompañadas por una revisión del sistema hegemónico. Los antiguos compromisos con las clases auxiliares se recomponen en beneficio de éstas y, si es necesario, la clase dirigente hace sacrificios y hasta "se expone a un porvenir oscuro cargado de promesas demagógicas"[25]. Por último, el aparato de Estado es utilizado para aplastar la dirección de las clases subalternas y separarlas de sus intelectuales por la fuerza o la atracción política. En cuanto a los intelectuales orgánicos de la clase dominante, y en especial la clase política, cuya aparente división era un factor de hegemonía en épocas normales, los mismos son reagrupados bajo la dirección única; el ejemplo más perfecto es el del partido único: "El pasaje de las masas de muchos partidos bajo la bandera de un partido único, que representa mejor y resume las necesidades de toda la clase, es un fenómeno orgánico y normal, aunque su ritmo sea rapidísimo y casi fulminante en relación a las épocas tranquilas. Representa la fusión de todo un grupo social bajo una dirección única considerada como la única capaz de resolver un grave problema existente y alejar un peligro mortal"[26].

En este caso se trata de un partido único de la clase dominante y no de toda la sociedad. Es evidente que una solución de este tipo puede combinarse, en caso de una crisis grave, con la liquidación de los partidos representantes de los otros grupos sociales, en cuyo caso se desemboca en el sistema de partido único propiamente dicho: tal es especialmente el caso del fascismo.

La solución orgánica de la crisis implica, por lo tanto, el uso combinado de la hegemonía —respecto de los grupos auxiliares y aliados— y de la coerción —respecto de los grupos enemigos. El sistema permanecerá hegemó-

24 *Mach.*, p. 77.
25 *Ibid.*
26 *Ibid.*

nico o se volverá dictatorial, según el peso que adquieran ambos elementos.

— Cuando el uso de la fuerza o del consenso resulta aleatorio, la clase dominante recurre a la "actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos"[27]. Esta solución significa que ninguno de los dos campos tiene fuerza como para vencer: "Se puede decir que el cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, o sea de una manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca"[28].

Si bien el hecho de recurrir a una solución de este tipo es consecuencia de un equilibrio de fuerzas entre las dos clases fundamentales, puede ser también una necesidad proveniente de un equilibrio fortuito debido a las divisiones internas de la clase dirigente, que la debilitan frente a las clases subalternas y hacen posible una victoria "precoz" de éstas cuando la clase dirigente no ha "agotado aún sus posibilidades de desarrollo"[29]. Es el ejemplo de Napoleón III, que pone fin a la lucha entre la clase obrera y una burguesía debilitada por las luchas entre legitimistas, orleanistas, bonapartistas y republicanos.

En la medida en que el cesarismo es un arbitraje entre dos protagonistas, la balanza podrá inclinarse para un lado o para el otro. Según favorezca a la clase conservadora o a las fuerzas progresivas, será progresivo o regresivo. El cesarimo es un compromiso, pero está llamado a evolucionar en favor de uno u otro campo o a desaparecer en caso de un nuevo desequilibrio de las fuerzas.

Gramsci subraya por otra parte que las condiciones modernas de la vida política, pero fundamentalmente la mayor agudeza de los antagonismos entre clases dirigentes y clases subalternas, han modificado profundamente la naturaleza de la solución cesarista: en los ejemplos clásicos de cesarismo, el antagonismo enfrentaba a dos

27 *Mach.*, p. 76.
28 *Mach.*, p. 84.
29 *Mach.*, p. 87.

grupos que, aun siendo distintos y contradictorios "no eran sin embargo tales como para que no pudiesen en 'absoluto' llegar a una fusión y a una asimilación recíproca luego de un proceso molecular; lo cual en efecto ocurre, al menos en cierta medida"[30]. El antagonismo burguesía-aristocracia terrateniente termina en la mayoría de los países occidentales, después de la victoria a nivel estructural de la primera, por la absorción de la segunda mediante la concesión de ciertos privilegios corporativos a nivel superestructural. En este caso, el cesarismo no presenta un carácter catastrófico.

En el mundo moderno, por el contrario, el cesarismo sirve como equilibrador entre fuerzas totalmente antagónicas que no pueden fundirse: el antagonismo se ve incluso acentuado por este régimen. Las únicas posibilidades de evolución marginal radican entonces en la situación internacional, en el "peso" internacional del país de que se trate, y en la debilidad relativa de uno de los grupos antagónicos[31].

La solución cesarista permite por lo tanto una gran variedad de situaciones. Desde este punto de vista, el fenómeno fascista constituye un tipo de solución cesarista, pero que es consecuencia de una situación donde la crisis afecta simultáneamente al bloque histórico (cri-

30 *Mach.*, p. 87.

31 La segunda evolución sufrida por el cesarismo se sitúa a nivel político: el cesarismo del "hombre providencial" tiende a ser remplazado por el "cesarismo sin César". El régimen parlamentario y el papel de los partidos políticos permiten múltiples combinaciones. Es así que los gobiernos de coalición constituyen, según Gramsci, el grado inicial de cesarismo, que podrá evolucionar hacia un cesarismo "puro" (evolución política italiana de 1922 a 1925) o permanecer en el nivel inicial (gobierno de Mac Donald). Cf. *Mach.*, pp. 84-86.

Del mismo modo, los partidos políticos y hasta los sindicatos pueden ser utilizados, por medio de la corrupción o el terror, como órganos de policía política y suministrar la base de un régimen cesarista "sin necesidad de acciones militares en vasta escala, tipo César o 18 Brumario" (*Mach.*, p. 86). El cesarismo moderno se ha convertido en un fenómeno policial más que militar (ver *Mach.*, p. 88).

sis orgánica) y al reagrupamiento hegemónico (crisis entre la clase dominante y las clases auxiliares): frente a la amenaza de una crisis orgánica en beneficio de las clases subalternas (clase obrera) y frente a la debilidad del aparato de Estado, la clase auxiliar (en este caso la pequeña burguesía urbana y rural) se apodera del Estado (sociedad civil + sociedad política), y mantiene el bloque histórico existente en provecho de la clase fundamental (burguesía). De este modo, el sistema no cambia en lo fundamental, puesto que la burguesía mantiene la dirección *económica*, pero la pequeña burguesía, en lugar de ser un simple auxiliar que sirve de base social y de semillero de intelectuales subalternos para la burguesía, se adueña del Estado convirtiéndose en clase dominante en el nivel *superestructural*. La crisis orgánica desemboca de este modo en un reequilibrio en el interior del reagrupamiento dominante en beneficio de la clase auxiliar. De ahí que el fascismo sea una variedad del cesarismo[32].

Frente a estas actitudes posibles de la clase dominante, ¿cuál puede ser la de las clases subalternas? *A priori* su situación es desfavorable: "La crisis crea peligrosas situaciones inmediatas porque los diversos estratos de la población no poseen la misma capacidad de orientarse rápidamente y de reorganizarse con el mismo ritmo"[33].

Frente al potencial intelectual y estratégico de la clase dominante, y en la medida en que están al principio en una "posición defensiva"[34], las clases subalternas sólo podrán oponer su fuerza y pensar en la victoria si se organizan y se someten a una verdadera dirección. El problema para estas capas sociales consiste entonces en desarrollar su propio sistema hegemónico frente al sistema dominante.

No obstante, antes de examinar el problema del nuevo sistema hegemónico, conviene recordar una última

32 El cesarismo también puede limitarse a un conflicto interno al sistema hegemónico; es el caso del affaire Dreyfus.

33 *Mach.*, p. 77.

34 *R.*, p. 193.

condición importante, a saber, la duración de la crisis orgánica, ya que no deja de tener consecuencias sobre la orientación estratégica del sistema hegemónico de las clases subalternas.

2. *La duración de la crisis orgánica*

Así como la crisis orgánica no es un fenómeno repentino, tampoco es una situación efímera. Por su carácter orgánico, esta crisis de hegemonía refleja la crisis de la estructura y sigue, por lo tanto, su evolución. De ahí que una situación así pueda prolongarse durante un largo período histórico, "por decenas de años". Esta duración excepcional significa que en la estructura se han revelado (maduraron) contradicciones incurables y que las fuerzas políticas, que obran positivamente en la conservación y defensa de la estructura misma, se esfuerzan sin embargo por sanear y por superar dentro de ciertos límites"[35].

Esta duración es por lo tanto la consecuencia de los esfuerzos de la superestructura por mantener el antiguo sistema. Un análisis correcto de la crisis deberá entonces distinguir los fenómenos *orgánicos* de los esfuerzos *coyunturales* del personal dirigente por contenerla, y porque la ausencia de esta distinción significa que "no se tiene en cuenta al factor 'tiempo' y en última instancia ni la misma 'economía' en el sentido de que no se entiende cómo los hechos ideológicos de masa están siempre en retraso con respecto a los fenómenos económico de masa y cómo, por lo tanto, el impulso automático debido al factor económico es en ciertos momentos demorado, trabado y hasta destruido momentáneamente por los elementos ideológicos tradicionales"[36]. Por otra parte, este tipo de crisis es el caso normal en los países occidentales donde la superestructura, y especialmente la sociedad civil, está muy desarrollada y es muy resistente.

Gramsci cita el ejemplo de los acontecimientos que se sucedieron en Francia desde de 1789 a 1871. Los historiadores se han dividido acerca de los verdaderos límites de la Revolución francesa. Se trata en realidad, explica Gramsci, de una crisis orgánica de larga duración que no termina sino cuando la burguesía asienta duramente su poder derrotando no solamente "a los representantes de la vieja sociedad que se niegan a considerarla perimida, sino también a los grupos más nuevos que consideran como superada también a la nueva sociedad"[37]. Es con la derrota de la Comuna que remata la crisis orgánica desencadenada en 1789. Entre estos dos acontecimientos, la crisis fue puntuada por una serie de desórdenes sociales y políticos (crisis agudas), en los cuales las fuerzas se enfrentaron militarmente y donde se estableció un nuevo equilibrio de fuerzas: 1789, 1794, 1799, 1804, 1815, 1830, 1848, 1870. Pero en cada oportunidad el período de estabilización es más largo, porque la nueva clase dirigente controla en mayor medida la sociedad. Después de cada crisis aguda, el enfrentamiento termina ya sea con la recomposición de la superestructura o bien con la instauración de un régimen cesarista: cesarismo progresivo, cuando la burguesía utiliza a Napoleón I para consolidar sus victorias sobre la aristocracia; cesarismo regresivo el de Napoleón III, que defiende la hegemonía de la burguesía contra las nuevas fuerzas progresivas. En 1871 son aplastadas las últimas fuerzas que se oponen a la dirección de la clase fundamental, lo que lleva, con la instauración del régimen "definitivo", al abandono de los "principios de estrategia y de táctica política nacidos prácticamente en 1789 y desarrollados en forma ideológica alrededor de 1848"[38].

Esta duración de la crisis no es fortuita y se explica por el carácter mismo del bloque histórico, por la resistencia relativa de la superestructura. Según la duración de la crisis, las fuerzas en presencia, especialmente las clases subalternas, deberán adoptar una estrategia diferente. Por lo tanto, la naturaleza de la crisis orgánica y las condiciones de su desarrollo, influyen directamente sobre la formación del nuevo sistema hegemónico.

35 *Mach.*, p. 77.
36 *Mach.*, p. 72.

37 *Mach.*, p. 69.
38 *Mach.*, p. 69.

II. EL NUEVO SISTEMA HEGEMONICO

Una crisis orgánica desemboca en un nuevo sistema hegemónico sólo si las clases subalternas consiguen, incluso antes del estallido de la crisis, organizarse y construir su propia dirección política e ideológica. Este problema es difícil de resolver ya que, por una parte, una clase es verdaderamente homogénea recién cuando se adueña del Estado —sociedad civil + sociedad política— y, por otra parte, las clases subalternas, en razón de su situación en el seno del bloque histórico tienen posibilidades reducidas para organizarse: la mayoría de las veces están excluidas de la vida política real por falta de intelectuales, ya que sus representantes son en realidad los intelectuales orgánicos subalternos de la clase dominante y su organización autónoma no sobrepasa generalmente el estadio económico-corporativo. En *Alcuni temi* Gramsci constata además que "el proletariado es, como clase, pobre en elementos organizativos, y no tiene ni puede formarse un estrato propio de intelectuales sino muy lentamente, muy fatigosamente, y sólo después de la conquista del poder estatal"[39].

La primera etapa consiste entonces en "escindirse" del sistema hegemónico de la clase dirigente con lo que el carácter esencial de la crisis orgánica aparece en esta ruptura entre las clases subalternas y la ideología dominante. Pero esta escisión sólo es duradera si va acompañada de una toma de conciencia ideológica y política: este espíritu de escisión, idea que Gramsci toma de Sorel, debe ser "la adquisición progresiva de la conciencia de su propia personalidad histórica"[40]. Esta conciencia de clase será obra de quien sea la futura clase fundamental entre las clases subalternas, del protagonista esencial a nivel de la estructura económica.

Esta clase esencial, que aspira a la dirección del nuevo bloque histórico, debe crear entonces los intelectuales orgánicos que le darán su propia concepción del mundo y que organizarán un sistema hegemónico sobre las otras clases subalternas:

39 *C. P. C.*, p. 158 (en esp. *Antol.*, p. 199).
40 *P.*, pp. 172-173.

"Esta es la fase más estrictamente política, que señala el neto pasaje de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas, es la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en 'partido', se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no sobre un plano corporativo sino sobre un plano universal y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados"[41].

La hegemonía implica que el grupo esencial no solamente cree sus propios intelectuales, sino también absorba a aquellos de los otros estratos aliados. En este caso, estos estratos son también subalternos, de forma tal que será necesario quebrar el bloque ideológico que los liga a la clase dirigente: "Siempre es necesaria una iniciativa política apropiada para liberar al impulso económico de las trabas de la política tradicional, o sea, para cambiar la dirección política de ciertas fuerzas que es preciso absorber para realizar un nuevo bloque histórico económico-político, homogéneo, sin contradicciones internas"[42].

Una iniciativa de este tipo, es decir la formación de un sistema hegemónico que implique el consenso de los grupos aliados, no podrá triunfar sino por medio de un compromiso: "Y ya que dos fuerzas similares no pueden fundirse en un organismo nuevo sino a través de una serie de compromisos o mediante la fuerza de las armas, por la unión en el terreno de las alianzas o la subordinación de la una a la otra mediante la coerción, la cuestión es saber si se dispone de esta fuerza y si es 'productivo' emplearla. Si la unión de dos fuerzas es necesaria para vencer a una tercera, el recurso de las armas y de la coerción (dado que se tiene disponibilidad de ellos) es una pura hipótesis metódica y la única posibilidad concreta es el compromiso, ya que la fuerza puede ser empleada contra los enemigos y no contra una parte de sí mismo que se desea asimilar

41 *Mach.*, p. 72.
42 *Mach.*, p. 62.

rápidamente y de la cual es preciso obtener su 'buena voluntad' y entusiasmo"[43].

Una de las preocupaciones constantes de *L' Ordine Nuovo* y más tarde del PCI, afirma Gramsci en 1926 en *Alcuni temi*, fue la de quebrar el bloque intelectual del Mezzogiorno, para que se formara, como "formación de masas"[44], una tendencia de izquierda en el seno de los intelectuales, y especialmente entre los intelectuales subalternos, a fin de ligar orgánicamente las clases sociales subalternas a la nueva clase fundamental; de ese modo, la escisión ideológica y política "tenderá a extenderse de la clase protagonista a las clases potencialmente aliadas"[45].

El nuevo sistema hegemónico concentra alrededor de un grupo líder y de sus intelectuales a los otros estratos sociales subalternos y a los intelectuales radicales normalmente encargados de integrar estas masas a la clase dominante, y que han abandonado el bloque intelectual de ésta. Tal es el esquema ideal. En realidad, Gramsci reconoce que esa tendencia de los grupos subalternos a la unificación "se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes"[46], sea por la reabsorción de los intelectuales disidentes, o bien por el aplastamiento, si es preciso por la fuerza, de la dirección de estos estratos sociales. Las clases subalternas no deben limitarse, por lo tanto, a una dirección ideológica y política totalmente autónoma, sino que deben completarla con una dirección "militar".

Si la crisis orgánica se caracteriza por la pérdida, por parte de la clase fundamental, de su hegemonía, esta clase conserva el control de la sociedad política, lo que significa que "los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan"[47]. La única posibilidad de paliar esta inferioridad es organizando el nuevo sistema hegemónico de tal suerte que las masas puedan ser movilizadas inmediatamente cuando estalla la crisis orgánica:

43 *Ibid.*
44 *C. P. C.*, p. 158 (en esp. *Antol.*, p. 199).
45 *P.*, p. 173.
46 *R.*, p. 193 (en esp. *Antol.*, p. 493).
47 *R.*, p. 193 (en esp. *Antol.*, p. 493).

"El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que una fuerza tal existe y está impregnada de ardor combativo). Es por ello una tarea esencial la de velar sistemática y pacientemente por formar, desarrollar y tornar cada vez más homogénea, compacta y consciente de sí misma a esta fuerza"[48].

Una preparación así es obra de los intelectuales orgánicos de las clases subalternas, es decir, del partido político. De ahí que el problema esencial sea la calidad de los dirigentes políticos y de los militantes —que Gramsci califica de fuerzas de primera línea. Esta organización, además de compensar eventualmente la inferioridad material, permite sobre todo evitar que una iniciativa de la clase dominante tome por sorpresa a las clases subalternas. En ausencia de esta preparación, "la vieja sociedad resiste y se asegura un período de 'respiro', exterminando físicamente a la *élite* adversaria y aterrorizando a las masas de reserva; o bien ocurre la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto con la instauración de la paz de los cementerios y, en el peor de los casos, bajo la vigilancia de un centinela extranjero"[49].

Dirección ideológica y dirección político-militar son entonces las dos condiciones necesarias en una verdadera lucha de las clases subalternas contra el sistema hegemónico dominante. La forma en que se combinen nos dará cuenta de la estrategia adoptada.

La estrategia del nuevo sistema hegemónico

La estrategia de las clases subalternas no deriva de una simple elección política, sino que es la resultante orgánica del análisis del bloque histórico concreto; esto tiene dos consecuencias:

— En primer lugar, la estrategia del sistema hegemónico

48 *Mach.*, pp. 76-77.
49 *Mach.*, p. 75.

de las clases subalternas debe ser una estrategia totalmente autónoma: la escisión ideológica y política debe extenderse al nivel estratégico: "en la lucha política es preciso no imitar los métodos de lucha de las clases dominantes, para no caer en fáciles emboscadas"[50]. Gramsci pone el ejemplo de la lucha contra el fascismo, en donde la reacción de las clases subalternas osciló entre la pasividad y la reacción volenta. A la estrategia de guerra de movimiento de la clase dirigente, bajo la forma de milicias armadas privadas, se opusieron espontáneamente organizaciones populares similares, los *Arditi del popolo*, que jugaron un rol político nada despreciable. Sin dejar de subrayar la importancia positiva de estos movimientos, Gramsci constata que responder a esta estrategia de la clase dominante con una estrategia similar fue un error, ya que frente a grupos casi profesionales la clase obrera no podía organizarse de la misma manera: "una clase que debe trabajar todos los días con horario fijo no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas como una clase que tiene amplias disponibilidades financieras y no está ligada, con todos sus miembros, a un horario fijo"[51]. La única posibilidad estratégica era en realidad una guerra de posiciones bajo la forma de un frente antifascista, es decir, una estrategia autónoma"[52].

— La segunda necesidad consiste en determinar esta estrategia en función del análisis minucioso del bloque histórico y fundamentalmente de la importancia de la sociedad civil y de la sociedad política. El análisis de la importancia respectiva de estos dos elementos de la superestructura muestra que la estrategia utilizada para derribar el bloque histórico debe variar según la primacía de uno u otro de ellos. Como señalan Tamburrano[53] y Piotte[54]

50 *Mach.*, p. 91.
51 *Mach.*, p. 91.
52 Sobre los "arditi del popolo", ver P. Spriano, "Gramsci, il fascismo e gli 'arditi del popolo'", en *Prassi rivoluzionaria e storicismo*, pp. 175-199.
53 Especialmente en "Gramsci y la hegemonía del proletariado" en *Gramsci* y *El marxismo*, Ed. Proteo, Buenos Aires, 1965, pp. 107-116.
54 J. M. Piotte, *op. cit.*, pp. 161-177.

Gramsci se sorprendió frente al fracaso de la revolución en Italia y su triunfo en Rusia, cuando en realidad ambos países tenían características sociales y económicas bastante parecidas. Encontró la diferencia esencial en el desarrollo desigual de la superestructura en los dos países. Muy débil en Rusia, la sociedad civil formaba lo esencial de la superestructura italiana: "En Oriente el Estado era todo, y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre el Estado y la sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil"[55].

Esta diferenciación fundamental no es sin embargo reciente. Cuando analiza la Revolución francesa, Gramsci muestra cómo antes de que la lucha devenga política y militar, la burguesía libra una enconada batalla ideológica contra la aristrocracia, en la que la Reforma constituye sus premisas, y que se desarrolla en el siglo de las Luces: la clase subalterna esencial combate a la clase dirigente tradicional en el terreno ideológico, disgrega su bloque intelectual antes de adueñarse de la sociedad política.

Según Gramsci los mismos principios deben prevalecer en la lucha de la clase obrera occidental contra la burguesía; articulando este análisis de la superestructura con el de las estrategias militares utilizadas a principios de siglo y especialmente en el curso de la primera guerra mundial, Gramsci infiere que la estrategia de las clases subordinadas debe adaptarse a la superestructura del bloque histórico: en los países que poseen una fuerte sociedad civil, la lucha no puede sino tomar la forma de una "guerra de posiciones": allí el Estado (sociedad política) es "sólo una trinchera avanzada, detrás de la cual existe una robusta cadena de fortalezas y casamatas" (la sociedad civil)[56]. Este análisis explica, además de su concepción de la crisis orgánica, la importancia que otorga a la disgregación del bloque intelectual de la clase dirigente.

Por el contrario, en los países en que como la Rusia de 1917, la sociedad civil es "primitiva y gelatinosa", la lucha es esencialmente política y militar y debe tomar la forma de una "guerra de movimiento".

55 *Mach.*, pp. 95-96.
56 *Mach.*, p. 96.

Esta diferencia estratégica explica las dificultades que las clases subalternas encuentran para subvertir el bloque histórico en los países occidentales: si atacan en primer término a la sociedad civil, tropiezan con un bloque intelectual muy difícil de quebrantar y que tiende incluso a absorber sus élites con procedimientos tales como el transformismo y llega hasta a suprimirlas por la fuerza. Si, por el contrario, las clases subalternas eligen luchar en primer término contra la sociedad política, ésta será suplantada por la sociedad civil que suscitará fuerzas "privadas" paramilitares, o bien, en caso de éxito "político", sufrirán la influencia ideológica de la antigua sociedad civil que no conquistaron previamente.

Analizando el ejemplo de la burguesía francesa en el siglo XVIII, y siendo testigo del fracaso de la estrategia revolucionaria luego de la primera guerra mundial, Gramsci se decide por la primacía de la lucha ideológica; las clases subalternas deben conquistar en primer lugar la sociedad civil: "Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernativo (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder)"[57].

En su libro *La pensée politique de Gramsci* Jean Marc Piotte señala que el análisis de Gramsci en los *Cuadernos* marca un viraje en relación al período de *L'Ordine Nuovo* en el que intentó "calcar" el ejemplo ruso sobre Italia. Es verdad que esta evolución coincide con el importante debate que se desarrolló en el seno de la III Internacional acerca de la nueva estrategia a adoptar después del fracaso de la revolución. Pero la crítica gramsciana a Trotski o a Rosa Luxemburg no es coyuntural[58]. En los *Cuadernos* Gramsci se convence firmemente que la estrategia de la guerra de posiciones no responde —como algunos comentaristas han concluido un poco prematuramente— a necesidades inmediatas que obligan a un repliegue estratégico,

57 *R.*, p. 70 (en esp. *Antol.*, p. 486).

58 *Op. cit.*, pp. 167 y ss. Sobre la polémica en el seno de la III Internacional, ver J. M., Piotte, *op. cit.*, pp. 172-176 y sobre todo R. Paris, "Gramsci e la crisis teorica del 1923" en *Gramsci e la cultura contemporanea*, T. 2, pp. 29-44.

sino al análisis minucioso de los bloques históricos occidentales: de ahí que en los *Cuadernos* haga un examen minucioso de las revoluciones burguesas, compare el rol de Maquiavelo y de los jacobinos con el del partido comunista, etc.

Optar por la guerra de movimiento en los países donde la sociedad civil es muy resistente incluso a "las irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.)"[59] —Gramsci además pudo constatar el hecho de que la burguesía resistiera en todas partes la crisis de 1929— no es, por lo tanto, un simple error estratégico, sino un grave error teórico, una deformación mecanicista del análisis del boque histórico concreto.

Por último, la guerra de posiciones corresponde a las necesidades de clase: la guerra de movimiento, en tanto exige duros sacrificios a las clases subalternas, solamente es válida cuando existe la posibilidad de un triunfo definitivo. Por su situación de clase, estos grupos —tal como lo constata Gramsci a propósito del movimiento de los *Arditi del popolo*— pueden permitirse una guerra de movimientos sólo cuando ésta demuestra ser la solución *necesaria*.

¿Significa esto que la guerra de movimiento debe ser abandonada por completo? No; simplemente ella se limita a las luchas secundarias: "en la política se tiene guerra de movimiento mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas y, por lo tanto, no se movilizan todos los recursos de la hegemonía del Estado; pero cuando, por una u otra razón, esas posiciones han perdido todo valor y sólo importan las posiciones decisivas, entonces se pasa a la guerra de cerco, comprimida, difícil, en la cual se requieren cualidades excepcionales de paciencia y de espíritu de invención"[60].

Sólo si —como consecuencia de una crisis orgánica aguda— la sociedad se derrumba, se impone un cambio estratégico.

"En política —afirma Gramsci— el error proviene de una comprensión equivocada de lo que es el Estado en su

59 *Mach.*, p. 94.
60 *P.*, p. 71 (en esp. *Antol.* p. 292).

sentido integral: dictadura + hegemonía"[61]. En resumidas cuentas, las clases subalternas y sus intelectuales deben adoptar una estrategia que se adopte al bloque histórico del cual forman parte y especialmente a la relación entre sociedad civil y sociedad política en ese bloque.

61 *P.*, p. 72.

CONCLUSION

El estudio de la noción de bloque histórico permite subrayar la importancia del aporte gramsciano a la teoría marxista: sus dos aspectos esenciales son el análisis de la sociedad civil —y, por lo tanto, de la hegemonía, del sistema hegemónico— y el del vínculo orgánico entre la estructura y la superestructura —y, en consecuencia, de los intelectuales, de la crisis orgánica. Desde este punto de vista, Gramsci completa a Marx y a Lenin. Cuando Marx elabora el materialismo histórico, piensa en la sociedad capitalista occidental. Lenin desarrolla la teoría marxista en función de las sociedades "orientales" precapitalistas, lo que explica la importancia que reconoce al aparato de Estado, a la dictadura del proletariado, al aspecto "militar" y centralizado del partido. Gramsci aprovecha el aporte de Lenin para elaborar su análisis de la superestructura cuando retoma el estudio de la sociedad política, del partido, de la hegemonía; en esto, Gramsci es leninista. Pero es también una vuelta a Marx y a la teoría marxista clásica en tanto se sitúa en el marco de las sociedades occidentales: habida cuenta de la importancia de la sociedad civil, adapta Lenin a Italia: la hegemonía se convierte en dirección cultural y moral antes de ser dirección política, el intelectual en ideólogo o educador antes de ser hombre político, la estrategia revolucionaria en guerra de posiciones antes que en guerra de movimiento. Es sólo en el nivel del partido donde el centralismo y la homogeneidad son puestos al servicio de la "ideología" y de la lucha política. En todos estos puntos, por lo tanto, más que innovar, Gramsci completa.

El aporte original de Gramsci atañe más bien al estudio del vínculo orgánico entre estructura y superestructura. Este vínculo es el nudo del bloque histórico. El punto

débil de la relación estructura-superestructura en la teoría marxista provenía de su carácter puramente abstracto; Gramsci le da una expresión concreta, social, a este vínculo: los intelectuales. Numerosos comentaristas han señalado que el análisis gramsciano de los intelectuales es el aspecto más importante de su obra. Tal afirmación es exacta, pero resulta mucho más relevante si reubicamos el rol orgánico de los intelectuales en el seno del bloque histórico: de este modo, queda resuelto el problema de su formación, de su evolución y de su disgregación.

Desde este punto de vista, el análisis gramsciano del famoso prefacio de Marx a la Contribución a la crítica de la economía política reviste gran interés: Marx toma el ejemplo de las sociedades capitalistas occidentales cuando afirma que ninguna sociedad desaparece y puede ser sustituida si antes no desarrolló todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones. Esta ley se verifica en los países occidentales donde, orgánicamente ligada a la estructura, existe una poderosa sociedad civil que asegura y permite este desarrollo pleno. De ahí que el problema que se plantea en estos países no sea el de saber si este sistema social podrá desarrollarse totalmente: ya antes de que la burguesía se adueñara del poder, el movimiento comunal no había podido ser sino una tentativa prematura. El problema radica más bien en saber si este sistema social no corre peligro de mantenerse una vez superado históricamente: la solidez de la sociedad civil puede permitirle una supervivencia más o menos larga según la fuerza de las clases subalternas. Todo el problema radica entonces en disgregar el bloque ideológico. A la inversa, en los países que tienen una sociedad civil débil y donde lo esencial de la lucha se ubica en el nivel de la sociedad política, ¿no se corre el riesgo de tomar el poder cuando el antiguo sistema económico y social no se encuentra aún en los límites de su evolución? La solución es tanto más difícil cuanto que los intelectuales orgánicos de las clases subalternas, como consecuencia de la estrategia de guerra de movimiento, son esencialmente dirigentes políticos y militares. El peligro de "estadolatría" se vuelve evidente y puede conducir a deformaciones que serán aun más graves si para alcanzar los objetivos de la revolución se queman las etapas del sistema precedente.

El problema de la lucha por la subversión del bloque histórico presenta más dificultades en los países occidentales, aunque allí la victoria es más completa.

Es en función de estas condiciones que conviene apreciar ahora el análisis gramsciano de las revoluciones occidentales. El estudio de las revoluciones burguesas así como el de la estrategia adoptada por Gramsci muestra que los dos puntos esenciales conciernen a la actitud de las clases subalternas con respecto a los intelectuales y a la concepción de la "guerra de posiciones". Por otra parte, estos dos problemas están estrechamente ligados.

El análisis gramsciano de los intelectuales hace posible la resolución del difícil problema teórico del vínculo orgánico entre la estructura y la superestructura del bloque histórico, a la vez que permite fijar la manera exacta de enfocar la estrategia de las clases subalternas con respecto a estas capas sociales. Al mostrar en *Alcuni temi* que la clase obrera debe obligatoriamente disgregar el bloque ideológico suscitando una "masiva" escisión de izquierda entre los intelectuales subalternos, Gramsci señala la actitud específica que se debe adoptar: estas capas sociales deben ser atraídas, con su originalidad propia, a las posiciones de las clases subalternas. Para esto, el problema esencial es otra vez el de la lucha ideológica —en el sentido gramsciano— contra los "grandes intelectuales", y el de una alternativa "intelectual" al sistema dominante —basta considerar la importancia que Gramsci acuerda a los proyectos pedagógicos de la burguesía piamontesa en la época del Risorgimento y con leer sus proposiciones pedagógicas en los *Cuadernos.*

El notable incremento de estas capas sociales refuerza la importancia de los trabajos gramscianos sobre este problema. Falta todavía interpretar y utilizar correctamente estos trabajos: en los *Cuadernos* Gramsci distingue la función intelectual de organización de la superestructura, de la calificación intelectual, que implica un nivel diferente según la profesión. Como lo demuestran ciertos debates recientes, la no utilización de esta distinción acarrea graves errores estratégicos: tan pronto se considera como miembros de las clases subalternas a ciertos grupos de intelectuales "subalternos" y se busca conquistarlos siguiendo los métodos clásicos, o bien, a la inversa, se sus-

tituye la *calificación* intelectual por la *función* intelectual y los intelectuales forman entonces un grupo pletórico. Sólo un análisis minucioso, siguiendo los criterios enunciados por Gramsci, permite resolver este problema.

El segundo punto esencial concierne a la elección estratégica de la guerra de posiciones. Esta elección es la consecuencia del fracaso de la estrategia de movimiento adoptada por los partidos comunistas al día siguiente de la primera guerra mundial. Las lecciones que Gramsci extrajo de ella no fueron una estrategia pragmática de recambio sino que corresponden a la configuración de la superestructura de los países occidentales. Por otra parte, la guerra de posiciones no significa el inmovilismo. La prolongada crisis orgánica de los sistemas hegemónicos occidentales demanda una organización política e ideológica apta para aprovechar la menor falla o para provocarla. Para los representantes de las clases subalternas, se trata de reforzar su cohesión y debilitar la de sus enemigos, disgregando el bloque ideológico; no se debe concebir a la guerra de posiciones como un mero rechazo —parcial y no definitivo, por otra parte— de la guerra de movimiento. La necesidad de homogeneidad ideológica, de organización y de una preparación casi militar, sólo se explican si la estrategia es llevada adelante correctamente: estar listo para explotar rápidamente y el máximo toda crisis aguda de hegemonía. La guerra de posiciones corre el peligro de ser una preparación minuciosa y paciente que permite actuar recién cuando la crisis estalla.

Podemos preguntarnos si el esquema gramsciano ha sido aplicado en los países occidentales; cuando fue necesario ante todo crear una cultura de masas capaz de ahogar la ideología omnipresente de la clase dirigente y de proveer la base ética de una poderosa organización política, lo que se produjo fue justamente lo inverso: las organizaciones políticas plantearon en primer término la cuestión del poder, pero la ausencia de un análisis serio de las nuevas condiciones superestructurales —incluso de las estructurales— las llevó a ser perpetuamente minoritarias. Además, la ausencia de una escisión cultural y, por lo tanto, la perpetuación del monopolio de la clase dirigente en esa esfera, tiene efectos a largo plazo, incluso sobre el comportamiento de los intelectuales de las clases subalter-

nas: Gramsci recuerda constantemente los peligros del transformismo.

No obstante, la evolución de los bloques históricos occidentales muestra que las afirmaciones de Gramsci son hoy más válidas que ayer. Las clases subalternas ya no son "amorfas y atrasadas" sino que poseen una calificación cultural creciente que se refleja a nivel del sentido común. Las posibilidades de desarrollar una dirección cultural de estas capas sociales son considerables, y aumentan en la medida en que el bloque ideológico sufre una profunda crisis tanto entre los intelectuales orgánicos como en el seno de los intelectuales tradicionales.

Para una empresa de este tipo, los trabajos de Gramsci siguen siendo actuales. Los conceptos que elaboró son todavía utilizables y, en los *Cuadernos*, propone numerosos temas de investigación para profundizar el estudio del bloque histórico y la construcción del nuevo sistema hegemónico. Además, constituyen la única verdadera tentativa marxista por plantear globalmente el problema del pasaje al socialismo en los países occidentales.

EL BLOQUE HISTORICO DEL MEZZOGIORNO EN 1926*

El *Mezzogiorno* puede ser definido por una gran disgregación social; los campesinos, que constituyen la mayoría de su población, no tienen ninguna cohesión entre sí. (Se comprende que es necesario hacer excepciones: Puglia, Cerdeña, Sicilia, donde existen características especiales dentro del gran cuadro de la estructura meridional.) La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la enorme masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los fuertes terratenientes y los grandes intelectuales. Los campesinos meridionales están en continua agitación, pero como masa son incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y necesidades. El estrato medio de los intelectuales recibe de la base campesina los impulsos para su actividad política e ideológica. Los grandes propietarios en el campo político y los grandes intelectuales en el campo ideológico centralizan y dominan, en último análisis, todo este complejo de manifestaciones. Como es natural, es en el campo ideológico donde la centralización se verifica con mayor eficacia y precisión. Giustino Fortunato y Benedetto Croce representan las claves del sistema meridional y, en cierto sentido, son las dos mayores figuras de la reacción italiana.

Los intelectuales meridionales forman uno de los estratos sociales más interesantes y más importantes para la vida nacional italiana. Basta pensar, para convencerse, que más de los 3/5 de la burocracia estatal está constituida

* Hemos traducido los pasajes de *Alcuni temi della questione meridionale* relativos al bloque agrario del Mezzogiorno. El texto italiano se encuentra especialmente en *C.P.C.*, pp. 137-158.

por meridionales. Para comprender la particular psicología de los intelectuales meridionales es necesario tener presente algunos datos:

1. En todo lugar el estrato de los intelectuales fue radicalmente modificado por el desarrollo del capitalismo. El viejo tipo de intelectual era elemento organizativo de una sociedad de base prevalentemente campesina y artesana; para organizar el estado, para organizar el comercio la clase dominante formaba un particular tipo de intelectuales. La industria introdujo un nuevo intelectual: el organizador técnico, el especialista de la ciencia aplicada. En las sociedades donde las fuerzas económicas se desarrollaron en sentido capitalista hasta llegar a absorber la mayor parte de la actividad nacional, es este segundo tipo el que prevaleció, con todas sus características de orden y disciplina intelectual. En cambio en los lugares donde la agricultura juega un papel todavía notable o directamente preponderante, prevaleció el viejo tipo, que forma la mayor parte del personal estatal y que también localmente, en el pueblito o en la aldea rural, ejerce la función de intermediario entre el campesino y la administración en general. En Italia Meridional predomina este tipo, con todas sus características: democrático en la faz campesina, reaccionario en la faz rebeldía contra el gran propietario y el gobierno, políticamente corrompido, desleal; no se comprendería la figura tradicional de los partidos políticos meridionales, si no se tuviese en cuenta los caracteres de este estrato social.

2. El intelectual meridional surge principalmente de una clase que en el *Mezzogiorno* es aún importante: el burgués rural, el pequeño y mediano propietario de tierras que no es campesino, que no trabaja la tierra, que se avergonzaría de ser agricultor, pero que de la poca tierra que tiene, puesta en alquiler o en simple medianería, quiere obtener de qué vivir convenientemente, con qué mandar a sus hijos a la universidad o al seminario, con qué formar la dote para las hijas que deben casarse con un oficial o un funcionario civil del estado. Los intelectuales reciben de esta clase una agria aversión por el campesino trabajador, considerado como máquina de trabajo que debe ser exprimida hasta los huesos y que puede

sustituirse fácilmente dada la superpoblación trabajadora: toman también el sentimiento atávico e instintivo del miedo irracional al campesino y a sus violencias destructoras y, en consecuencia, el hábito de una hipocresía refinada y de un también refinadísimo arte de engañar y dominar a las masas campesinas.

3. Ya que el clero pertenece al grupo social de los intelectuales, es necesario anotar la diversidad de características entre el clero meridional en su conjunto y el clero septentrional. El cura septentrional comúnmente es hijo de artesano o de campesino; tiene sentimientos democráticos, está más ligado a la masa de los campesinos; moralmente es más correcto que el cura meridional, el que a menudo convive casi abiertamente con una mujer, y por esto ejerce un oficio espiritual más completo socialmente, es un dirigente de toda la actividad de una familia. En el Septentrión la separación de la iglesia y del estado y la expropiación de los bienes eclesiásticos fue más radical que en el *Mezzogiorno*, donde las parroquias y los conventos o conservaron o reconstituyeron importantes propiedades inmobiliarias y mobiliarias. En el *Mezzogiorno* el cura aparece ante el campesino: 1º) como un administrador de tierras con el que el campesino entra en conflicto por el problema de los alquileres; 2º) como usurero que pide elevadísimas tasas de interés y hace jugar al elemento religioso para cobrar con seguridad el alquiler o la usura; 3º) como un hombre sometido a las pasiones comunes (mujeres y dinero) y que por lo tanto espiritualmente no da garantías de discreción y de imparcialidad. La confesión ejerce una escasísima labor dirigente y el campesino meridional, si a menudo es supersticioso en sentido pagano, no es clerical. Todo este complejo explica el por qué en el *Mezzogiorno* el partido popular (exceptuada alguna zona de Sicilia) no tuvo una posición importante, no tuvo ninguna red de instituciones ni de organizaciones de masa. La posición del campesino hacia el clero está resumida en el dicho popular: "El cura es cura en el altar; afuera es un hombre como todos los demás".

El campesino meridional está ligado al gran terrateniente por los oficios del intelectual. Los movimientos de campesinos, en cuanto se unen, no en organizaciones de masa autónomas e independientes aunque fuera formal-

mente (es decir, capaces de seleccionar cuadros campesinos de origen campesino y de registrar y acumular las diferenciaciones y progresos que en el movimiento se realizan), terminan por sistematizarse siempre en las ordinarias articulaciones del aparato estatal –comunas, provincias, cámara de diputados– a través de composiciones y descomposiciones de los partidos locales, cuyo personal está constituido por intelectuales, pero que son controlados por los grandes propietarios y sus hombres de confianza, como Salandra, Orlando, Di Cesaró. La guerra pareció introducir un elemento nuevo en este tipo de organización con el movimiento de los ex combatientes, en el que los campesinos-soldados y los intelectuales-oficiales formaban un bloque más unido entre sí y en cierta medida antagónico con los grandes propietarios. No duró demasiado y el último residuo de esto es la Unión Nacional creada por Améndola, que tiene una sombra de existencia por su antifascismo; sin embargo, dada la falta de tradición y de organización *explícita* de los intelectuales *democráticos* en el *Mezzogiorno*, también esta agrupación debe ser considerada y tenida en cuenta, porque puede convertirse, de pequeño hilo de agua en caudaloso y crecido torrente, dentro de otras condiciones políticas generales [. . .]

Hemos dicho que el campesino meridional está ligado al gran terrateniente por medio del intelectual. Este tipo de organización es el más difundido en todo el *Mezzogiorno* continental y en Sicilia. Forma un monstruoso bloque agrario que en su conjunto funciona como intermediario y guardián del capitalismo septentrional y los grandes bancos. Su único fin es el de conservar el *statu quo*. En su seno no hay ninguna luz intelectual, ningún programa, ningún interés por mejoras o progreso. [. . .]

Por sobre el bloque agrario funciona en el *Mezzogiorno* un bloque intelectual que prácticamente sirvió hasta ahora para impedir que las resquebrajaduras del bloque agrario se volviesen demasiado peligrosas y determinasen un derrumbe. Exponentes de este grupo intelectual son Giustino Fortunato y Benedetto Croce, quienes pueden ser juzgados como los reaccionarios más activos de la península. Hemos dicho que en Italia meridional hay una gran disgregación social. Esta fórmula, además que a los campe-

sinos, se puede aplicar también a los intelectuales. Es notable el hecho de que en el *Mezzogiorno*, junto a las vastas propiedades existan importantes acumulaciones culturales e intelectuales en formas individuales o en restringidos grupos de grandes intelectuales, mientras que no hay una organización de la cultura media. En el *Mezzogiorno* están la editorial Laterza y la revista *La Crítica*, hay Academias y empresas culturales de notable erudición; no existen pequeñas y medianas revistas, no hay editoriales en torno a las que se agrupen formaciones medias de intelectuales meridionales. Los meridionales que han tratado de salir del bloque agrario y de plantear el problema meridional desde su base, encontraron hospitalidad y se reagruparon en torno a revistas editadas fuera del *Mezzogiorno* [. . .]

Giustino Fortunato y Benedetto Croce fueron supremos moderadores políticos e intelectuales de todas estas iniciativas. En un círculo más amplio que el demasiado sofocante del bloque agrario, consiguieron que el planteo de los problemas meridionales no pasase de ciertos límites, no se convirtiese en revolucionario. Hombres de vasta cultura e inteligencia, surgidos en el terreno tradicional del *Mezzogiorno* pero ligados a la cultura europea y mundial, tenían todas las dotes para dar una satisfacción a las necesidades intelectuales de los más honestos representantes de la juventud culta del *Mezzogiorno*, para atemperar las inquietas veleidades de rebelión contra las condiciones existentes, para orientarlos según una línea media de serenidad clásica de pensamiento y acción. Los llamados neoprotestantes o calvinistas no comprendieron que en Italia, no pudiéndose hacer una reforma religiosa de masa por las condiciones modernas de la cultura, se llevó a cabo la única reforma históricamente posible con la filosofía de Benedetto Croce: se cambió la dirección y el método del pensamiento, se construyó una nueva concepción del mundo que superó al catolicismo y a cualquier otra religión mitológica. En este sentido Benedetto Croce cumplió una gran función "nacional"; separó a los intelectuales radicales del *Mezzogiorno* de las masas campesinas, haciéndolos participar de la cultura nacional y europea, y a través de esta cultura hizo que la burguesía nacional y el bloque agrario, los absorbieran.

El *Ordine Nuovo* y los comunistas turineses, si en cierto sentido pueden ser conectados a las formaciones intelectuales que señalamos y si por por lo tanto también ellos recibieron la influencia intelectual de Giustino Fortunato y Benedetto Croce, representan sin embargo al mismo tiempo, una ruptura completa con esa tradición y el comienzo de un nuevo movimiento que ya dio y seguirá dando sus frutos. Como ya se dijo, impusieron el proletariado urbano como protagonista moderno de la historia italiana y del problema meridional. Habiendo servido de intermediarios entre el proletariado y ciertos estratos de intelectuales de izquierda, lograron modificar, si no completamente por lo menos en forma notable, la orientación intelectual de ambos. [...]

Los intelectuales se desarrollan lentamente, con mayor lentitud que cualquier otro grupo social, por su misma naturaleza y función histórica. Representan toda la tradición cultural de un pueblo, quieren resumir y sintetizar toda la historia: esto se puede decir especialmente del viejo tipo de intelectual, el intelectual formado sobre terreno campesino. Pensar en la posibilidad de que éste pueda, como masa, romper con todo el pasado para ubicarse completamente en el terreno de una nueva ideología, es absurdo. Es absurdo para los intelectuales como masa, y quizás absurdo también para muchísimos intelectuales tomados individualmente, no obstante todos los honestos esfuerzos que hacen y quieren hacer. Ahora nos interesan los intelectuales como masa, y no sólo como individuos. Es muy importante y útil para el proletariado que uno o más intelectuales, individualmente, adhieran a su programa y a su doctrina, se confundan con él, se conviertan en proletarios y se integren. El proletariado como clase es pobre de elementos organizativos, no tiene y no puede formarse un propio estrato de intelectuales sino de manera muy lenta, muy fatigosamente, y sólo después de la conquista del poder estatal. Pero es también importante y útil que en la masa de los intelectuales se determine una fractura de carácter orgánico, históricamente caracterizada: que se forme, como estructura de masa, una tendencia de izquierda, en el significado moderno de la palabra, orientada hacia el proletariado revolucionario. La alianza entre proletariado y masas campe-

sinas exige esta estructura: tanto más la exige la alianza entre el proletariado y las masas campesinas del *Mezzogiorno*. El proletariado destruirá el bloque agrario meridional en la medida en que logre, a través de su partido, organizar en estructuras autónomas e independientes, mayor cantidad de masas de campesinos pobres; lo logrará más o menos lentamente cumpliendo con su deber obligatorio; pero este logro está subordinado a su capacidad de disgregar el bloque intelectual que es la armadura flexible pero muy resistente del bloque agrario. [. . .]

ABREVIATURAS

I.	*Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1972
M. S.	*El Materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1971
L. V. N.	*Literatura y vida nacional*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1961
L. C.	*Cartas desde la Cárcel*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1950
Mach.	*Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1962
O. N.	*Ordine Nuovo (1919-1920)*, Einaudi Ed., Torino, 1955
P.	*Passato e Presente*, Einaudi Ed., Torino, 1964
R.	*Il Risorgimento*, Einaudi Ed., Torino, 1954
C. P. C.	*La construzione del Partito Comunista (1923-1926)*
Antol.	*Antología* (selección, traducción y notas de Manuel Sacristán), Ed. Siglo XXI, México, 1970

BIBLIOGRAFIA

I) OBRAS DE GRAMSCI EN ITALIANO

1. Editorial Einaudi, Turín

A) Obras anteriores a 1927:

Scritti giovanili (1914-1918), 1958, pp. XIX-392.

Sotto la Mole (1916-1920), 1960, pp. XVIII-509. Los "aguafuertes" de la ediciôn turinesa del *Avanti.*

L'Ordine Nuovo (1919-1920), 1955, pp. XV-501.

Socialismo e fascismo. L'Ordine Nuovo (1921-1922), 1967, pp. XVII-556.

La costruzione del Partito Comunista (1923-1926), 1971, pp. XV-565.

B) Obras de la prisión:

Lettere dal carcere, 1968, pp. XLVI-949. Un estudio de E. Fubini y S. Caprioglio. Incluye una excelente cronología de la vida de Gramsci.

Cuadernos de la cárcel:

Il materialismo storico e la filosofia e la filosofia di Benedetto Croce, 1966, pp. XXIII-299.

Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura, 1966, pp. XV-203.

Il Risorgimento, 1966, pp. XIV-235.

Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno, 1966, pp. XXII-371.

Letteratura e vita nazionale, 1966, pp. XX-400. La segunda parte recoge las críticas teatrales de Gramsci en el *¡Avanti!* de 1916 a 1920.

Passato e Presente, 1966, pp. XVIII-274.

C) Otras publicaciones:

L'Ordine Nuovo (1919-1920), 1963, p. 658. Incluye una excelente introducción ((pp. 13-110) de P. Spriano que fue reeditada separadamente con el título de *Gramsci e l'Ordine Nuovo*, Riuniti, 1965, p. 149.

II. Editori Riuniti, Roma

Lettere dal carcere, 1961, p. 159.

Quaderni del carcere. Acaban de aparecer con una presentación análoga a la de las ediciones Einaudi (introducción general de L. Gruppi).

Antologías:

Il Vaticano e l'Italia, 1967, p. 142. Prefacio de A. Cecchi.

Sul Risorgimento , 1967, p. 134. Prefacio de G. Candeloro.

La Questione meridionale, 1966, p. 160. Incluye el importante ensayo inconcluso: *Alcuni temi delle questioni meridionale*. Excelente introducción de F. de Felice y V. Parlato.

Elementi di politica, 1964, p. 136. Prefacio de M. Spinella.

Antologia popolare degli scritti e delle lettere, 1957, pp. 304. Recogida y presentada por C. Salinari y M. Spinella.

Antologia degli scritti, 1963, vol. I, p. 250; vol. II, pp. 177. Recogida y presentada por C. Salinari y M. Spinella.

La formazione dell'uomo, 1967, p. 768. Escritos pedagógicos presentados por G. Urbani.

Scritti politici, 1967, pp. XLII-878. Presentados por P. Spriano.

La formazione del gruppo dirigente del P. C. I. en 1923-1924, 1962, p. 380. Estudio e introducción de P. Togliatti (la introducción de P. Togliatti ha sido incorporada en la selección de artículos de Togliatti sobre *Gramsci*, publicada igualmente por Riuniti). Las ediciones Riuniti preparan una "edición crítica" de los *Quaderni* (sobre la concepción de la obra y el estado de los trabajos véase: V. Gerratana, Punti di riferimento per un'edizione critica dei Quaderni del carcere, *Critica marxista*, suplemento del número 1, 1967: "Prassi rivoluzionaria e storicismo in Gramsci", pp. 240-259.

III. Otras publicaciones

Duemila pagine, Il Saggiatore, 1964: vol. II, *Nel tempo della lotta* (1914-1926, p. 841; vol. 2, *Lettere edite e*

inedite (1912-1937), p. 480. Estudio de G. Ferrata y N. Gallo.

Il pensiero filosofico e storiografico di A. Gramsci, Edit. Palumbo, Palermo, 1966, p. 177.

Americanismo e fordismo, Universale economica, Milan, 1950, p. 94.

Trenta anni di vita e lotte del P. C. I., Quaderni di Rinascita, nº 2, 1951 (incluye las tesis del Congreso de Lyon, pp. 75 y ss.)

Scritti 1915-1921, Quaderni de "Il Corpo", 1968, pp. XV-193. Artículos no incluidos en los *Scritti giovanilli.*

II. TRADUCCIONES AL ESPAÑOL

A) Editorial Lautaro, Buenos Aires:

Cartas de la cárcel, 1950, p. 339, 1958, p. 260. Traducción de G. Moner y prólogo de G. Bermann.

El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. 1959, p. 286. Trad. de I. Flambaum. Prólogo de Héctor P. Agosti.

Literatura y vida nacional, 1961, p. 336. Trad. de José Aricó. Prólogo de Héctor P. Agosti.

Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, 1962, p. 334. Traduc. y prólogo de José Aricó.

B) Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires:

Los intelectuales y la organización de la cultura, 1959, p. 210. Traducción de Raúl Sciarreta.

El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, 1972, p. 275. Traducción de I. Flambaum.

Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, 1973, p. 346. Traduc. y notas de José Aricó.

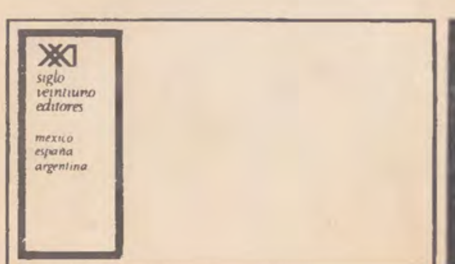
C) Ediciones Península, Barcelona:

Introducción a la filosofía de la praxis, 1970, p. 153. Selección y traducción de J. Solé-Tura.

La política y el Estado moderno, 1971, pp. 209. Traduc. de J. Solé-Tura.

La obra de Antonio Gramsci, el más grande teórico marxista europeo después de Lenin, preocupa hoy a un número creciente de lectores. Sin embargo, su naturaleza fragmentaria, discontinua, dispersa en gran cantidad de artículos periodísticos, informes políticos y cuadernos escritos en las cárceles mussolinianas, dificulta la captación de los conceptos claves de su elaboración teórica. Para superar este escollo hay que restructurar sus notas dispersas y ofrecer un marco coherente que permita al lector acceder a la significación teórica y política del pensamiento de Gramsci.

Portelli se propone demostrar que los aspectos principales del pensamiento político gramsciano se articulan en torno al concepto clave de "bloque histórico", y proporciona una utilísima introducción a la lectura de los **Cuadernos de la cárcel**, en parte ya traducidos al español.





Cultura y literatura, 1967, p. 320. Traduc. y selección de J. Solé-Tura.

D) Otras editoriales:

La formación de los intelectuales, Grijalbo, México, 1967, p. 159. Versión de Angels González Vega.

Maquiavelo y Lenin. Notas para una teoría política marxista, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1971, p. 150. Selección y prólogo de Osvaldo Fernández.

Antología, Siglo XXI Editores, México, 1970, p. 544. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán.

impreso en vox, s. a.
necaxa 24 - méxico 14, d. f.
dos mil ejemplares
10 de junio de 1977